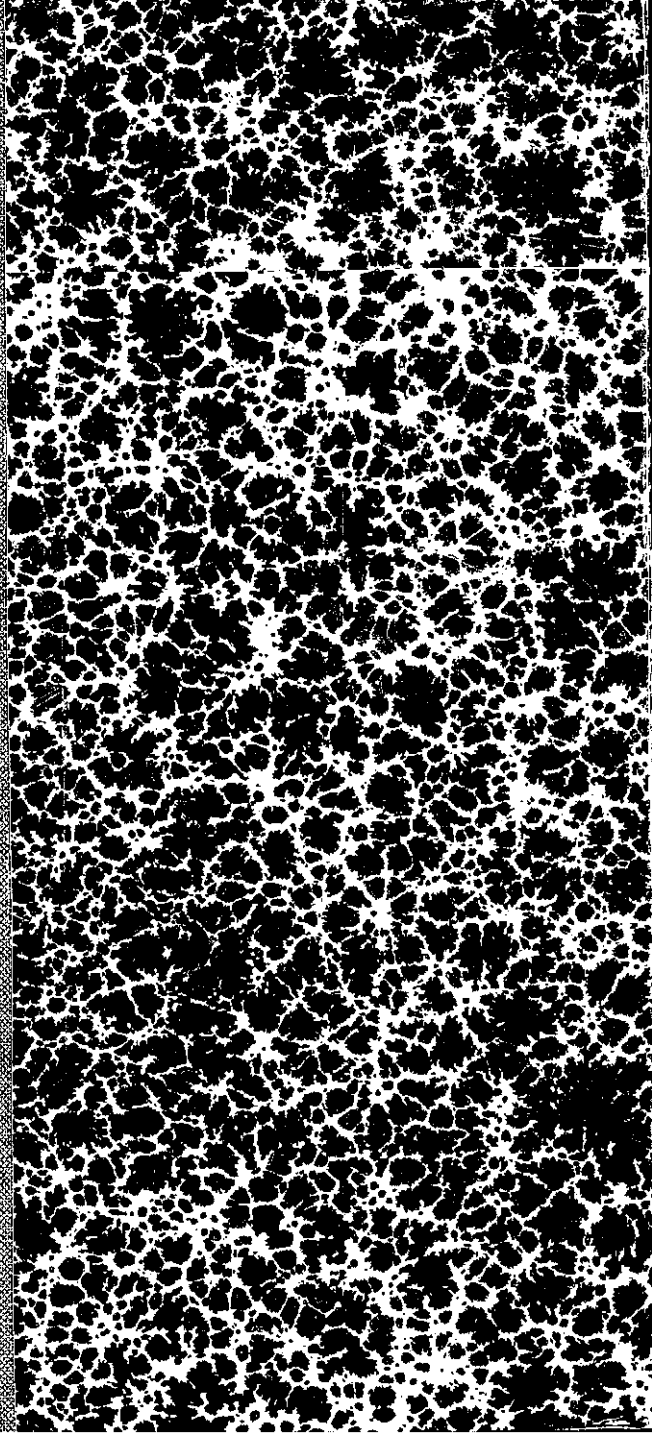


6



OPERA LINGUA

COMEDIA

BUSCONA

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

1600

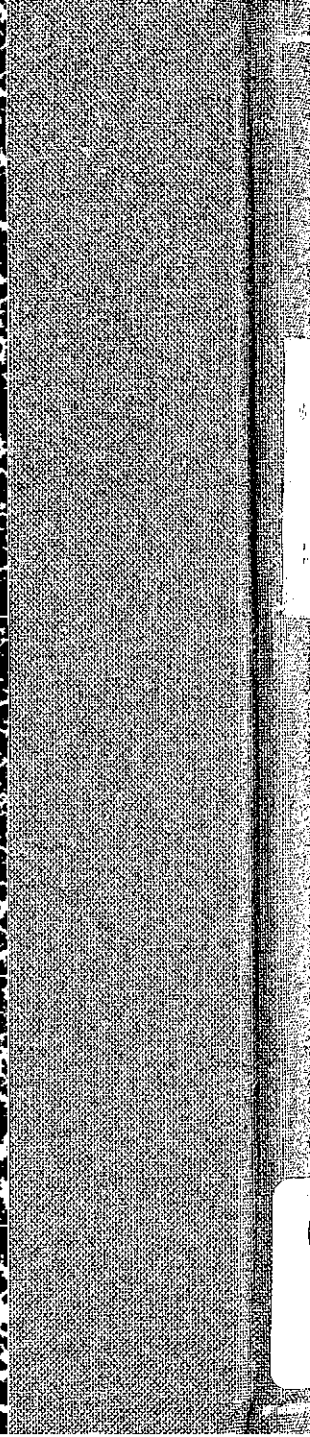
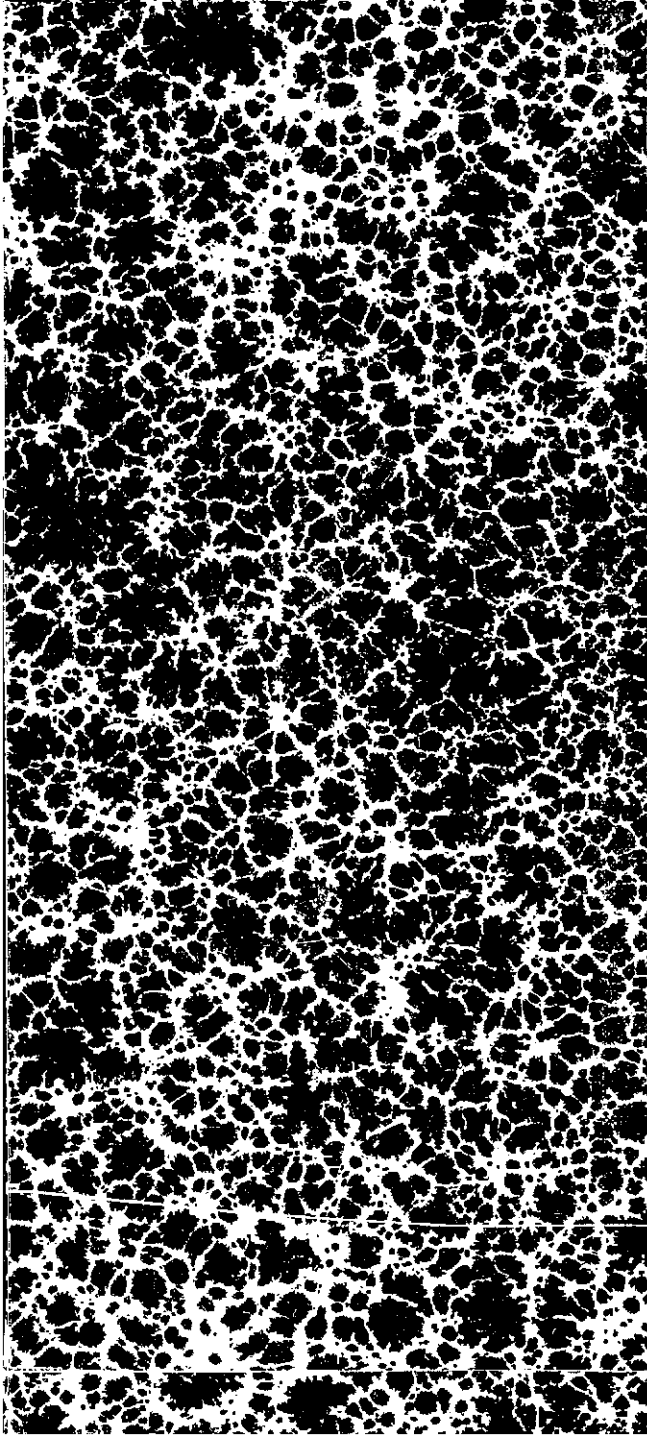
1600

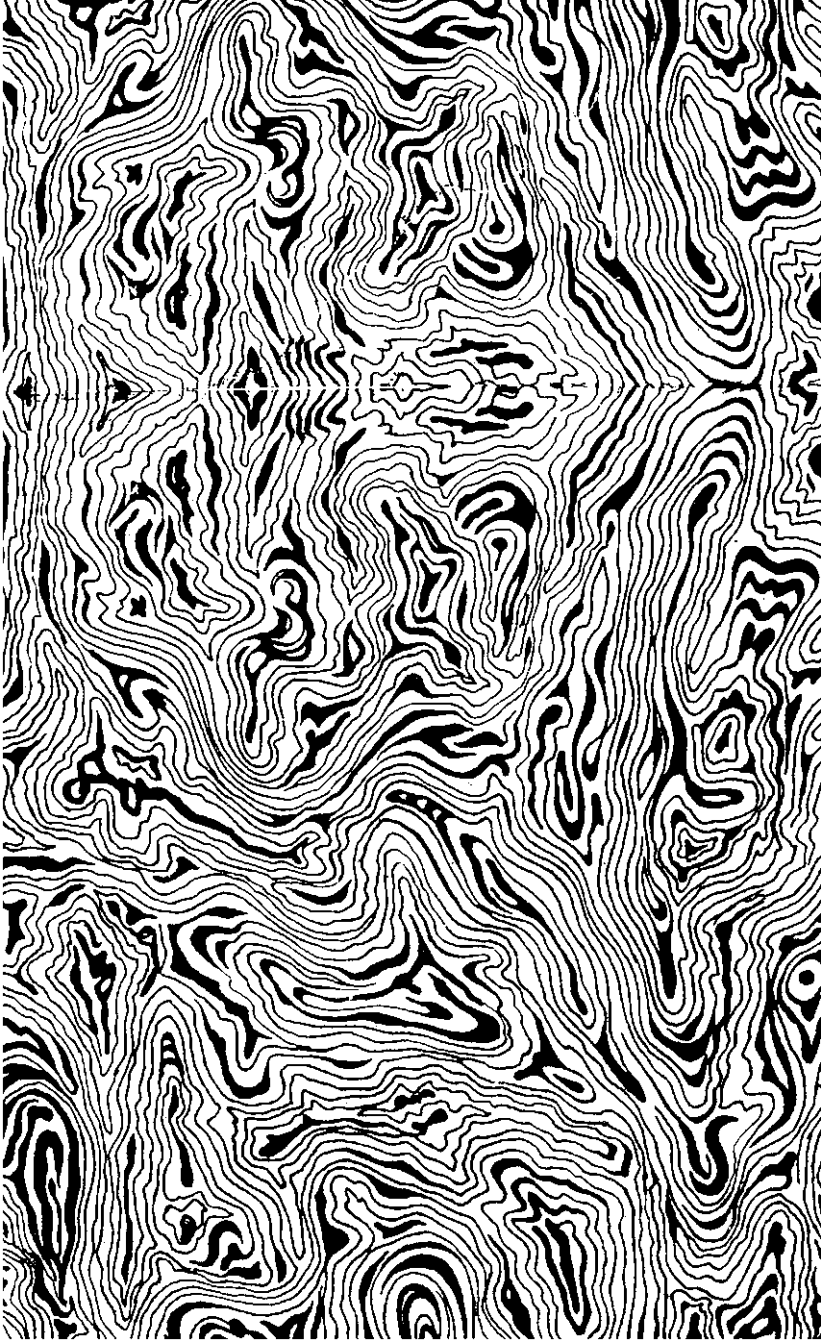
1600

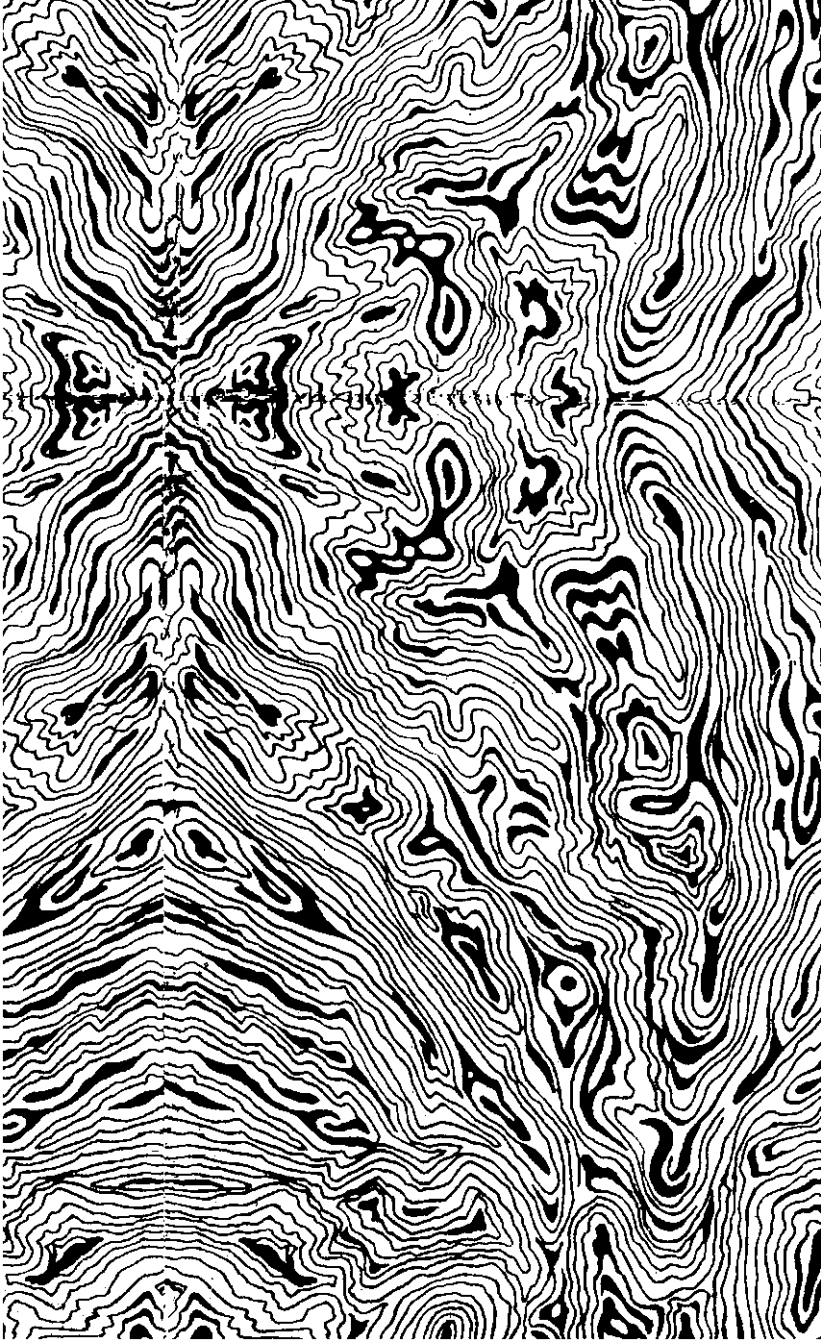
1600

Deposito

65196







65196

12
181321

LA BUSGONA

CASA EDITORIAL DE MARIANO NÚÑEZ SAMPER

LA BUSCONA

NOVELA MÉDICO-SOCIAL

(Tercera parte de LA PROSTITUTA)

POR

EDUARDO LÓPEZ BAGO

Novena edición

La moral moderna consiste en
buscar la causa de los males
sociales, analizándolos y some-
tiéndolos al experimento.
CLAUDIO BERNARD.

ADMINISTRACIÓN
MARTÍN DE LOS HEROS, NÚM. 13
Sucursal: San Bernardo, 34

MADRID

*Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

Establecimiento tipográfico de M. Núñez Samper
Martín de los Heros 13.—Teléfono 993

LA BUSCONA

I

Iba Rosita Pérez por la calle de Hortaleza, y calle abajo, ó lo que es lo mismo, en demanda de la Red de San Luis, y andaba muy deprisa, procurando, puesto que había llovido, manchar lo menos posible, en el fango de las calles, sus preciosas botitas de charol y sus almidonadas enaguas, con cuyo extremo cuidado era su escrúpulo una coquetería adorable que se resolvía en recoger y levantar el vestido, dejando ver de este modo las menudencias de sus pies y el soberbio arranque de las pantorrillas cubiertas y ceñidas por estiradas medias de seda roja, cuyo matiz pudiera calificarse, no como lo califican los horteras llamándolo *color de vino de Burdeos*, sino por ser más adecuado simil como *rojo de patitas de perdiz*.

Era el traje de lana, y el dibujo del tejido formaba cuadros blancos y negros, muy pequeños; llevaba también abrigo de paño negro con adornos de pasamanería y abalorio de azabache, un sombrerito gris de castor, adornado tan sencillamente, que sólo llevaba las cintas para atarlo y otra cinta igual rodeando la base de la copa, en cuya cinta se sujetaba un ala de golondrina. Completaban su atavío guantes, largos hasta el codo, de piel de Suecia y del mismo color que las medias, y un paraguas de seda, cuya reluciente contera rebotaba de vez en cuando en las baldosas.

Iba así Rosita Pérez llamando la atención y siendo recreo de la vista, y como si el mirar no bastase á muchos de los que con ella se cruzaban, unos acompañaban la mirada con una sonrisa picaresca ó con un suspiro no falto de intención pecaminosa, y otros, abandonando la dirección y el quehacer que llevaban, pareciéndoles mejor el de seguirla, echaban tras la mujer, empezando toda una maniobra de conquista consistente en toses y siseos, á los que ella contestaba volviendo de vez en cuando la cabeza, con arreglo al rito y signos masónicos que se

emplean en la busconería para los casos de encuentro por la calle, en el café, en el teatro, ó en cualquier otro sitio distinto de la casa de citas, donde á la postre se daba remate á todas estas suertes de toreo.

Era la tarde una de Enero en que no hacía mucho sol y sí bastante frío, siendo el sol tal como puede ser entre nubes y como de invierno, incapaz de secar en las calles el ya mencionado barro de la reciente lluvia. Las fachadas mostraban grandes chafarrinones, señales del pasado aguacero, y parecían rezumar la humedad que verdeaba en los tejados.

En la claridad de aquellos rayos solares, pálida y triste, haciendo pensar en lo lejano que estaba de nosotros el astro que nos la enviaba, lucía más blanca la almidonada enagua que dejaba al descubierto la buscona, resaltaba más limpio todo el traje, que salvaba primorosamente los charcos de la acera, esquivando la mancha, y en el moreno y agraciado rostro brillaban los ojos y parecían despedir más ardientes y amorosas luces, las pupilas que el frío humedeció, dejando correr á veces una lágrima desde las pestañas á las mejillas, tomando en el cami-

no cambiantes iguales á los del agua que también goteaba desde lo alto de las casas.

Rosita sonreía á todas las sonrisas, contestaba con los ojos á todas las miradas y á cada tos volvía la cabeza. Nadie hubiese adivinado al ver tan alegre malicia, vicio tan francamente confesado y tales alardes de picardía expuestos en medio de la vía pública; que quien iba ofreciéndose de este modo á cuantos pasaban con una oferta insistente, incansable, muda, en lo que no podían hacer mella los desprecios de uno y otro, era la primera vez que se lanzaba á la calle con tales propósitos, la primera vez que intentaba la caza del hombre, y que todos aquellos manejos inspirábalos más la intuición que la costumbre. Nadie sabía que Rosita Pérez iba temblando, asustada de sí misma, de sus resoluciones, de lo que estaba haciendo y de lo que se proponía llevar á cabo. Todos, al verla risueña, atribuían sus lágrimas al frío, cuando en ellas llevaba su desesperación la mejor parte, y al frío también la color de sus mejillas que era debida á la vergüenza.

No era, ciertamente, porque la joven fuese nueva en la deshonra, ni ha de decirse por esto

que sentía ese miedo al hombre, instintivo en la virginidad. Ninguno podía enseñarla nada que no supiera. No; Rosita Pérez era capaz de dar lecciones al más libertino y crapuloso en materia de goces sensuales. Habíales experimentado; habíalos hecho sentir, sintiéndolos ella misma. Había tenido dos amantes: el primero de ellos, un tonsurado; el segundo, el último, un grande de España, el duque de Tres Estrellas.

Pero aquello era distinto. Aquello, lejos de ser la caza del hombre, pareció más bien una conquista. Ni el duque ni el padre Lasoga, ninguno de los dos, cayeron en sus brazos llamados y solicitados por ella, sino que, por el contrario, uno y otro la enamoraron y se prendaron de su cuerpo y aun algo de su alma.

Hasta entonces Rosita fué la querida. Y desde aquella tarde empezaba su existencia nueva de buscona, en la que había un descenso, un rebajamiento de clase, digámoslo así. Querida de un hombre, podía volver á serlo. ¿Quién lo duda? pero no es lo mismo.

En aquellos encuentros y citas por la calle; en aquella vida aventurera; entre todos los des-

conocidos que la miraban ó la seguían, ninguno deseaba más que el goce y la posesión, de un momento; ninguno era capaz de otra cosa que de satisfacer ambos, estipular el precio, pagar y despedirse de ella, sin preguntar siquiera el nombre de la mujer que acababan de estrechar entre sus brazos.

Sólo una casualidad, casi un milagro, era preciso para que al calor de aquellas caricias, al estallido de los besos, brotara un deseo más intenso, un capricho de renovar otro día con la misma hembra tales placeres. Rosita no se hacía ilusiones. Iba á la aventura, pero la buena aventura no pensaba encontrarla. No era para ella.

Y así andaba deprisa, recogándose el vestido, mostrando sus lindos pies, llorando de frío y de pena, acariciado el rostro por la claridad de un sol que no calentaba, pasando por entre las gotas de agua que resbalaban y caían de los canalones, envuelta ya en la niebla que empezaba á surgir de la tierra húmeda, y repartiéndole miradas y sonrisas, ofreciéndose al deseo de cada transeunte, brindando y prometiendo al que quisiera, joven ó viejo, hermoso ó feo, aquel

goce, aquella posesión fácil y cómoda, pareciéndose en un todo á los cocheros de alquiler cuando van de vacío sentados en el pescante, mirando á una y otra acera, con la tablilla puesta y atentos al primer siseo. También ella se alquilaba por horas. No había que darle vueltas. Esa tenía que ser su vida en adelante.

Por la otra acera, una vez que miró hacia aquel lado, iba una señora con su hija y un joven. ¡El novio! Aquel era el novio indudablemente. Se acordó de su madre, de ella misma, de sus primeros amores, del pasado, de todo el pasado que de improvviso se le vino á la memoria y la ocupó por entero.

Ella, ella había sido una señorita honrada. La hija del capitán de ejército don Tomás Pérez y Pérez, muerto de un balazo en la acción de Monte-Muro. También ella tuvo novios antes de tener amantes. ¡Ah! ¡su madre! ¡La culpa era de su madre! de la mismísima doña Angustias López, la viuda del capitán. ¡Si el difunto resucitara! ¡Si su pobre padre levantara la cabeza y viera á qué extremos habían llegado, y en qué lodazales se manchaba su nombre!

Rosita, su querida, su idolatrada hija, fué pri-

mero la novia de café; en el «Café Nuevo del Siglo», la *novia de media tostada* como decían los estudiantes, la señorita *cursi*, de la que todos se burlaban y á la que poco á poco y uno por uno se encargaron todos de pervertir y picardear. ¿Qué había de suceder? Lo natural, lo humano. Sobrevino un estado histérico, casi constante en su organismo viciado.

Se entregó á la bacanal solitaria de las vírgenes; de noche, en la obscuridad de su dormitorio, lloraba y suspiraba, procurando no hacer ruido, no despertar á su madre; revolcábase en las tibias sábanas, mordía la colcha, abrazaba frenéticamente la mullida almohada, perdíanse sus manos y se olvidaban acariciando las curvas jóvenes de su cuerpo, que se estremecía nervioso al calor de aquellos propios contactos, y caía, por último, en un sueño que era más bien un desmayo, del que despertaba con las mejillas ardiendo, el cuerpo frío, la cabeza dolorida, disgustada de sí misma, irritada contra todo lo que la rodeaba, entristeciéndose al ver el sol, llena el alma de reproches contra la naturaleza.

Deseaba saciar sus afanes, cumplir sus gus-

tos ó morir, pero morir pronto, ser enterrada en un cementerio que ella había soñado, donde no había losas de mármol ni cruces negras, sino tierra y flores, tierra blanda, menuda y movidiza como arena, tierra que era un abrigo más que un peso, y que, lejos de oprimir, se levantaba marcando la forma de los cuerpos sepultados, amoldándose á ella como una sábana, y en tales términos, que á cada paso, en cada fosa, dos montecillos gemelos, uno junto á otro, indicaban, mejor que coronas de azahar y luces en globos de color de rosa, el sitio en que una mujer había sido enterrada sin ataúd y desnuda. Aquel era el cementerio de las vírgenes; allí no iban á rezar los amantes. Iban á llorar, leyendo las últimas cartas de la muerta, atadas en paquete con cinta de seda. Allí no había olor á cadáveres, sino á flores marchitas.

Toda esta insensatez en las ideas, procurábase su misma enfermedad. Porque ya traspasaba los límites del histerismo y entraba en los primeros grados de la ninfomanía.

Para manifestarse ésta, sólo era necesaria la ocasión y el amparo de circunstancias favorables. Una tarde, la miseria amenazó más de

cerca á la familia de Pérez; iban á verse despedidas de su pobre vivienda; iban á encontrarse en medio de la calle, sin muebles, sin dinero alguno, teniendo por todo bien sus pobres vestidos de seda ajada y recompuesta cincuenta veces. En aquel momento, la inquilina del cuarto principal, *La Pálida*, según su mote de guerra, Estrella Sánchez, según su nombre propio, una mujer hermosísima á la moda entonces entre todas las aspacias madrileñas, tuvo, apenas enterada de este caso extremo, uno de esos arranques de generosidad que tan comunes son en estas desgraciadas, y salvó á las vecinas del tercero, á las que no conocía, poniendo ella misma en manos de Rosita Pérez la corta cantidad que necesitaban para pagar su deuda al casero. ¿Qué sucedió entonces? Al hallarse en el gabinete de la pecadora, al respirar los perfumes que había en el ambiente de aquella habitación lujosa, al ver su imagen reflejada en lucientes espejos, al adivinar las huellas de la orgía en el cuerpo de la prostituída hembra, la naturaleza dió sus órdenes y Rosita obedeció; la ninfomana se arrojó como una bestia hambrienta sobre aquella mujer; besóla y mordióla

con los besos y los mordiscos de la lujuria, y sació por primera vez, con estas monstruosas caricias, sus apetitos inextinguibles de carne humana y viva, palpitante en los brazos.

En casa de *La Pálida* tuvo luego su primer amante, cuyo recuerdo la horrorizaba. Su primer amante, un cura carlista que, después de poseerla, confesó haber estado en la guerra, y declaró que de su fusil partió la bala que hirió de muerte á don Tomás Pérez y Pérez, capitán de las tropas liberales, ¡á su padre!

¡Ahl Entonces empezó la tristeza de su vida. Entonces al poco tiempo *La Pálida* se trasladó á un lujoso hotel, comprado para ella por el marqués de Villaperdida, y engañó á éste y se enamoró del duque de Tres Estrellas, y ella, Rosita, tuvo que huir una noche del hotel, dejando sobre la alfombra tendida y muerta de un balazo en la sien á su protectora. Balazo clavado allí por los celos del amante engañado.

Tuvo que huir en compañía del mismo duque de Tres Estrellas, y aquella noche durmieron juntos; durmieron juntos, abrazados estrechamente, no como dos enamorados, sino como dos seres aterrados ante la horrible escena que

acababan de presenciar. El miedo los hizo amar y se amaron.

El duque de Tres Estrellas fué el primer amor de Rosita Pérez. El primero, porque ninguno de los que tuviera hasta aquel día interesaron ni profundizaron su ser. El primero, porque antes que con él, jamás pudo adivinar Rosita cómo encariñan las noches, las noches enteras pasadas en el lecho, al lado de un cuerpo que reclina su cabeza en la misma almohada en que descansa la nuestra, que nos besa al despertar, y que mientras duerme nos envía su aliento, y en medio del silencio, dentro de la soledad, envueltos en lo obscuro, uno y otro insomnes ó bajo el dominio del sueño van añadiendo nuevos eslabones á la costumbre de unirse, de confundirse, de identificarse.

No hay amor quizás en la noche primera; hay, acaso, extrañezas y repugnancias. Pero si luego se dominan, á la siguiente empieza la aleación, la amalgama ó mezcla, que en la alcoba con los seres animados sigue las mismas leyes á que obedecen los demás de la naturaleza en el laboratorio químico. Entonces los cuerpos se acercan, se atraen y se complacen

estas atracciones y proximidades, en las que la espiración del uno sirve al otro de aspiración, en que los corazones laten á compás, como dos amigos que al cabo de un rato de andar juntos marcan é igualan el paso, y en aquel momento, como se enlazan los brazos, como se tocan las formas, como las bocas se besan, todo es confusión y mezcla; se tienen los mismos sueños, se suspira á la par, y el calor que se desprende de un cuerpo abriga al otro y á este calor brota el cariño. ¡Así brotó el de Rosita hacia el duque de Tres Estrellas! Cariño de la mujer al primer hombre que comparte su lecho. Cariño no ideal, sino profundamente humano, palpitante, oliendo á vida y á carne.

Pero el duque llegaba á los brazos de la huérfana cansado ya de anteriores excesos, gastado por caricias pasadas, y era Rosita una más en la lista de aquel Tenorio á la moderna. Hizo lo que don Juan; aceptó el goce, llevó la copa á sus labios, y cuando tuvo bastante, dejola mediada en su mismo sitio, pagó el gasto y se alejó en demanda de otras aventuras, cuya mayor duración fuera como la de aquella, una eternidad de dos ó tres meses.

En esto iba pensando Rosita: en s^u amor, que tuvo que arrancar apenas brotaba; en su abandono, en su soledad, en tanto cúmulo de desgracias como la abrumaba.

En esto iba pensando, y en su madre y en su casa. El dinero del duque de Tres Estrellas había durado poco. Se remediaron con él grandes y urgentes necesidades de la familia. Se pagaron deudas atrasadas. Se llegó á conocer el bienestar, y aun se puso el pie en lo supérfluo, porque como Rosita estaba contenta, quería que los demás lo estuvieran. Bastábale su enamoramiento para motivar este regocijo; quiso que todos amaran en cierto modo al hombre por ella preferido, y á su madre y á su hermano hizo regalos, y procuró bienes con el dinero de aquel hombre para inspirarles agradecimiento. Y cuando la familia de Perez reunida en el comedor, ante una mesa cubierta de exquisitos manjeres, rodeada de buenos muebles, vestida con trajes nuevos, se hallaba complacida, soñando que todo aquello no era debido á la deshonra de la hija, ésta no dejaba nunca de decir, mirando á doña Angustias: «Todo esto lo tenemos, gracias al duque, madre. Ese hombre es

un ángel.» Por lo cual, lejos de brotar en ellos la gratitud, ignoraba la joven que con sus palabras iba haciendo crecer un odio profundo y mal disimulado hacia el duque y hacia ella misma. Madre é hijo se miraban consternados, pensando lo mismo. Aquella muchacha los alimentaba, los vestía, los albergaba, era la hija, era la hermana, pero siempre parecía echarles en cara su deshonra, recrearse en inculparles en ella. ¿Qué necesidad había de recordar en familia ciertas cosas? ¿Qué precisión de nombrar al duque á cada minuto? Ya lo sabían demasiado. Y un día doña Angustias llamó á su hija y se lo dijo en estos términos, y con razones parecidas á las expuestas.

Con tales cavilosasidades y recuerdos llegó nuestra heroína á la mitad de calle de la Montería, pasada la red de San Luis.

Notó entonces que la seguían, y volviéndose quedó maravillada. No era un hombre su perseguidor. Apenas representaba tener veinte años. Era casi un niño, porque había en sus ojos, al mirar á la buscona, la misma alegría, curiosidad y deseo infantil con que miran los niños un juguete de gran precio ó una linda

caja de dulces. El amor debió parecerle tierno y almibarado. La mujer, en su edad, era indudablemente una golosina.

Rosita sonrió al verle.

No era la sonrisa suya. Era más bien una expresión de enternecimiento maternal que asomó á sus labios ante aquel adolescente que se enamoraba. Era sonreír como sonríe todo el mundo ante la inocencia.

Vacilaba entre tanto el joven. Rosita apresuró el paso. ¿Qué iba á hacer ella de tal conquista? Pero armándose de valor el estudiante, ó lo que fuera, la imitó, y aun hizo más todavía, púsose á su lado, la miró, y queriendo fingir un atrevimiento que no tenía:

—¿A dónde va usted tan sola... y tan bonita?
—preguntó con voz que parecía un canto.

Decía estas frases de cajón, no como quien dice lo que se le ocurre, sino como aprendidas de memoria al oírse las decir á otros en semejantes casos.

Conocíase que estaba asustado de sí mismo, y que sufría un poco esperando la contestación.

El primer impulso honrado, bueno, fué el de

pararse, y sin ambajes ni rodeos, contestar desengañándole:

—Vete, yo busco viciosos, no enamorados. Yo no soy mujer honrada, soy una perdida.

Y si él insistía, negarse á todo en absoluto.

Pero sin saber por qué, respondió en el acto:

—Voy á mi casa.—Y luego, en voz baja, sin energía, sin decisión:—Déjeme usted.

Sintióse el joven estimulado.

—¿Quiere usted que la acompañe?

¡Oh! ¡Lo que es ahora no se arrepentiría!

—¡No sea usted niño!... no puede ser.

—¿Y por qué?

—¿Por qué?... porque no.

Pero él no se contentaba con tales explicaciones.

—Eso no es una razón.

Al fin tendrfa que decírsele franca y brutalmente, allí, en medio de la calle. No, en la calle no. De ningún modo.

Luego varió de pensamiento. ¿Y por qué? Acaso ya lo sabía, ya se lo figuraba.

Pues qué, á los veinte años, ¿cabe suponer tanta inocencia en los hombres? Aquel era como los demás. Debfa tratarle como á todos.

Hizo un gran esfuerzo.

—Pues hijo, *si quieres* venir, *ven...* ó vamos donde *tú quieras*.

Al oír que le tuteaba, el joven se inmutó, la miró sorprendido, pero regocijado.

—¡Ah!—exclamó.—Conque... en fin, bueno, mejor... ¿y á dónde vamos?

La buscona se echó á reír.

—¿Y yo que sé?... ¡lo mismo me da!

—Es que... yo no conozco... yo tampoco sé...

Quedaron los dos un momento en silencio. A la verdad que el caso era estupendo. Rosita que, como sabemos, salía aquella tarde por primera vez, no había pensado en ello. Esperábalo todo, menos el encuentro con un niño tan ignorante como ella de los sitios en que encuentra refugio la prostitución clandestina.

Entonces él, ingenuamente, dijo:

—¿Pero tú, cómo no sabes...?

Tuvo Rosita que confesarlo.

—¿Por qué?... Porque nunca he salido para esto hasta hoy...

Y se sorprendió al sentir rubor en las mejillas, al considerar que sus labios pronunciaban palabras en que se disfrazaba toda crudeza,

obedeciendo á un pudor que jamás creyó experimentar y que ahora la dominaba.

Iba á empezar la noche muy pronto. La gente apresuraba el paso y tropezaban muchos con los dos jóvenes que, parados en la acera y mirándose, permanecían mudos, irresolutos, sin saber á dónde ir, ni qué partido tomar. Algunos, al tropezar, murmuraban palabras de enojo casi insultantes. Ni ella ni él paraban mientes en esto. Ni ella ni él oían ni veían nada.

—¿Qué hacemos?—preguntó por fin él con una ansiedad manifiesta.

—¿Qué hemos de hacer?... Dejémoslo.

Pero al mismo tiempo, y al terminar esta frase, Rosita sintió que la mano del estudiante, penetrando por la abertura del abrigo, cogió la suya, la acarició, la estrechó con fuerza.

—¡Oh, no!... ¡No, por Dios!

Era una súplica ardiente. El ruego de un niño que pide caricias y que no le hagan daño. De pronto dijo resueltamente:

—Ven conmigo. Yo encontraré.

La mujer obedeció. Le siguió, y empezaron juntos una peregrinación por las calles, alejándose del centro de Madrid, buscando los sitios

oscuros, mirando todos los portales estrechos y mal alumbrados, sin atreverse á preguntar á las mujeres que veían en ellos apoyadas indolentemente en el quicio.

Daba lástima ver aquellos dos seres, jóvenes los dos, los dos hermosos, más hermosos aún por la misma ansiedad experimentada, sintiendo en su naturaleza y en su organismo los primeros brotes del amor, y que empezaban con una mirada una historia; pero iban resueltos, ella, á terminarla con el desencanto de una repugnante escena, sofocando y asfixiando toda la pureza de aquel sentimiento en los torpes contactos carnales; él, á formar con el beso y el abrazo el primer hermoso capítulo y á continuar así la historia.

Era ya de noche; pasaban bajo los faroles que acababan de encenderse, buscando siempre, uno junto á otro, mirándose, estrechándose para ocupar sin separarse la angosta acera, y la mano de Rosita no se había retirado de la del niño desde que éste la buscó bajo el abrigo con el afán que ya sabemos, con ese infantil anhelo con que se busca un nido en lo espeso de las hojas.

Rosita iba pensando. Conocía lo inútil de

aquellos afanes, lo interminable de las pesquisas. Por fin se decidió.

—Vamos á mi casa.

El estúdiante (pues por tal lo tuvo) lanzó una exclamación de alegría y de inmensa gratitud.

—Puedes llevarme. Quedarás contenta de mí —y la estrechó la mano con cariño.

¡Qué alegre retorno y qué regocijada manera de retroceder en busca del camino y dirección ya perdidos y abandonados! La noche no existía, puesto que no existía la sombra á hora que todo Madrid estaba alumbrado en las calles por los fuertes reverberos de las tiendas, de cuyos escaparates brotaban anchos focos de luz.

El adolescente creyó alucinado en una iluminación general hecha para los festejos de su dicha. La cuesta de las calles de la Montera y Hortaleza no le pareció sino como ascensión al cielo donde su ventura estaba.

Llegaron por fin al portal de la casa de Rosita Pérez y ésta entró precediéndole.

—Sube. Es en el principal.

Ligera iba ella dominando los escalones; pero él, con más ligereza, seguía la refrenando su impaciencia, y, como por lo común se dice, pisán-

dola los talones. Sentía fuertes latidos en las sienes, un ruido ensordecedor como el de la caída de un torrente en la cabeza; ardían sus manos y el corazón le palpitaba apresurado.

Cuando entraron en el piso principal, quedó nuestro héroe sorprendido al ver las habitaciones lujosamente amuebladas, y por las que iban pasando ellos dos solos, de prisa y en silencio. ¿Quién era esta mujer? ¿Cómo rodeada de lo supérfluo salía á comerciar con sus caricias para procurarse lo necesario? ¿Cómo le bastaba en pago de ellas el óbolo escaso de la aventura callejera?

Al pasar por delante de una puerta cerrada oyó un quejido.

—Es mi madre, está enferma. No hagas ruido —dijo Rosita.

Llegaron después de esto á un gabinete que debía ser el suyo. Delante del balcón había un tocador recubierto de raso embastado. En uno de los lados un armario de espejo. La sillería era de cretona rameada, en que predominaba el tono gris. Sobre la chimenea veíanse multitud de objetos de porcelana, figuras de barro cocido, un precioso reloj de níquel y bronce,

La Ginnasta y *La Bañista*, dos copias reducidas de alabastro de estas célebres esculturas, y todo ello se reproducía en el amplio espejo inclinado, cuya moldura llegaba hasta el techo.

Hasta que estuvo en el gabinete no vió que en el fondo de éste había una alcoba, y en la alcoba, desde luego, descollaba una cama con riquísimas colgaduras de damasco rojo.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

Se lo preguntaba sin mirarle, despojándose del abrigo delante de la chimenea. Después del abrigo desató las cintas del sombrero, y con ellas sueltas, sin quitárselo, sentóse en el confidente.

—Estoy rendida. Hemos andado mucho.

Miguel permaneció en pie, un poco trastornadas sus ideas con todo lo que le sucedía, y casi arrepentido de su atrevimiento. Aquella mujer iba á enojarse con él. Y lo que es peor, á reirse y avergonzarle en cuanto dejara sobre la chimenea, entre *La Ginnasta* y *La Bañista*, los míseros cuatro duros que vaciaban su bolsa.

¡Cuatro duros! No tenía más. No tenía más que estos cuatro duros y su hermosa juventud, sus

ojos azules que miraban cariñosos, su naciente bigote, bajo el cual la boca fresca y risueña estaba pidiendo besos de vírgenes enamoradas.

—¿Por qué no te sientas?

Y haciéndose á un lado en el confidente, recogió su falda, dejándole sitio junto á ella.

Rosita, inclinado el cuerpo hacia adelante, extendía las palmas de ambas manos para recibir el calor de la chimenea.

Miguel se sentó. Continuaba en silencio entregado á sus preocupaciones acerca de los cuatro duros.

Ella, atribuyendo otras causas á su mutismo, dejó la tarea de calentarse, ladeó un poco la cabeza para mirarle, y cogiendo con las suyas una mano del joven se la acarició, la estrechó dulcemente. Luego, acercándose más, sonriendo y sin cesar de mirarle:

—Qué guapo eres—le dijo.

Observó entonces su seriedad.

—¿Qué tienes? ¿No querías venir aquí?

—No, no es eso.

Rosita le echó los brazos al cuello, lo atrajo hacia sí, lo besó en la boca.

—¡Nene!

El beso y el abrazo de la mujer le hicieron olvidar todo.

Devolvió con creces la caricia.

Tornó á su alegre charla, á sus francas risas, á su regocijo juvenil que motiva el presente, y que no se frustra con temor alguno para lo futuro. Cogió á Rosita, la levantó en peso con fuerza maravillosa y la sentó sobre sus rodillas.

—No, no. Espérate.

Y desasiéndose del abrazo, la buscona se irguió, se puso en pie, acabó de quitarse el sombrero, y en seguida echó á andar hacia la alcaoba; y cuando estuvo cerca, volvió la cabeza como hiciera en la calle, miró al joven que continuaba sentado en el confidente.

—¡Anda! ¡ven!—Y desapareció detrás de las colgaduras, que se cerraron y volvieron á entreabirse para dar paso á Miguel, que iba tras ella.

El gabinete volvió á quedar desierto; el alto quinqué de máquina siguió alumbrando con intensa luz todos los objetos. *La Gimnasta*, con las manos puestas en el pedestal y los pies por alto, mostraba su blanco y desnudo cuerpo de alabastro, continuando su eterna pirueta. *La Bañista*, inclinando el suyo hacia delante, jun-

tas las piernas y extendidos los brazos se preparaba á dar el salto desde la roca al mar invisible; y de todas aquellas figurillas, la única que parecía sentir el abandono en que habían quedado y hasta tener miedo de la soledad, era la de un pilluelo, de barro cocido, que levantándose la camisa, su único traje, llevábase el faldón á los ojos y lloraba amargamente.

No tardaron en reaparecer. Ella con los ojos brillantes, el moreno rostro embellecido por el color, y él mostrando en su expresión el orgulloso contento de la virilidad satisfecha.

Sentáronse de nuevo en el confidente, risueños, mirándose complacidos, no sintiendo ya más que un sólo deseo, una curiosidad creciente que llenaba su pensamiento de preguntas acerca de aquel pasado de los dos, que ninguno de ellos conocía y que no poseían; que no entregaron ni dieron, al entregar, al dar y al poseer mutuamente sus cuerpos en una larga caricia. Sabían sus nombres y nada más.

El primero que rompió este silencio fué Miguel, levantándose de pronto merced á un gran esfuerzo de la voluntad.

—¿Te vas? ¿Tan pronto?—dijo Rosita.

—Es tarde para mí. Me esperan á comer.

—¿Te esperan? ¿Quién te espera?

—Mi padre. Vivo con mi padre.

Rosita no replicó.

El, entre tanto, metióse la mano en el bolsillo. Ya tenía cogidos entre los dedos índice y pulgar los malhadados cuatro duros. No sabía decidirse á sacarlos.

—¿Qué vañ á hacer?—exclamó la buscona con nervioso acento.

—Yo no sé... no te ofendas... no tengo más!.. no traigo más hoy.

No se ofendió; pero sin ofenderse púsose muy seria.

—No seas niño... tú no sabes con quién tratas... me has encontrado en la calle... me tomas por otra cosa... guárdate eso... lo que sea... lo que yo quiero es que vuelvas... que me quieras... que no me olvides... eso, y nada más.

Estaba abrazándole, buscando su boca con un beso, estrechándole fuertemente.

—Perdona... perdóname...

No supo decir más.

—¿Volverás, eh? ¿me das tu palabra?... ¿volverás?

—Mañana, mañana mismo, á la hora que tú me digas.

Pareció reflexionar antes de contestarle.

—Ven por la mañana, á las diez; estaré sola.

Y con sus inquietas manos le arregló el lazo de la corbata; le dió el último beso.

—¡Ahora, vetel!

Miguel salió del gabinete loco de amor; Rosita le acompañó hasta la puerta de la escalera.

—Hasta mañana.

—¡Adiós, nene!

Y cuando el adolescente estuvo fuera, cuando Rosita quedó sola, volvió á ponerse el abrigo de agremanes negros con adornos de azabache, el sombrero con el ala de golondrina, y salió de nuevo á la calle sin entrar en la alcoba de la enferma.

Iba á remediar el daño. Iba en busca del dinero que había tenido en sus manos y acababa de rechazar. En busca de aquellos cuatro duros. En busca del comprador. En busca del hombre.

II

Miguel Loitia tenía, en efecto, veinte años, y era estudiante, aun cuando no cursaba sus estudios en la Universidad. Sólo se sentó en las aulas del Instituto para obtener el título de bachiller en artes.

Vivía el joven con su familia, y así como le fueron desconocidos casi los motines y asonadas de los claustros universitarios, ignoraba en absoluto la azarosa existencia que en las casas de huéspedes de poco precio soporta la gente estudiantil.

Era el padre de Miguel, personaje importantísimo en esta historia, el Ilmo. Sr. D. Pedro Loitia y Gómez, jefe superior de administración civil, exgobernador de provincia, cesante desde el mismo día en que se realizó en España la revolución de 1868. Dicho lo anterior, queda su-

puesto que las opiniones políticas de D. Pedro le caracterizaban como afiliado en el partido moderado-histórico, de que ya era jefe en los tiempos en que ocurren estos sucesos, el excelentísimo Sr. D. Claudio Moyano. D. Pedro Loitia, no tan sólo figuraba en el moderantismo, sino que dentro de él se le recordaba su procedencia de la antigua fracción de *los polacos*. El conde de San Luis fué condiscípulo y paisano suyo, y esta amistad de la infancia fué base principal de la amistad política. Loitia y Sartorius se tuteaban. El ministro sabía las nobles cualidades de Loitia, y utilizaba sus servicios encargándole aquellos en que la política exigía para desempeñar ciertos cargos, hombres de gran probidad, de rectitud inquebrantable y de lealtad nunca desmentida. Bien pronto tuvo Loitia reputación tal en el moderantismo, que, no sólo Sartorius, sino González Brabo, y hasta el mismo jefe D. Ramón María Narváez, recordaban su nombre primero que ninguno, y era la de Loitia la primera credencial que se escribía en la combinación de gobernadores, encargándole la provincia de más difícil mando.

Llamaban al Sr. Loitia *el gobernador de los*

moderados, y hasta en la familia y allegados, cuando se hablaba de él, se le conocía por *el gobernador*, siendo esto debido, no tanto á la circunstancia de haber ejercido dicho cargo, sino á la de contar en él mayor número de años de servicio que ninguno, y considerársele como el más antiguo que había en España.

Esto era el Ilmo. Sr. D. Pedro Loitia en su vida pública y como funcionario del Estado. Provincia por él gobernada, á los tres meses de ejercer el mando era como una balsa de aceite. Por encanto desaparecía el bandolerismo, se cerraban las casas de juego, las malas artes no prosperaban, el vicio andaba oculto y como huído, mientras que en las oficinas del Gobierno civil podían presentarse como modelos de empleados, desde el portero hasta el secretario, y ni un solo expediente dormía el sueño de los justos.

Però en su vida privada, el gobernador perdía toda aquella entereza de carácter, daba al traste con su mayor severidad el llanto de uno de sus hijos, y abiertas las fuentes del cariño, érale imposible inspirar respeto como jefe y cabeza de familia, por más que todos sus esfuerzos propendían inútilmente á conseguirlo.

Don Pedro tenía sesenta y seis años, y disfrutaba, como clase pasiva, un haber de 5.000 pesetas anuales, con cuyos mil duros, que no llegaban á serlo por el descuento, atendía á la manutención y demás obligaciones de la casa. Estaba casado en segundas nupcias, y de su primer matrimonio eran hijos Miguel y Amparo, esta última de mayor edad que el joven á quien ya conocemos.

El gobernador había engruesado durante los obligados ocios de su larga cesantía. Era de buena estatura, y rostro en que la vejez no pudo borrar ni desfigurar las líneas de una belleza varonil, correcta y seria, si bien este distintivo de seriedad estaba unido á la expresión bondadosa de toda la fisonomía, de tal suerte, que sólo resultaba como sobrepuesto y artificioso, debiendo ser máscara de las facciones adoptada por D. Pedro para los actos de la vida oficial, y para inspirar en la de familia aquel respeto de que hice mención anteriormente, tan deseado como cosa nunca lograda.

La entereza de carácter que le valió señalados triunfos en las provincias de su mando, perdíase deshecha y como evaporada, é íbasele del

espíritu toda energía, como si de ella se hubiera despojado al quitarse el bordado uniforme de jefe superior de administración, al salir de las oficinas, al dejar de estar en presencia de sus subordinados, al verse entre los suyos, al abrazar á Julia, su segunda mujer, al besar á sus hijos en la frente. Entonces, la expresión de la cara indicaba claramente que sus únicos pensamientos eran bendecir la vida y dar gracias por su felicidad al Todopoderoso.

Tenía el Sr. Loitia manera tal de sentir el amor á la familia, que las manifestaciones de éste, si bien procuraba contenerlas, saltábase por los ojos, como vulgarmente se ha dicho. Quería ser para sus hijos un padre severo, y éralo en las cosas nimias, que las de importancia le hallaban blando y asequible á todo. Siempre hubo disculpas que llenaban su pensamiento, y frases de perdón que se aglomeraban en sus labios.

* Llegó Miguel aquella noche algo más tarde que de costumbre, encontrando á su padre mohino y cejijunto por haber tenido que sentarse á la mesa y empezar la comida sin esperarle. Dis-

culpóse el joven como pudo, y de tan fácil manera, que apenas inventada la disculpa, el señor Loitia la aceptó como buena, cosa que siempre aconteció en tales casos. El gobernador, viendo en la cara de Miguel muestras de un gran regocijo, alegróse también sin saber otra cosa, ni meterse en más filosofías. Su hijo estaba contento. Era natural que él también lo estuviera. Y cuando Miguel, antes de sentarse, se acercó á darle un beso, el ceño adusto había desaparecido, y encontró tersa y limpia la frente, preparada para recibirlo.

—Come de prisa. A ver si nos alcanzas. Para que no sirvan dos veces.

Esto dijo, y á esto se limitó toda la riña paternal.

La familia de Loitia vivía en la calle de Valverde, y en el segundo piso de una casa de reciente construcción. No había muchas habitaciones, pero sí las precisas para cada uno de los moradores, y además de esto la sala, bastante espaciosa, con dos gabinetes á uno y otro lado, cada uno de ellos con alcoba, durmiendo en una el matrimonio, y en la otra la hija mayor, Amparo. En cuanto á Miguel, su cuarto era un

verdadero cuarto de estudiante, con ventana al patio de la casa, en el cual había su cama, los utensilios precisos para el aseo personal y una mesita cubierta de libros y papeles.

El por qué Miguel no era más que bachiller en artes, preciso fuera investigarlo analizando el carácter del joven, y relacionándolo en sus manifestaciones con el ya conocido del Sr. Loitia, con aquella debilidad cariñosa y aquella fatal carencia de energía que le convirtieron siempre en juguete de las decisiones y voluntades de sus hijos.

Era Miguel, de quien todavía no he procurado al lector retrato alguno y sí sólo ligerísimo apunte, mozo de pocos años, como ya sabemos, muy desembarazado en sus modales, de regular estatura, delgado y fuerte, bien proporcionado en todas sus partes, lo que le daba distinción y elegancia, de cutis blanco como el de una señorita, rubio el pelo y azules los ojos que miraban con extremada dulzura y como adormidos y soñadores á veces, expresión debida á la miopía. Lo más hermoso que tenía Miguel era la frente, espaciosa y alta, bien encuadrada por el nacimiento del cabello, y lo más defectuoso la

boca, un tanto grande y de labios sensuales y abultados. Había en él una extraña mezcolanza de la gracia delicada del niño con el hermoso vigor del hombre, aquella borrándose ya y próxima á desaparecer, y este último naciente, apuntando como la dorada sombra que empezaba á formarse sobre su labio superior.

En Miguel, más que en otro alguno, los veinte años se acusaban y estaban como impresos indeleblemente en su rostro, en sus movimientos, en su expresión, en el conjunto y en el detalle, en las manifestaciones externas y en las internas de su organismo, en lo que decía y en lo que pensaba. ¡Su pensamiento y su lenguaje! Iban los dos á la par, sin adelantarse el uno al otro, prestándose mutuos servicios, encariñados por esta intimidad, fieles hasta el punto de seguirse lo mismo en los senderos de lo vulgar y común, como por los más intrincados laberintos de la fantasía. Hubo en la niñez de mi protagonista una impresión fortísima, recibida durante los estudios del bachillerato, impresión que fué causa determinante de su porvenir.

Recibióla al abrir las páginas del tratado de *Retórica y Poética* Supo que había expresiones

para el sentimiento. Leyó los versos que citaba el libro como ejemplos de la métrica. No se detuvo en contar las sílabas. Llamó su atención lo que decían, buscó los autores citados, y desde entonces pasaba largas horas leyendo nuestros clásicos.

De estas lecturas sacaba su imaginación sustancia de gran contentamiento; pero túvolo mayor cuando, dejando el verso por la prosa, hubo de recrearse en el examen de las grandes creaciones de Cervantes y Quevedo, que desde el mismo punto de la primera página le sedujeron y dominaron, tan por absoluto modo, que no hallaba solaz más que con lo que estos libros consignaban. Terminado el bachillerato, el Sr. Loitia creyó llegado el caso de tratar con su hijo acerca de la profesión que debía emprender. El antiguo gobernador deseaba para Miguel la más brillante, la mejor, y preocupábase con la elección entre todas las carreras civiles y militares; el Sr. Loitia quedó, pues, maravillado cuando á la pregunta de rigor contestó el joven, manifestando su propósito de no seguir ninguna, basándole con los conocimientos adquiridos y los que pensaba adquirir en lo sucesivo.

—Yo—dijo Miguel con gran decisión é ingenuidad,—quiero ser escritor.

Por primera vez en su vida el Sr. Loitia mostró ante tal réplica, entereza de carácter. Calificó el propósito de niñería, y cuando el estudiante alegó razones en su defensa, terminó el asunto notificando su resolución irrevocable con respecto al porvenir. Miguel estudiaría, dejándose de literaturas y sandeces, el francés y el inglés, los prolegómenos de derecho, y el derecho internacional, preparándose de esta suerte para el ingreso en la diplomacia, donde *el gobernador de los moderados* contaba todavía, á pesar de la revolución, con influencias sobradas para hacerle ascender rápidamente á los primeros puestos. No hubo para Miguel otro recurso que el de obedecer, oponiendo únicamente una resistencia pasiva. Resultó para nuestro protagonista un gran bien de aquel mismo daño, recibido al torcer su voluntad, y fué la bienandanza que, con el conocimiento de los idiomas precitados, amplió sus lecturas, viniendo en ocasión en que ya le era preciso tener enseñanza de la literatura contemporánea. Así, cuando el Sr. Loitia se regocijaba por su triunfo al ver los progresos

hechos por Miguel en el estudio de las lenguas vivas, éste devoraba, so pretexto de ejercitarse en la traducción, las obras de Dickens y Collins, las de Karr y Gautier, y otros autores más modernos, afirmándose más que nunca en sus decisiones literarias.

En éstas, llegó el momento preciso del ingreso en la diplomacia, y hubo de acontecer lo que el padre no esperaba y el hijo temía. Miguel sufrió una derrota en el examen de ingreso. La escena ocurrida con este motivo en la casa paterna fué terrible. Pero ante la cólera y el enojo del Sr. Loitia, como ante el llanto y las súplicas de las dos mujeres, el joven supo resistir y mostrarse resuelto y decidido. Repitió su frase pronunciada un año antes: *Quiero ser escritor*. Y por toda respuesta á las acusaciones de holganza, abrió las puertas vidrieras de un armario donde tenía escondido su tesoro, mostró algunos cientos de volúmenes leídos y anotados por él, estudiados detenidamente. Había en aquella biblioteca una preciosa colección de obras maestras de todas las literaturas.

—Pero tú, ¿qué has escrito?—preguntó el gobernador batiéndose en retirada.

—Nada. He preferido leer antes para escribir después.

—Pues bien, escribe y verás.

Y el Sr. Loitia terminó su filípica saliendo de la habitación de su hijo y encerrándose en la suya con grande ímpetu. Era su manera de declararse vencido. A la hora de comer estaba plenamente convicto del gran porvenir que esperaba á Miguel cultivando las letras patrias, y lo consideraba superior, bajo todos conceptos, al cargo de embajador que antes soñara también como seguro nombramiento que, andando el tiempo, recaería en favor del joven. ¡La gloria! ¿En qué había estado pensando? Si hay gloria, Miguel tenía más derechos y más títulos que nadie para conquistarla. Y allá en lo futuro, así como hasta aquel día, tuvo la visión del palacio de las Tullerías, donde, en el centro de un salón inmenso, veía á su hijo adelantándose al encuentro del jefe del Estado francés, emperador, rey ó presidente de la República, fingíase ahora toda la nación española metida dentro de un teatro aplaudiendo frenéticamente los sonoros versos de un drama de capa y espada, y oía las aclamaciones de la apiñada muchedumbre: ¡*El*

autor! ¡El autor! Y al salir Miguel al palco escénico caían coronas, y á él se lo llevaban desmayado de júbilo.

—¿Cuándo escribirás tu drama?

No pudo contener esta pregunta. Miguel no pudo tampoco reprimir las lágrimas que de improviso asomaron á sus ojos, miró al anciano, levantóse, abandonó su asiento en la mesa y, acercándose, cogió con ambas manos aquella cabeza venerable, la besó, la abrazó, mientras que las dos mujeres, la hermana y la madrastra lloraban como él y se reían. Fué una comida alegre, y durante la comida una conversación continuada, una charla incesante, en la que Miguel fué objeto de las más halagüeñas predicciones. Ninguno dudaba de sus éxitos futuros, de su talento, y desde el siguiente día D. Pedro jamás regresó á su casa sin traer para su hijo debajo del brazo alguna adquisición hecha en la librería de Fernando Fe, donde tenía encargadas siempre las obras nuevas que se publicaban en España, Inglaterra y Francia, y como, cuando Miguel era niño, volvía alegre con su compra, figurándose el contento del joven, feliz con la sorpresa que le preparaba y que le hacía

recordar los saltos y risas con que en aquel entonces eran acogidos los juguetes, comparándolos con el abrazo con que ahora pagaba el futuro escritor los regalos de libros.

—Mira: aquí tienes esto. Yo no sé lo que es, pero me han dicho que es muy bueno.

Y el joven, desatando el paquete con febril impaciencia:

—A ver, á ver. Toma, pues ya lo creo—decía leyendo las cubiertas.—*David Copperfield's Aventures, La Confession d'un enfant du siècle.* ¡Ah, papá! Cuánto te lo agradezco.

Y papá se retorció el bigote mirando con sonrisa placentera la precipitación que empleaba el joven en coger los tomos y abrir las hojas con la plegadera de marfil, también regalo suyo.

Pero el escritor no escribía. Hasta entonces no pasaba de ser un lector infatigable, que uno tras otro, en revuelta confusión, sin orden ni método alguno, iba haciendo una revista general de autores.

—¿Y ese drama?—le preguntaba á veces el Sr. Loitia.

—Pronto, muy pronto lo empezaré.

Entre tanto, Miguel llegó á cumplir los veinte

años, y si desordenada estaba su educación intelectual, mayores desórdenes y trastornos había en sus sentimientos. Bazar en que lo bueno y lo malo andaba en montón, sin que el brillante tuviera su montura, ni la perla su aderezo; prendería de todo lo creado en el mundo, donde lo antiguo se confundía con lo moderno, hasta el punto de no distinguirse bien cuál era el ídolo de la pagoda, y cuál era el botijo-toro de Cuenca; tal era la imaginación de Miguel, y como la imaginación, su vida efectiva.

El *Werther* puso en ella semilla y germen de amarguras, y en cambio Lamartine hizo brotar la ternura como tallo de flor delicada; *Byron* y *Musset*, los dos grandes desesperados, hicieronle escéptico, y sobre el barullo que armaba con sus disputas este escepticismo, dominándolo, se oía la carcajada de Voltaire; Stendhal le hizo despreciar todas las inteligencias, y Balzac amplió los límites de este desprecio, provocando á la náusea de la humanidad; Teófilo Gauthier lo maravilló con su estilo, lo sensualizó primorosamente, y llegó tarde Alfonso Karr para hacerle discurrir con sentido común. Era, pues, nuestro héroe un loco, un Don Quijote de nuestra

edad que deseaba ser armado caballero de las letras y á quien no faltaba más que el escudero y Dulcinea.

La vida de familia, aquellos extremos del cariño, el retiro en que voluntariamente se encerraba para el estudio, lejos de convenirle, fueron en su daño. La casa de huéspedes, las amistades de café, una aproximación más inmediata y constante á la realidad, hubieran sido la higiene reclamada por aquella naturaleza que vivía soñando y que necesitaba á cada instante andar entre los hombres, aspirar de cerca los fuertes olores de la calle, recibir codazos y empujones para despertar, aunque despertara con sobresalto.

La materia hizo en él sus oficios y reclamó sus derechos. Miguel, hasta el momento de conocer á Rosita Pérez, obedeció á la materia en estas necesidades y exigencias; mas por su buena ventura, tal vez por las repugnancias sentidas después del acto carnal verificado con desdichadas criaturas, salió de aquellos encuentros sin recuerdos de afección, sin agradecimientos, sin sentir siquiera calmada la sobreexcitación nerviosa que le pedía mayores y más perfectos bienes.

Pero la noche en que comienza nuestra historia aconteció de otra suerte. Rosita Pérez no era una mujer que pudiera confundirse con las demás, cuyos nombres ya no recordaba, cuyos cuerpos habían estado en sus brazos, sin que dejaran tampoco memoria de sus formas, ni impresión alguna de sus caricias. Para el que había leído *La Confession d'un enfant du siècle* y *Mademoiselle de Maupin*, Rosita Pérez era una mujer peligrosa, y desde el primer momento, desde que la vió en la calle, Miguel recordó las heroínas de estos libros, y vió destacarse, tomar carne, palpitar y respirar ante sus ojos á Margarita Gautier, no menos deseada por todos los adolescentes. Dulcinea se presentaba. Don Quijote se preparaba ya para su primera salida.

¿Cómo tomó formas y apariencias tan rápidas esta ilusión? ¿Cómo se encaminaron tan decididos por aquella dirección los pensamientos? No pudiera Miguel decirlo, y sí únicamente analizar las impresiones rebibidas. Recibió primero la de la belleza y la gracia, belleza del rostro, gracia de los movimientos, el rostro todo expresión, los movimientos amigos del donaire. Luego llegaron por su turno la elegancia de la figura,

el esmero del traje, y como si esto no bastara, sirvieron para llenar de color el fondo del cuadro, la peregrinación por calles y plazas cuando empezaba la noche, aquel paseo en que iban los dos con las manos enlazadas buscando inútilmente un sitio en lo obscuro para besarse, la ansiedad é impaciencia que los dominaba y, por último, la encantadora voz de la mujer diciendo: «Vamos á mi casa», la sorpresa de quien imagina llegar á un prostíbulo y encuentra la lujosa mansión de una hetaira moderna. El retrato terminado, completo, una gran figura del sensualismo encerrada en marco digno del cuadro.

Cuando salió á la calle iba oliéndose las manos, y aquel olor le embriagaba, le enloquecía. Era el perfume que usaba Rosita Pérez.

No parecía que acababa de abrazar á una mujer; dijérase que venía de estrujar un ramo de jazmines.

Miguel comió regocijado, como ya hemos dicho. No sintió jamás tanta alegría. Ni siquiera aquella noche memorable en que después de una tenaz oposición á sus vocaciones literarias, manifestada con llantos de mujer é increpaciones y amenazas del padre, éste le dijo:

—¿Cuándo empiezas tu drama?

¡Su drama! Empezaba en aquel momento.

Estaba hecha la primera escena y pensaba, sin tregua, en la segunda.

—¡Mañana, á las diez en punto, volveré á verla!

Y quedaba asustado, tanto de no tener ideas fuera de éstas, como de encontrar mayores anhelos después del placer satisfecho.

El amar y el poseer habían sido muy rápidos. Deseaba empezar de nuevo.

III

Si la hubieran preguntado las órdenes que doblegaron su voluntad y á las que obedeció para rehusar el dinero de Miguel, Rosita Pérez hubiese tenido que contestar confesando lo inexplicable de su conducta. Lo rehusó, sí; lo rehusaría una y cien veces, si cien veces se lo ofrecieran.

¿Por qué? No lo sabía. Obedeció á un instinto. Era lo único que podía decir. ¿Instinto de qué? En este punto, difícil sería penetrar por el complicado enredo en que andaban dentro del cuerpo de Rosita Pérez, sentimientos y sensaciones; después del hecho, después que hubo salido el joven, experimentó una vaga tristeza. «Todo es inútil, pensaba. Mañana no vendrá. No volveremos á vernos nunca.» Por primera vez se miró atentamente al espejo. Se miró procurando ser

extraña á sí misma para juzgar, como una extraña, de su hermosura; se desesperó al convencerse de que el amor propio no la dejaba analizar esto con la imparcialidad de la indiferencia. Luego quiso recordar palabra por palabra, textualmente, y si era posible hasta con la misma entonación, las que Miguel había pronunciado, y se maravilló mucho de no tener de todas ellas más que un recuerdo confuso, como el que se tiene de una conversación oída entre sueños. Recordaba más la impresión de los besos que los besos mismos, que lo que al besar la decía. Más el sonido de la voz que el sentido de las palabras; más la cara que la figura y en la cara los labios y los ojos; los ojos, sobre todo, azules, cerrándose al mirar, con una contracción de los párpados, que parecían recoger la imagen de ella, de Rosita, y llevársela á las pupilas, para desde allí esconderla más adentro, en el alma.

Todo había sucedido en una tarde, en menos de una tarde, en un momento, á traición, en brazos de un niño y sin saber ella misma qué sucedía. Pocas horas antes, sus pensamientos fueron muy otros. Pocas horas antes, al recorrer la calle de Hortaleza, iba pensando todavía en

el amante del pasado, en el duque de Tres Estrellas, que la abandonó después de enamorarla. Ahora ya no se acordaba del duque. No pensaba más que en Miguel, en *el hombre nuevo*; había salido casi detrás de él con el propósito de ganar con otro desconocido la cantidad que necesitaba, y que se negó á tomar de manos del joven. Su madre estaba enferma, era preciso. Pero cuando se encontró en la calle, varió de pensamiento. No, aquella noche no. Otro día. Después de todo, podía hacer dinero por otros medios y sin que su madre lo supiera. Aún estaban intactos todos los regalos del duque. Aquel día era el primero de escasez en la casa. Había de qué echar mano. Y resueltamente se encaminó á la Carrera de San Jerónimo.

Allí brillaba ya, encendido, frente á la Cervecería inglesa, el farol blanco con letras azules que anunciaba la sucursal del Monte. Subió de prisa. No quería ver á nadie más que al empleado con quien tuviese que tratar la operación. Entró en la sección reservada, y con grande alegría, cuando el hombre se presentó, se quitó el guante de la mano izquierda, le mostró su diminuta mano.

—Quiero empeñar esta sortija.

En el dedo meñique lucía una de oro engarzando un brillante rodeado de perlas.

Después de examinarla detenidamente, el empleado dijo:

—¿Mil quinientos reales, señora?

—Es bastante.

Y cuando volvió á salir, iba tan contenta como si hubiera llevado á cabo una buena acción.

Al volver á su casa, doña Angustias, que estaba despierta, se apresuró á llamarla desde la alcoba.

—¿Traes dinero?

—Sí, mamá.

—¿Quién estuvo antes aquí contigo?

Rosita vaciló un poco antes de contestar.

Luego tuvo una idea que la pareció feliz.

—Pues *de ese* es el dinero que tengo.

—¡Ah!

La madre reprimía una pregunta que pugnaba por salir de sus labios, sintiendo comezón de saber cuánto había ganado su hija con aquel hombre. Lo quiso averiguar de un modo indirecto.

—Ya sabes que mañana subirán el recibo de

la casa. Les dirás que vuelvan dentro de cuatro ó cinco días. Hay que reunir veinticinco duros.

—Mañana pagaremos la casa. Hay que salir de eso cuanto antes.

Doña Angustias se refugió en las sábanas y estiró las piernas. No quería que las intenciones la salieran al rostro.

—Aniceta pide también su salario.

—No se le debe más que uno. El del mes pasado.

—Son cuatro duros. Dice que tiene que enviarlos á su pueblo.

—Se los daré también mañana.

La enferma no pudo resistir más. Se incorporó, miró á Rosita fijamente.

—Pero, oye, ¿cuánto tienes? ¿Era algún banquero ese hombre?

—Tengo... cuarenta duros. Ese hombre no tiene facha de ser banquero... es un pollo... muy pollo... pero paga bien.

—¿Y no sabes quién es?

—No lo sé.

—¿Y volverá?

—Vendrá mañana por la mañana.

La madre sabía ya cuanto quería saber. Recobró su postura.

—Abrígame un poco.

Rosita obedeció. Cuando doña Angustias se encontró abrigada, viendo que su hija no se sentaba, guardó silencio y esperó.

—Si no quiere usted nada más, voy á acostarme. ¡Buenas noches!

Ya estaba junto á la puerta; iba á salir.

—Oye, deja eso aquí, encima de la mesa de noche.

—¿El qué?—y esta pregunta la dijo Rosita como un grito estridente.

—Los cuarenta duros. Yo pagaré esas cosas, y lo demás que sobra lo iremos estirando.

La buscona volvió junto á la cama, y con ademán nervioso dejó en el sitio indicado los dos billetes de cien pesetas.

—Ahí los tiene usted.

Esta vez salió ya sin que la detuviera ninguna orden.

En la sala no pudo contenerse. No la bastó tener la palabra formada en el pensamiento. Quiso pronunciarla y la dijo en voz baja, con los dientes apretados por la ira: «¡Cochinal»

Oyó que desde la alcoba la enferma gritaba con voz que para ella tenía los acentos de la burla:

—¡Que descanses, hijal

Pero todo el enojo desapareció al entrar en su gabinete; al verse sola, por fin, en el sitio donde aquella tarde el amor había estado oreando un poco los sentimientos encerrados en su ser, que empezaron, al recibir la luz y el aire de las pasiones, á desentumecerse, á revivir.

Se desnudó de prisa, sin hacer lo que hizo otras noches, sin detenerse ante el espejo para estudiar sus carnes, para complacerse en el enorgullecimiento que la inspiraban las curvas de su cuerpo. Aún faltaba la noche entera para llegar al día siguiente, y, sin embargo, no parecía sino que Miguel estaba allí acostado antes que ella, esperándola y llamándola con el insistente estribillo del deseo. «Acuéstate, ven. Ven, Rosa, acuéstate.» Se acostó. «A las diez vendrá.» No pensaba en otra cosa. No podía dormir. Buscó en vano el reposo. En aquella cama era imposible. Era blanda y mullida, ancha y abrigada, pero ahuyentaba el sueño. Estaba hecha para abrazarse, para besarse. Dijérase ani-

mada, viviente, llena de malicias, acostumbrada á secundar con dóciles complicidades los movimientos más voluptuosos. Se perdía al caer allí el sentimiento de la caída. Negaba las leyes de la gravedad. Hundía para levantar después. Los cuerpos no pesaban, flotaban, y más que sobresábanas, parecían tendidos sobre espuma, medidos por las olas, corriendo por toda la carne el cosquilleo del agua agitada con los juegos lascivos de las ondinas. Y luego aquella cama figuraba tener á veces voz y aliento. Voz de los dulces diálogos ocurridos allí en voz baja; aliento de suspiros entrecortados. Pasó toda la noche en un intranquilo insomnio. Pensaba en Miguel siempre. Miguel era la figura principal de todos los cuadros compuestos y dibujados en su imaginación. Pero allá, en segundo término, estaban también el duque de Tres Estrellas y el padre Lasoga. El grande de España y el eclesiástico miraban al joven y se reían, reían con carcajada terrible, nerviosa, inextinguible, insultante, provocativa. Se reían de aquella venda que llevaba Cupido y que estaba humedecida por las lágrimas. El amor de Rosita tenía que ser así, un pobre niño con los ojos tapados y llorando.

Pensó, al llegar á este punto de sus alucinaciones, en el porvenir, en los días siguientes, en lo que debía decir y en lo que iba á hacer. «Si Miguel me pregunta, ¿cómo contesto?» ¡Un engaño! Tenía que fingir. Tenía que inventar algo, cualquier cosa, lo nimio, lo vulgar, lo corriente, hasta lo monstruoso; todo, menos lo verdadero. Decirle «yo soy lo que soy», era decirle ¡adiós! Decirle «no soy lo que figuras», era retenerle, conservarle, guardarle, poseerle en cuerpo y alma. Y esto, por el tiempo que pudiera tardar el joven en saber la verdad de todo. Días, meses, años, tiempo, en una palabra, el tiempo preciso para gastar, para extenuar las terribles fuerzas con que se apoderó de ella la pasión desde el primer instante. Ya podían reirse, allá en el fondo del cuadro, con la risa de los traidores de tragedia, el duque de Tres Estrellas y el padre Lasoga. Lograría, á fuerza de gritos de pasión, ahogar con su voz aquellas cónicas carcajadas; gritaría tanto y tan bien, que Miguel, oyéndola, no sería capaz de parar mientes en las carcajadas de los otros.

A la madrugada se quedó dormida, pero con ese sueño intranquilo y ese dormir, con cuida-

do por el despertar, incomprensibles en las que no tienen la preocupación del trabajo diario. Y cuando oyó por las habitaciones interiores de la casa el ir y venir de las primeras faenas, abriéronse sus ojos, sacó fuera de las sábanas un desnudo brazo, buscó el cordón de la campanilla y llamó.

—Cuando venga el señorito que estuvo ayer tarde... ¿sabes? que pase aquí... aunque yo esté acostada. Vendrá á las diéz.

Recibida la orden, Aniceta volvió á marcharse, y allá dentro cantaba al poco rato:

Con mi capotín, tín, tín, tín,
Que esta noche va á llover;
Con mi capotín, tín, tín, tín,
A eso del amanecer.

Era entonces la canción de moda en las cocinas.

Pugnaba ya la claridad del día por entrar en el gabinete, y los rayos solares parecían forcejear en los resquicios y junturas de las puertas cerradas. Con esto, la obscuridad se convertía y transformaba en penumbra, dando fondo gris al cuadro general, en cuyo fondo, lo negro no lle-

gaba á verse todavía; pero en cambio destacaba fuertemente todo lo blanco. *La Ginnasta* y *La Bañista* tenían una blancura deslumbradora, pareciendo que de sus cuerpos de alabastro irradiaba la luz, y sobre una butaca, las enaguas y la ropa interior de Rosita Pérez, no eran menos nevadas, formando una mancha grande de caprichosos contornos, de rientes arrugas, informe montón de espuma batida. No se veía el reloj de níquel y bronce; pero desde la cama, el oído iba siguiendo el tic-tac persistente de la péndola. Y esto era lo que alegraba á la mujer, porque oyendo así la medida del tiempo, refrenábanse los impacientes anhelos de la espera. No quería levantarse, no quería esperarle vestida ya en el gabinete, sino allí, en la alcoba, en aquella media obscuridad favorable á todo, y acostada, desnuda, guardándole la pureza de su noche pasada sin recibir las caricias de nadie y el blando calor de su cuerpo de bacante.

Los discordes ruidos del tránsito callejero eran cada vez mayores. Un carruaje que pasaba ensordecía las notas del organillo; notas chillonas que daban la idea de lo que puede ser *La Traviata* cantada por unos cuantos gatos meti-

dos dentro de un cajón que va traqueteándose por el empedrado. Los traperos voceaban con un prolongado grito sus ofertas de compra y venta; y como los traperos, uno tras otro, cada cual á su hora, fueron lanzando su pregón todos los vendedores ambulantes. Cada cual á su hora, hasta tal extremo de puntualidad, que realmente nuestra madrileña no hubiese necesitado más que oír los pregones para prescindir del reloj y saber la hora á punto fijo.

—¡Yo veendo las plantas de claveles dobles!

—¡El de las flores!—exclamó Rosita, incorporándose en la cama.—¡Las diez!—Por fin eran las diez. Iba á venir. Se levantó de un salto acometida de una idea repentina, y sin calzarse las babuchas, en camisa, con los desnudos pies hollando presurosamente la alfombra, llegó al gabinete, buscó á tientas en el tocador, entre los frascos, el que era su olor favorito, y bajándose la camisa, con el irrigador se perfumó los pechos. Sonó en aquel instante la campanilla. Dió una carrera loca para volver á la cama. Así estaba bien. Tibia y perfumada.

En la calle el vendedor de flores seguía voceando:

—¡Yo veendo las plantas de claveles dobles!
Sintió que venían por la habitación inmediata, que descorrían luego la doble colgadura del gabinete.

—Aquí está—dijo Aniceta, haciéndose á un lado para dejar pasar.

—Entra, Miguel.

Y cuando el joven llegó andando á tientas hasta tropezar con la cama, ya tenía ella los dos brazos fuera de las sábanas esperándole, cogiéndole, atrayéndole hacia sí para besarle en la boca.

Y en voz muy baja, después del beso:

—Desnúdate, desnúdate y acuestate aquí conmigo.

Se levantaron á las doce. Al abrir los postigos del balcón, lanzó Rosita un grito de júbilo. Entró en el gabinete un amplísimo rayo solar que la obligó á cerrar los ojos, y al cerrarlos, la luz, transparentando la sangre en sus párpados, hízola figurárseles como dos pétalos de rosa. «¡Jesús, qué hermosura!» Volvióse para mirar á su amante. «Escucha, no quiero que te vayas, saldremos juntos, hace mucho sol y estoy contenta. Nos iremos ahora mismo. Almorzaremos

en cualquier parte. Es preciso una fiesta para celebrar el primer día de nuestros amores. ¿Quieres?»

No tuvo Miguel fuerzas para oponerse. Por un instante pensó en su familia, en su padre, que estaría intranquilo esperándole. Pero, ¿cómo decirlo? ¿No era ridículo confesar á la mujer amada aquellos temores de hijo de familia menor de edad?

—Verás, verás qué pronto estoy vestida.

Se sentó delante del tocador recibiendo directa la intensa claridad del día, con esa temeridad, con esa confianza en los propios encantos, en la frescura del cutis, en la fortaleza de la carne joven, que da la seguridad del triunfo, la certeza de salir ganando, en verse contemplada así, á toda luz, examinada de cerca y minuciosamente.

Olvidó Miguel sus preocupaciones. La inquietud del Sr. Loitia, inquietud producida por su tardanza y que estaría sintiendo en aquellos mismos instantes, era sin duda una contrariedad. Pero ya sabría él explicar esta ausencia de modo satisfactorio. Contaba además con el cariño que se adelanta y acepta como buenas todas las dis-

culpas. Sin embargo, para tranquilizar su conciencia, que con tales reflexiones le importunaba, dijo de pronto, con indecisión, tímidamente:

—El caso es que mi padre... no sabe nada. Me esperará. Ya estará esperándome para almorzar. Si pudiéramos enviar un aviso á mi casa.

—¿Para qué?

—Para que no estén con cuidados y temores.

Levantóse ella soltando peines y cepillos encima de la mesa, retirando la silla, no con las manos, sino con las piernas, echándola á rodar como de un puntapié, y presurosa, á medio peinar, más bella que nunca en aquel desorden, se acercó, se sentó en sus rodillas.

—¿Tanto te quiere tu padre?

Entreabierto el peinador, dejaba ver el nacimiento del seno, de donde salía aquella emanación fresca de su cuerpo recién lavado, echóle al cuello los brazos; estaba desnuda bajo la bata.

—Me quiere mucho, muchísimo.

—Yo te querré más. ¡Ay!, nene, nene mío, tú no sabes...

No. Miguel no sabía nada de estas cosas. ¡A los veinte años! No se atrevió á insistir.

—¿No me besas, no me das un beso?

—Sí.

Después la mujer se levantó. Continuó su faena. Se peinaba y cantaba. Parecía una alondra alisándose el plumaje.

—Ea, ya estoy. ¿Ves qué pronto?

—Ponte el vestido que llevabas ayer.

—¡Ah! sí, el de ayer tarde. ¿Adónde vamos? Oye, iremos al campo.

Esto lo decía ya desde la alcoba. Hablaba, pero el joven no la veía. Oíase el ruido de las enaguas, la caída de las babuchas, el crujir de la seda. Estaba vistiéndose. Continuó su charla.

—Iremos al campo, sí. Con este día, el campo estará delicioso. Un poco húmedo, pero es mejor, porque olerá á tierra mojada. ¿No te gusta á tí ese olor? Tengo ganas de correr y de saltar. ¡Ya verás! Yo corro mucho. De fijo que no me alcanzas.

—¿Y adónde iremos?—interrumpió Miguel, participando, al fin, del regocijo de su querida, sonriendo ante el rayo solar que daba vivos colores al dibujo de la alfombra.

Ella, entoncés, salió, puesta ya la falda y el cuerpo del vestido, aunque de tan mala mane-

ra, que hubo que arreglar aquel desorden de la figura delante del armario de espejo, donde se veía de cuerpo entero. Luego volvió junto á su amante para ponerse el sombrero de castor con el ala de golondrina. «El de ayer tarde.»

—Pues iremos adonde se almuerce bien, porque yo tengo apetito. Mira, ¿á tí qué te parece la fonda del Retiro?

—Donde tú quieras. No he almorzado allí nunca.

—¡Ah! tú no almuerzas más que en tu casa— exclamó la buscona;—pero yo te respondo de que te gustará, porque se come bien.

Ya estaba el airoso sombrero en la cabeza y hecho el lazo de las cintas. Con un movimiento adorable, de pie como estaba, puso ambas manos sobre los hombros de Miguel, inclinando el cuerpo hacia adelante, casi en la misma actitud que *La Bañista*.

—¿Te gusto?

El joven, sujeto por ella, no podía incorporarse, pero quiso abrazarla, sentarla de nuevo sobre sus rodillas.

—No, no; ahora no. Luego, en el Retiro. Anda, cariño, anda.

Ligera como una gacela, separóse bruscamente, trajo ella misma el sombrero del hombre, ella misma le puso el abrigo.

—Vámonos. ¡A escape!

Al poco rato un *simón* los dejaba en la fonda del Retiro.

Rosita quería almorzar bajo los árboles; pero desistió de esta voluntad porque había allí otras parejas, otras gentes. No podrían estar solos. Subieron, pues, en demanda de uno de los comedores del pabellón rústico.

—Es lo mismo. Desde aquí se ven los árboles, y nadie nos estorba.

La mujer quiso que Miguel eligiera lo que habían de almorzar. Y esto fué diversión nueva, porque Rosita prorrumpió en una estrepitosa carcajada al oír al joven que, con gran seriedad, pedía huevos fritos y chuletas.

—¡Dios mío! ¡Esto es horrible! Pero, chico, tú no sabes nada de nada.

Y dirigiéndose triunfante al camarero, que sonreía:

—Primero ostras, tortilla á las finas hierbas, riñones á la brochette y merluza frita.

—¿Nada de salsa?—replicó el camarero.

—Nada.

—¿Vino?

—*Grand Ordinaire*, y el queso de Brie.

—¿No quieren otra cosa los señores?

—Manzanilla para las ostras.

—Hay Sauterne excelente.

—Manzanilla es lo que quiero.

—¿Ostras cuántas?

—Dos docenas.

Y cuando el camarero hubo salido:

—Yo me como una docena en un santiamén.

¿Y á tí, no te gustan?

—Yo me comeré lá otra—replicó el joven, ridículamente resignado.

Habíase puesto de mal humor sin saber por qué. A pesar del sol que parecía haberse venido con ellos desde casa, que estaba allí poniendo reflejos como estrellitas en el borde de las copas y en el labrado de las botellas; á pesar de la incitante blancura de los manteles; á pesar de la alegría de su compañera que, asomándose á la ventana, aspiraba voluptuosamente las ráfagas libres del aire, y miraba con no menos voluptuosidad, buscando entre los árboles alguno de esos grandes enemigos de la muerte que

siguen en invierno àbrigándose con sus hojas y persisten en conservar un verdor eterno.

De pronto exclamó:

—¿Cómo sabes tú disponer con tanta presteza un almuerzo en la fonda? ¿Has dispuesto muchos?

¿A él qué le importaba que fueran muchos ó pocos? Pero el caso es que la mordedura de los celos habíala sentido comenzar con aquel fútil motivo. Rosita conoció lo que le pasaba, palideció al ver que su amante sufría. «No seas niño», le dijo, y luego, retirándose de la ventana:

—Escucha: cuando estemos solos durante el almuerzo, yo te contaré... Es preciso que sepas muchas cosas.

No supo nada, y creyó saberlo todo. Rosita mintió, como recordarán los lectores, que era su propósito. No fué una historia, fué un cuento en el que no hubo más que una sinceridad, una franqueza, un solo dato verdadero. La negación de su virginidad física y la afirmación de que ella no tuvo la culpa de su desgracia.

—¿No has observado, no has visto nada extraño en mi conducta?

—No.

—¿Conque no te sorprende que, estando mi madre enferma, yo venga aquí contigo y salga de casa como salí, sin entrar siquiera en la alcoba?

—¡Ah!

Y Rosa, en voz baja, con la verdad en los labios, terminó:

—*Esa* es la que tiene la culpa de todo.

Apuró de un trago una copa de *Grand Ordinaire*, y siguió almorzando.

—No hablemos más de esto. Me entristecería demasiado. Ya lo sabes.

Miguel la miraba. La quería más, mucho más. Antes, pocas horas antes, en la hermosura de aquella mujer, amaba lo desconocido. Lo desconocido era un dolor, y aquella mujer una víctima suya. Rosita, al descubrir su caída había procurado hacerla interesante. Ahora ya podía aparecer ante el joven como quisiera. Si alguna vez era la bacante desgreñada, la adoración persistiría porque la bacante llevaba puesta una aureola.

IV

Fueron amores empezados en mal hora y seguidos de mala manera. Intranquilidad del espíritu, grandes sustos y sobresaltos de la conciencia, nada de lo que es martirio dejó de andar sino muy de sobra en esta pasión, cuyo desarrollo, rápido en demasía, hizo que los sentimientos tuvieran al nacer lo espontáneo de la improvisación; lo espontáneo y lo incorrecto.

En los primeros días hubo regocijo y fiesta, abrazos frenéticos y caricias inextinguibles; estar juntos, era una necesidad; separarse, una tristeza; amarse, un éxtasis y un furor, éxtasis en las miradas y en los pensamientos, furor en los labios que besaban y en los brazos que estrechaban sus cuerpos uno contra otro, apretándolos mucho, todo lo más posible, con tal extremo, que no se satisfacía este alarde de fuer-

za hasta que uno de ellos exclamaba con voz ronca, no pudiendo resistir más aquella lucha: «Vida mía, que me ahogas. Déjame respirar.» Luego, en las treguas, en los descansos concedidos á este abrazo, quedaban mirándose, rendidos, pero satisfechos de su cansancio, y entonces era cuando el espíritu trabajaba, cuando acudían en tropel las ideas á la mente, las frases á la boca, las dudas y las desconfianzas, y daba lástima verlos cómo contenían, el hombre sus reproches injustos, y la mujer sus lágrimas, volviéndose á veces de espaldas á Miguel en el lecho para enjugarlas y que no las viera. Es que Rosita adivinaba lo que sucedía en la imaginación de su amante, adivinaba las sospechas, los celos, las preguntas; le oía pensar, y uno por uno iba escuchando los pensamientos que no se decían, porque el decirlos era un horror, después de aquellas locas caricias. ¡Pobre niño!

En la historia inventada por la mujer, contada durante el almuerzo en la fonda del Retiro, historia que le impresionó de tal suerte, que hasta hubiera podido escribirla con las mismas palabras empleadas para el relato, quedaba en blanco un nombre. ¿Cómo se llamaría aquel ri-

val suyo del pasado; aquél, cuya dicha envidiaba; aquél, que tuvo virgen en sus brazos este mismo cuerpo que, ahora profanado, herido, estaba entre los suyos? ¿Cómo se llamaría? ¿Por qué no lo dijo Rosita? No pensaba en otra cosa. ¡Qué horrible martirio! A cada momento, á cada instante, su voluntad contenida por el miedo se revelaba queriendo hacer la pregunta. Temía sufrir más. ¿Sería joven ó viejo? Lo prefería viejo. Se lo figuraba así, y entonces miraba á la buscona intensamente, miraba aquellas carnes, cuyo contacto poco antes le estremeció y despertó poderosamente sus sentidos. ¡Aquellas carnes! ¡Las sobras de un viejo! ¡Qué asco! ¿Sería joven? Entonces peor, mucho peor. Rosita Pérez, por obedecer á su madre, á *esa que tiene la culpa de todo*, se entregó sin amor, acaso en aquel mismo lecho, en aquella misma alcoba. ¡Bueno! pero, ¿y después? ¿Puede concebirse siquiera la insensibilidad en este caso? ¡Pues qué! ¿la materia no tiene sus leyes ineludibles á las que obedece siempre? ¿La voluntad es tanta que resista á que pueda resistir el imperio de las sensaciones? Al contrario; hay momentos en que la materia manda y el ser entero se some-

te. No hay que pensar en el amor; no hay que ocuparse de los sentimientos. No se trata de la vida espiritual. El caso es un fenómeno de la vida de relación. ¡El alma! cierto. Miguel cree que el alma existe, aunque tiene sus dudas. Pero lo que seguramente existe, son los nervios, la sangre y las entrañas. ¡Los sentimientos! ¿y qué son los sentimientos cuando nos estremecen las sensaciones? Dos cuerpos humanos, dos naturalezas llenas de juventud, carnes sanas, frescas y plétóricas de vitalidad; sangre que circula caliente por las venas, que las hincha, que refluye al corazón haciéndolo palpar con fuerza; pulmones que respiran ampliamente deleitándose en la combustión del aire; sexos distintos que se atraen como dos electricidades contrarias; todo este conjunto, sin amarse, sin conocerse, sin poder verse siquiera, en una habitación á obscuras, echadlo como dos masas, una sobre otra, en el mismo lecho, de paja ó de plumas, sobre algo blando ó mullido, á solas con la naturaleza; dejad que la carne huelga la carne, que la sienta junto á sí; podrá sobrevenir una resistencia, pero rápida, pasajera, la resistencia que opone la limpieza á toda mancha, y

luego, el calor que desarrolla en los músculos: esta misma lucha, los cansa, los extenua; luego la sangre, los nervios, las entrañas, eso que existe con certeza absoluta, piden y mandan, y hay un grito de la virginidad desgarrada y otro grito del placer satisfecho. Cuando Miguel pensaba en esto, todos los demonios de los celos le atenaceaban, y muchas veces, en medio de los mayores espasmos, procuraba tener el oído alerta, escuchaba las palabras que balbuceaba Rosa, delirante, para sorprender, cuando se pierde la noción de la vida en los labios de la hembra, la frase producto de una alucinación, un nombre que no fuera el suyo. «Miguel, Miguel mío.» Siempre pronunció este mismo. ¡Jamás el de *el otro!* La buscona no se equivocaba.

Los sufrimientos de Miguel empezaban con tal empuje, con vigor tal para el ataque, que le asustaban. Además de sus celos, además del infierno aquel en que sufría tormento y consunción, había otro dolor grande, otro disgusto y contrariedad de distinto género, que atacaba con remordimientos á su cariño filial. ¡Estaba engañando á su padre! ¡Era un mal hijo! ¡Ah! ¡su casa! ¡su familia! Un mes iba á cumplirse desde

la cobarde é hipócrita comedia representada por él al regresar de la fonda del Retiro. Recordaría siempre el cuadro que contemplaron sus ojos. Su madrastra abrió la puerta, y al verle lanzó un grito de júbilo:

—¡Pedro! ¡aquí está! ¡Ya está aquí tu hijo!— en voz baja con todos los anhelos:—¿Que te ha pasado? ¿dónde estuviste? ¿vienes herido?

—No, no. Tranquílízate. No tengo nada. ¿Y papá? ¿dónde está papá?

—Ven, ven pronto. ¡Que se calme! ¡que te vea!

Le cogió, mejor dicho, se agarró á su mano, lo llevaba tras sí, y á medida que se acercaban, adelantando por el largo corredor al cuarto de su padre, iban haciéndose más distintos los sollozos, se oían mejor las quejas, los suspiros.

—Pero, ¿qué es esto? ¿qué pasa aquí?

Y al entrar en la habitación, á la indecisa claridad de las últimas horas de la tarde, quedó Miguel inmóvil, sin voz ni aliento. Su padre, más que sentado, postrado en una butaca, ocultaba la venerable cabeza entre las manos. Cerca de él, junto á él, su hermana procuraba inútilmente consolarle. Aquellas canas, así, abatidas con el abatimiento de la cabeza; aquel dolor del cual

se adivinaba sólo la inmensidad por las contracciones convulsivas de los hombros, del amplio busto; aquellas manos puestas desesperadamente sobre los ojos para recibir el llanto; la hija y el padre llorando por el hijo y el hermano ausente, llorándolo muerto, ó tal vez herido y maltrecho. ¡Qué escena!

—¡Aquí está, aquí lo tienes!

Y el anciano contestó con un grito:

—¡Hijo!—abrió los brazos, irguió la cabeza. Miguel corrió hacia el grupo:—¡qué disgusto nos has dado!

Al verle en pie junto á la butaca, silencioso é inmóvil, enjugó sus lágrimas, le miró fijamente.

—¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? ¿Por qué no has venido á almorzar? ¿Has almorzado ya? Me figuraba todo lo peor. ¿Cómo saliste tan temprano?

—Pero, papá, no es para tanto. No soy un niño. No podía suceder nada.

—Eso no. En Madrid ocurren muchas desgracias. Los coches atropellan á la gente. Y además, á tu edad salir á las diez de la mañana y no volver. Una vez hice yo eso, ¿sabes? y fué para batirme y me hirieron. ¿Qué has hecho tú?

¡Cómo mintió! Había encontrado á un amigo, un antiguo condiscípulo del Instituto que, al enterarse de sus aficiones literarias, le prometió buscar para él una plaza en la redacción de un periódico. En la redacción de la parte literaria, por supuesto. Era un muchacho muy bien relacionado y rico. Luego no quiso separarse de él. Desde el Instituto no se habían vuelto á ver. Le convidó y almorzaron juntos en Fornos. Estuvieron charlando largo rato. Luego le llevó á su casa, le presentó á su familia. «Y ahora, ahora mismo salgo de allí», terminó con gran aplomo.

El Sr. Loitia lo creyó todo. Estaba dispuesto á creer hasta lo imposible; estaba rendido de llorar y no tenía alientos más que para el descanso.

Y en los días siguientes, siempre que Miguel salía:

—¿Vas á ver á tu amigo? ¿Cuándo entras en ese periódico?

—Pronto. Hoy tenemos una cita con un director. Tardaré en volver.

É se base corriendo á casa de Rosita Pérez, disgustado de sí mismo, pensando con envidia en otros padres que quieren menos á sus hijos.

—Y después de todo—añadía para sus aden-

tros,—lo del periódico voy á tener que hacerlo. Yo necesito dinero.

Parecíale que Rosita, en estos últimos días, le quería menos. Estaba preocupada, seria. A veces daba besos distraída, como de limosna ó como de obligación. No. Ya no eran los suyos aquellos grandes arrebatos del primer momento.

—¿Qué tienes?

—Nadá. ¿Qué quieres que tenga? Cosas más.

Y no podía conseguir otras explicaciones.

Lo cierto es que la buscona tenía motivos para entregarse á cavilidades. Tenía que pensar en el porvenir seriamente. Estaba viviendo de sus alhajas. Pero cuando se acabó el dinero de la sortija, mil quinientos reales, ¡una miseria! empeñó uno de sus aderezos, y recibió con la papeleta otro tanto. Y gracias á que su madre no sabía tales locuras; no lo sabía, porque estaba aún convaleciente; porque lo que á doña Angustias aquejaba era una clorosis, de que iba reponiéndose poco á poco, merced al tartrato férrico-potásico y al extracto de carne. Ahora no vivía en la cama, y se pasaba las horas muertas sentada en un sillón en el comedor, junto á la ventana que daba al patio, mirándose las manos

pálidas y flacas, con un aire de consternación espantosa, poniéndolas á la luz, delante de sus ojos, para ver cómo se transparentaban. No pensaba más que en esto y en beber vino puro, en cuidarse, en reponer los glóbulos rojos que faltaban á su sangre; pero sin embargo, desde el sillón observaba, espiaba, y una vez que Rosita entró en el comedor:

—Escucha, ¿no decías que *tu pollo* era tan rico?

—Sí.

—Pues mira, debe ser roñoso. Porque este mes no te ha dado más de dos mil reales, según mi cuenta. Procura que se enmiende. Ya sabes que gastamos más.

La buscona no contestó. El tono con que fueron dichas estas palabras y el texto de ellas eran una orden. Tenía que obedecer. Pero á quien más temía Rosita era á su hermano. Su hermano, que no estaba postrado por ninguna enfermedad, que entraba y salía, que registraba los cajones y la pedía dinero, cuando no saqueaba los bolsillos de los trajes que ella tenía colgados en el ropero. En una de aquellas pesquisas era fácil que encontrase las malhadadas papeletas de la sucursal del Monte. Y el día menos pensado

echaría de menos la sortija en las manos de su hermana, ó el aderezo en su estuche de raso. Precisaba tomar una resolución á todo trance.

Amaba, cierto. No sabía á punto fijo cómo y por qué se apoderó de su ser aquella pasión; pero amaba á Miguel como no creyó amar nunca. Recordaba, como se recuerda la primavera en invierno, aquella entrada de Miguel en su cuarto, en su alcoba, aquel llegar del amante hasta la cama, mientras que en la calle se oía el pregón de las flores tempranas:

—¡Yo veendo las plantas de geranios dobles!

Si ella hubiese tenido una fortuna, con esta impresión repitiéndola siempre, podía disfrutar de una felicidad tan larga, tan constante como su vida. Pero no; no podía ser. No tenía nada. Y Miguel tampoco. Miguel era un hijo de familia, poderosamente dotado nada más que de cariño. Miguel era pobre, y doña Angustias tenía razón. ¡Dos mil reales! Habían sido tres mil justos. Se equivocó en la cuenta. Pero aun con tres mil no había bastante. «Ya sabes que gastamos más.»

Rosita, con estas preocupaciones, pensaba y temía pensar. Porque todos sus proyectos para el porvenir no podían tener más que una base:

¡El hombre! ¡La explotación de su cuerpo! ¡Y esto, teniendo como cerrados los sentidos á toda sensación que fuera distinta, que fuera otra de la que con Miguel experimentaba, oponiéndose su carne á cualquier contacto con esa resistencia purificadora de la mujer enamorada, esto era terrible cosa!

Una tarde, al salir el amante, hubo una escena entre Juan y Rosita. Entre los dos hermanos. Él, pidiendo dinero ¡más dinero! para sus interminables ocios de café, y ella, negándose con obstinación. ¡No tenía! ¡Dios mío! No tenía.

Y al acabar la cena, durante la cual la madre la miraba con ceño adusto, para posar después sobre el vagabundo esta misma mirada conmisericordiosa, ya la buscona se levantó nerviosa, exaltada, dispuesta á todo.

—Escucha: esta noche no puedo darte nada. No tengo. Pero tendré mañana. Dentro de un rato. ¿Cuánto quieres?

—Poco. Un par de duros. Por hoy nada más.

—Espérame aquí. Vuelvo en seguida.

Se recobró la paz. Quitados los manteles, madre é hijo permanecieron en el comedor es-

perando silenciosos la vuelta de Rosita, mirando el reloj de vez en cuando, primero con tranquilidad, luego, á medida de la tardanza, con impaciente despecho. Iban á transcurrir ya dos horas. El hermano se atrevió á decir:

—¿Dónde estará esa perdida?

Doña Angustias bajó los párpados como asintiendo al epíteto. Luego levantó las manos y se las miró al trasluz. Decididamente de noche se transparentaban mucho más.

¡Esa perdida! Esta vez, el hombre que encontró al paso no era tan ignorante como lo fué Miguel la tarde en que había llovido, é iba Rosita levantándose la falda para salvar los charcos de la acera, enseñando la blancura de las enaguas y el comienzo de las bien contorneadas pantorrillas.

—¿A dónde vas tan de prisa, cuerpo bueno? Arza y vente conmigo, chiquiya, que hoy he cobrao?

Y como ella, sin contestar, tuviera un movimiento parecido al de la resistencia, sentido al oír este chulesco lenguaje.

—Vente. Es aquí, á dos pasos. Y mira que á mí hay que verme despasito, que á las mujeres

que lo valen como tú, las suerte cinco duros de gorpe.

Levantó los ojos para mirarle. No. No era un chulo, ni un torero, aunque hubiera podido creerse por su fraseología flamenca. Vestía un gabán entallado azul, ni corto ni largo, que hacía las veces de prenda de abrigo y de levita, y con este gabán, nuevo, pero de poco precio, comprado en los bazares de ropas hechas, un pantalón de color claro, de mal gusto, que también debía ser de la misma procedencia. El sombrero hongo, las manos sin guantes, de gruesos dedos y la cara abotargada, estúpidamente maliciosa, llena de sonrisas inútiles, de guiños risibles, bigote negro, y pelo reluciente á fuerza de pomada barata. Se traslucía el disfraz de caballero, usado en los codos por la costumbre de apoyarse en el mostrador para mirar á la calle, esperando á los parroquianos.

—¿Y usted tiene cinco duros?

—Míralos.

Efectivamente. De prisa, sólo un momento, sacó de su bolsillo un papel, lo desdobló, lo enseñó, y volvió á guardarlo. Por el color rápidamente, parecía un billete de Banco.

—Vamos donde usted quiera—dijo Rosita resignándose.

El hombre echó á andar á su lado, guiando, sonriendo con mayor picardía. Tomaron por la calle del Desengaño á la de la Luna, y allí entró resueltamente por una de las bocacalles que formaba cuesta; una callejuela que parecía movida por un terremoto, levantada en sus primeras casas, é inclinándose, hundiéndose, como para ir á caerse las últimas en la calle del Pez. Todo era allí edificios de desigual altura, aceras mal colocadas, piedras salientes, desiguales, y en verano corrillos delante de las puertas; allí se adivinaba la miseria y el vicio que de la miseria se origina. Bastaba ver en lo obscuro, á la entrada de cada vivienda, aquellas mujeres que se frotaban las mejillas con papel de colorete, vestidas de percal hasta en invierno, para presentir que vendían su carne barata porque el pan había subido dos céntimos en cada libreta.

Una sola casa en toda la calle tenía el portal enladrillado coquetamente con ladrillos finos, rojos y blancos, cuyo portal cerraba una puerta vidriera con cristales de colores. Allí entraron. El hombre se dirigió á un torno, tocó en él con

los nudillos, puso diez reales, y recibió una llave con un colgajo de cuerda sucia y mugrienta, á cuyo extremo lucía una chapa de hojalata, en la que á golpe estaba impreso un número. No vieron á nadie. Pero una voz dijo detrás del torno:

—Número 7. Escalera de la derecha.—Una voz tal que no se sabía si era de hombre ó de mujer, enronquecida por el aguardiente.

Siguiendo estas indicaciones, subieron. Era la primera vez que Rosita veía de cerca el cuadro y la figura, la casa de citas y el Tenorio de la busconería. Aquella casa, según explicó el hombre, era toda igual, construída *ad hoc* para fines aventureros. Tenía tres escaleras, la del centro, la de la izquierda y la de la derecha, todas ellas independientes, y en cada una, de tramo en tramo, una habitación, de la que, por diez reales, era dueño el primero que pasara por la calle, sin más averiguaciones. Era el más cómodo misterio. Allí entraba el vicio bajo todas sus formas. Parejas de todas clases, sin verse unas á otras, sin molestar, sin oírse. A veces iban allí un hombre y una mujer, á veces dos hombres, otras dos mujeres, y en ocasiones hasta un hombre solo. Pagaba, recogía su llave. «Número tantos.

Escalera del centro», y al poco rato volvía á salir, llamando para recobrar su libertad; porque cerrado el cuarto no se podía abrir por dentro; no se podía salir sin ser inspeccionado.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque hay gentes capaces de todo. Porque en esta soledad de calabozo se pueden hacer muchas cosas. Hay quien trae aquí una mujer para robarla, y amantes celosos que las traen y las asesinan. No sería el primer caso. ¿Sabes, chiquiya?

Rosita sintió un escalofrío. ¿Es verdad? Estaba allí á la merced de aquel hombre. Si daba un grito, nadie le oiría. Y miró con terror las colgaduras blancas, el lecho, la sillería de reps usado y grasiento, todo aquel ajuar, clásico ya para el vicio y acostumbrado para la lujuria.

El hortera se acercó. Retrocedió asustada.

—¿Qué te pasa, mujer? Estate quieta, que no voy á comerte.

Y con sus manos, muestrario de sabañones, empezó á desabrochar el traje de la buscona.

—No, no. Yo lo haré. Déjeme usted.

Se prestó á todo. Obedeció. Soportó las caricias groseras del desconocido. Tenía miedo. Y

cuando aquél dejó saciados sus instintos de bestia, la miró y soltó una feroz carcajada.

—Pues no tenías que echártela de novata. Anda, vámonos.

Le vió tirar del cordón de la campanilla, y á poco sintió que subían por la escalera; iban á abrir. Entonces respiró, tranquilizándose.

Y cuando llegaron á la calle:

—Deme usted los cinco duros.

La miró de alto á bajo, se quitó el sombrero, hizo una mueca de mono burlón que imita los saludos respetuosos del hombre, y dando media vuelta, yéndose á la otra acera:

—¡De verano, hija mál!

Echó á andar de prisa, dejándola sola en medio de la calle, expuesta á las miradas curiosas de todas aquellas mujeres vestidas de percal, que estaban en el quicio de las puertas y que, al oír la frase, prorrumpieron en risas.

Una de ellas se puso á cantar con ironía:

Chiquiya, vente conmigo,
que no te va á fartá na
para estar en cueros vivos.

Y otra, no menos flamenca, viendo que Rosita seguía parada en el mismo sitio, sin acertar

á moverse, contestó á su compañera desde otro portal:

Dinero no te daré;
pero te daré mi sangre,
que vale más que el parné.

La calle entera se regocijaba. El hombre estaba ya muy lejos. Iba cada vez más de prisa. La buscona le imitó. Quería salir de aquel infierno, subió la cuesta, dejando atrás risas, toses burlonas y cantares que no cesaron hasta que llegó á la esquina y entró en la calle de la Luna.

—¡La han dao mico! ¡Jesús, que lástima!—fué lo último que oyó, como frase de despedida.

Sentía un furor, un despecho terrible, reconcentrado. De tener á mano un arma, la hubiese hundido en el pecho del primer hombre que pasara y la mirase. Luego se calmó, haciendo un gran esfuerzo, violentándose mucho. Reflexionó. Recordó. No podía volver á su casa con las manos vacías. Allí estaban, en el comedor, esperando, impacientes ya por la tardanza, los verdugos de su vida. Su madre y su hermano. ¡Dios mío! Era preciso llevar dinero á todo trance. Y el vestido á cuadritos blancos y negros tuvo movimientos que parecían convulsiones, y

el ala de golondrina puesta en el sombrero empezó á cortar el aire. ¡Ah! ¿querían dinero? nada más que eso. La echaron á la calle para buscarlo. Pues bien, lo buscaría. Y se sintió convertida de pronto en algo que no tenía relación alguna con los organismos vivos. En algo que no contaba con lazos en la sociedad de los seres humanos. Ni familia, ni amores, ni amistades. En algo que se movía automáticamente, que era de acero, que se distendía por medio de resortes y no de músculos; una máquina de hacer monedas. Aquella noche por primera vez trabajaba la máquina, se movía el volante, caía el troquel, ¡uno! ¡dos golpes! ¡dos duros acuñados! Pero no. No quería llevar esa miseria. Más, mucho más. Y al primer hombre que pasó por su lado, le miró sonriendo.

—¿Quieres venir? ¡Anda!

¡Dos horas! Dos horas de indescriptibles escenas, el oficio de buscona ejercido de una manera incansable, sin conciencia de lo que hacía, reprimiendo el llanto que estaba tan cerca de los ojos, que uno de aquellos hombres quiso besarla en los párpados y sintió la humedad amarga de las lágrimas en sus labios.

¡Las doce! ¡Eran las doce de la noche! Más que andar, corría para llegar antes á su casa. Y cuando entró en el comedor, allí estaban los dos esperando, como ella suponía, malhumorados. No dijo una palabra. Metióse la mano en el bolsillo.

—¿Me traes eso?

Sacó un puñado de duros y lo tiró sobre la mesa.

Y al retirarse á su cuarto oyó que detrás de ella, la madre y el hijo contaban las monedas, las removían y empezaban una agria disputa.

Al día siguiente á las diez, como siempre, entró Miguel, llegóse á la cama, los dos brazos frescos y desnudos se abalanzaron á su cuello, le atrajeron, sintió junto á su boca un suspiro, junto á su rostro un rostro lleno de lágrimas.

—¡Ay, nene, nene míol... ¡No me dejes!

Entre tanto, el vendedor de flores pasaba voceando:

—¡Yo veendo las plantas de geranios dobles!

V

El drama empezaba. Miguel no llegó á explicarse las lágrimas con que le acogiera Rosita aquella mañana. Insistió en averiguarlo, repitió sus preguntas, pero la buscona contestaba siempre lo mismo.

Estaba nerviosa, muy nerviosa. Lloraba sin saber por qué. Efecto de los nervios.

—Pero tú dijiste algo. Dijiste que no te dejara. La mujer sonreía, y besándole:

—Eso también te lo digo ahora. Te lo diré siempre.

Y así eludía las explicaciones.

Una mañana Miguel entró muy contento. En su casa también lo estaban. El Sr. Loitia no cabía en sí de gozo, El futuro escritor había escrito, había dado la primera gallarda muestra de su talento. Y no sólo esto, sino que lo escrito

por Miguel estaba publicado. Al entrar el joven en la alcoba para comunicar y hacer partícipe á su amada de tan inmensa alegría, llevaba un periódico en la mano.

He aquí cómo ocurrió el hecho. Algunos diarios políticos, imitando la costumbre de la prensa francesa, acababan de dar tregua á sus desdenes y olvidos literarios, consagrando un día á la semana la mitad de su periódico para la publicación de artículos, cuentos y poesías, á cuya publicación llamaron *Hoja literaria*. Miguel, lleno de temores y sustos, pero con las impacencias y con el afán que por ganar algo, por ser algo, empezaban ya á dominarle, de cuyos anhelos era causa su amor á Rosita Pérez, cogió la pluma y escribió *su primera producción*. Así la llamaba con grande énfasis *el gobernador de los moderados*. Después de escrita, revistióse del valor necesario para presentarse en la redacción, preguntar por el director de la *Hoja de los lunes* y entregársela. No supo más, no quiso saber nada más. Llegó á tener por muy seguro que las cuartillas, una vez leídas, habíalas roto el literato, y hasta se figuraba las palabras con que acompañó tal acción. «Esto es un disparate.» Llegó el

lunes, día por él esperado, á pesar de estas sospechas, como espera el jugador el día del sorteo. Estaba vistiéndose para ir á casa de Rosita. La puerta de su cuarto se abrió de par en par, y entró el Sr. Loitia, radiante de júbilo:

—¡Mira, mira! ¡aquí está! Lo han publicado.

Quedóse en mangas de camisa, no acabó de vestirse, cogió el impreso de manos de su padre. ¡Sí! ¡era verdad! Allí estaba su artículo, y al final de él, su nombre, MIGUEL LOITIA, en una preciosa letra de molde.

—A estas horas—añadió el gobernador—hay treinta mil personas que están leyéndolo. *El Imparcial* tira treinta mil ejemplares, según veo.

—Pronto lo sabremos;—y Miguel, buscando la primera plana: — Conque treinta mil, ¿eh? Mire usted, *Tirada de ayer*, 45.587,—y añadió, profundamente convencido:—aquí lo dice. Esto es la pura verdad.

El Imparcial era, pues, el periódico que llevaba nuestro héroe en la mano cuando se presentó en la alcoba de su querida.

—¿Quieres que lea una cosa?

—¿Una cosa? ¿El qué?

No pudo contenerse. Había pensado sorpren-

derla leyendo, sin decir lo que era, hasta llegar á la firma.

—Un artículo mío que publica *El Imparcial*.
Rosita se incorporó, se sentó en la cama.

—Abre, abre ese balcón. Estamos á oscuras.
Y cuando su amante cumplimentó la orden y volvió á su lado.

—¿A ver? Trae.

Le arrebató el periódico de las manos. Quería convencerse por sí misma. Buscó el artículo. Lo leyó de prisa. Miguel sonreía.

—¡Ah! ¡Muy bonito, muy bonito! ¡Dame un beso!

Entonces él habló de su porvenir, de sus ilusiones, de lo que esperaba. Ya podía echar cuentas. Acababa de poner la primera piedra de su hermoso castillo. Y luego...

—Es preciso que te levantes, que te vistas.
Tenemos que salir.

—¿A dónde?

—A cobrar en *El Imparcial*.

—Pero, ¿te pagan?

Soltó Miguel una hermosa carcajada.

—Toma, pues ya lo creo.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Ahora lo sabremos.

—Vete, vete al gabinete. Voy á vestirme.

Lo que pensaba Rosita, lo que sentía al manifestar aquella precipitación, no es difícil adivinarlo. ¡Ah! por fin, por fin no era Miguel tan pobre como ella había creído. ¡Ganaba dinero! Poco ó mucho. Era preciso saber cuánto. Y mientras se vestía abrumábale á preguntas. Si pensaba escribir más. Si los escritores le conocían.

—No, no me conoce nadie. Pero me conocerán desde hoy.

—Escucha, ¿escribiendo se puede vivir bien?

—No lo sé. Eso lo veremos después de cobrar.

No había transcurrido media hora, y ya estaban los dos en la calle, camino de la Plaza de Matute. Rosita llevaba dinero.

—Tomaremos un coche. Yo te esperaré en él mientras tú subes y cobras.

Y allá fueron los dos, sentados en los mugrientos cojines, enlazadas las manos, y de vez en cuando estrechándose las con fuerza.

Llegaron. Miguel bajó y entró resueltamente por el ancho portal de la casa. Rosita quedó sola. El cochero dejó la tralla y se arrebujó en el capote.

De pronto, ¡qué cambio! Miguel tenía talento. Eso ya lo sabía ella. No necesitaba que *El Imparcial*, aceptando y publicando un escrito de Miguel; lo confirmara.

Pero el talento producía, con el talento se podía ganar algo. Esto sí que no lo sospechaba siquiera. Su imaginación trabajó mucho. ¡Ganar algo! ¿Cuánto? ¿Cuánto todos los días? ¡Si fuera bastante! ¡Oh, Dios mío! pensar que la noche anterior, ella, Rosita, la querida del gran escritor, había tenido que volver á sus excursiones, á sus paseos, á sus oficios viles de buscona, y sólo á las altas horas de la madrugada, un hastiado, un borracho, la recogió en la esquina de una calleja desierta, la llevó á la infernal casa de citas, y allá á las tres pudo regresar á su casa, rendida, muerta de sueño, con dos duros disputados, regateados, arrancados casi á viva fuerza de manos del trasnochador. ¡Qué vida! ¡Qué horrible vida! Ahora Miguel escribía. Se publicaban sus artículos. Se los pagaban. Miguel no sabría nunca el secreto de sus noches infames. Pero si él quería, aquello estaba terminado para siempre. Sí, para siempre. Ella para él, para él solo. Suya más que nunca, puesto que se había visto obli-

gada, amándole, á ser de los otros. Su madre y su hermano se someterían. Tendrían que vivir con lo que Miguel tuviese, con lo que les diera y no pedir nada más. Ya estaba cansada de sacrificarse. Lo poco ó mucho que de vida la restaba, quería vivir á su gusto.

Un rostro se acercó á la portezuela.

—¿Has cobrado?

—Sí. Baja. Despediremos el coche.

Era Miguel. Y cuando la berlina partió:

—Me han dado ocho duros por el artículo.

Míralos.

Abrió la mano y brillaron al sol relucientes y nuevos. ¡Qué hermosa palpitación de alegría, tan fuerte, tan parecida á un salto de alborozó, tuvo el corazón de Rosita Pérez!

—¡Ah! ¡Eres hoy más rico que yo!

Entonces el amante con espontaneidad tal en la oferta, espontaneidad que era una nueva dicha:

—¡Tómalos! Son tuyos.

—No, no. Eso de ninguna manera. Pero si tú supieses. Si tú supieses lo contenta que estoy. Más, mucho más que tú. ¡Ocho duros! ¿De manera que cada artículo tuyo vale ocho duros?

—Así parece.

—Escribe muchos. Nene, nene mío.

Él se quedó mirándola. No comprendía. Luego la misma juventud, poco amiga de reflexiones y ajena á todas las desconfianzas, hízole encogerse de hombros. Él también estaba contento. No le bastaba tener los ocho duros, sentir el peso de aquella plata en el bolsillo. Era el primer dinero ganado por sí mismo. De aquellas monedas, no debía nada á nadie. A nadie. Ni siquiera á su padre. Eran suyos, muy suyos. ¡Qué alegre día! ¡Qué sol más espléndido! ¡Qué hermosa estaba Rosita! ¡Y cuánto le quería! Aquel mismo regocijo lo demostraba.

—Oye. ¿Qué te parece? Vamos á divertirnos. Te convido. Almorzaremos juntos. Como la otra vez, en la fonda del Retiro.

Pero Rosita no quería volver á *La Perla*. Tenía sus razones. Allí, entre los árboles, hacía-se muy expansiva. Lo contaba todo.

—¡No, en el Retiro no! Aquí en Madrid. Gastaremos menos, y se está mucho mejor. En cualquier parte. En un café. En una fonda.

Después de discutirlo gravemente, acordaron que el almuerzo en un café era más alegre.

En un café retirado del centro.

—¡Ah, ya sé!— exclamó Rosita.—El Habanero. Hay piano.

Y se encaminaron apresuradamente hacia la calle del Desengaño.

Era la segunda vez que los dos amantes veían la dicha muy de cerca, al alcance de la mano, y lo celebraban. La segunda vez que el Sr. Loitia iba á tener que pagar con pesares las alegrías de su hijo.

—Escucha. Enviaremos un aviso á mi casa. ¡Si vieras lo que sufre mi padre cuando no me ve á su lado!

—Sí, sí. Por dos reales irán con una carta tuya.

Ya contaba el dinero. No quería que gastase mucho. Divertirse está bien. Pero si no se tienen más que ocho duros, no se debe tirar el dinero por la ventana. Cuando estuvieron en el café hizo lo mismo. Con una tortilla y un befteak tenían sobrado. Tuvo que insistir él para que pidiera de postre aquel *queso de Brie* que le gustaba tanto. En cuanto á las ostras, no había que pensar en ellas.

Habló, durante el almuerzo, nada más que de intereses. No fué la querida loca que se embria-

ga con la fiesta presente y no se ocupa de mañana. Habló razonablemente, como una madre cuando da consejos á su hijo.

—Ahora ya sabes cómo has de hacer para vivir y ser todo un hombre. Es una posición muy bonita, y, sobre todo, independiente. Con un tintero, papel y una pluma, te basta. Nada más sencillo. Tienes talento, y el talento se compra. Pues lo vendes. Yo que tú, todas las noches escribía un artículo. Y todos los días cobraría ocho duros. ¡Media onza! ¿Sabes que se paga bastante eso?

Miguel también participaba de estos optimismos. No era sólo *El Imparcial*. Había otros periódicos donde se pudieran *colocar* sus trabajos. *El Liberal* publicaba también *Hoja literaria*. Y luego quedaban las revistas y semanarios. *La Ilustración Española y Americana*, *La Revista de España*, las *Ilustraciones* de Barcelona. ¡Sabe Dios cuántas! No. No era difícil lo que Rosita suponía. ¡Ocho duros diarios! Una fortuna.

—Esta misma noche escribiré otra cosa.

Luego, á los postres, volvió á desdoblar el número de *El Imparcial* que llevaba en el bolsillo. Entre los dos miraron de nuevo el artículo. No

lo leyeron, porque ya se lo sabían de memoria, pero quería verlo. Miguel, acercando y separando el papel completamente desdoblado, decía:

—¿No es verdad que está muy bien impreso?

—Y en buen sitio—agregaba Rosita.—En muy buen sitio. Lo primero que se ve es tu nombre.

Hablaron mientras tomaron café, quitándose la palabra el uno al otro, como si las ideas de los dos tuvieran mucha prisa en salir, y salir todas juntas, sin que ninguna pudiera quedarse rezagada por distracción en el cerebro. Ahora comentaban lo que es la gloria. Lo más hermoso. Cierto. Lo más hermoso. Y cosa muy fácil para los que tienen talento.

—Figúrate—observaba la buscona,—figúrate si no es bueno eso de saber que basta escribir unas cuantas cuartillas bien escritas, como las tuyas, para salir de cualquier apuro.

Reflexionó, y después de una pausa:—«Tienes que hacer un libro. Una de esas novelas bonitas que tanto interesan á todo el mundo.»

Pero él entonces se negó rotundamente. Artículos, cuentos, todo eso perfectamente. Más, no. Todavía no era capaz de tanto.—«Además,

—añadió,—yo no tengo experiencia. No conozco lo que pasa en la vida.»

¡Lo que pasa! Rosita Pérez podía decirselo.

Podía explicarle también algo de las marañas que tienen los sentimientos, los más puros, los más intensos, los más profundos. Pues qué, ¿ella misma no estaba experimentando los efectos de un fenómeno á todas luces absurdo? Ella, que amaba á Miguel, que se figuraba tener bastante con este amor para su dicha, desde que supo que el amante ganaba dinero, pensaba en descubrir su situación, en confesar el estado de miseria en que vivían, pensaba en explotarle. En explotarle, y desde que vió brillar al sol las monedas, sólo tuvo una idea, que tomó esta forma: «Esta noche no saldré á la calle.»

Así es que al terminar, cuando el joven llamó triunfalmente al camarero, cuando le pagó y éste se hubo alejado, acercóse más y le dijo al oído, con seguro acento, sin balbucear, con esos ánimos y esas confianzas que dan después de comer poco los vapores del vino barato:

—Préstame, si no lo necesitas.

Y el otro, alegre también:

—¿Cuánto es lo que quieres? ¿Lo quieres todo?

Tuvo el sí en la imaginación, y casi lo pronunciaron sus labios.

—No, todo no; la mitad.

—Toma.

Se levantaron y salieron.

—¿Qué hacemos ahora? ¿A dónde vamos?— se lo preguntaba estrechando su brazo, del que hubo de cogerse, mirándole más enamorada como á un hombre nuevo.

—A mi casa, ¿quieres?

Sí. Miguel quería cuanto ella quisiera; y sobre todo, era preciso terminar la fiesta abrazándose y besándose. ¡Oh! esta vez con pasión nunca experimentada, con todos los sentidos despiertos por el regocijo, y todos los músculos llenos de fuerza: «Vida mía, que me ahogas, déjame respirar.»

Llegaron, y al verse de nuevo solos en el gabinete, acercáronse el uno al otro, sin sentarse, de pie, vestidos como estaban, y ella le dió aquel largo beso del que habla el poeta:

Con honda sed, bebiéndome el aliento
con mi boca en la suya aprisionada.

Y cuando ya en la alcoba se entregaron á los

arrebatos de la pasión, volvió á sentirse virgen entre los brazos del amante.

Estaba anocheciendo, como la otra vez, como el día del almuerzo en el Retiro, cuando Miguel regresó á su casa. Pero iba más tranquilo. Su padre recibiría el aviso, enviado desde el café. Un papel cualquiera, y allí, escritas con lápiz, tres ó cuatro líneas á lo sumo. «Almuerzo con mi condiscípulo. No podré volver hasta la hora de la comida. Estoy muy contento.»

El Sr. Loitia fué quien abrió la puerta. Él entraba diciendo aturdidamente:

—Hola, papá, me he divertido mucho.

—Tengo que hablarte—contestó el gobernador muy serio, mirándole á los ojos, obligándole á que los bajara.—Tengo que hablarte á solas. Ven.

No vió á su hermana, ni á Julia, pero oyó sus voces. Estaban en las habitaciones interiores. Oyó un jay, Dios mío, es éll y sin saber por qué, sintióse sobrecogido.

Cuando estuvieron en el cuarto de su padre, éste cerró la puerta, se sentó ante una mesa cargada de legajos y *Guías oficiales*.

Miguel continuaba de pie.

—¿Dónde has estado?

—Ya envié una carta desde la fonda. He almorzado con mi amigo. Ya sabe usted. El del Instituto.

—¡No mientas! ¡Díme la verdad! Prefiero que me la digas, sea cual sea.

Comprendió el joven que estaba descubierto su ardid, pero no tuvo fuerzas para la confesión pedida. Ni fuerzas, ni valor.

—He dicho la verdad.

Un puñetazo terrible, dado sobre la mesa, hizo saltar los mangos de pluma simétricamente colocados en el tintero.

—¡Mentira! ¡Mientes! ¡Ya te he dicho que mientes!

Iba á levantarse imponente, amenazador, pero se contuvo. Sintió dolorida la mano por el golpe, y al acudir al dolor, sintió otro más grande en su cariño y una conmiseración hacia el hijo que estaba allí, delante de él, consternado, sufriendo quizás vergüenza por aquellos apóstrofes con que le insultaba.

Se había propuesto la severidad, la energía. Severo y enérgico podía ser, pero no hasta el

punto de tratar á Miguel como trataba antaño á los malhechores y á los presos políticos que llevaba la Guardia civil ó la policía á su despacho.

—Siéntate y no trates de engañarme. Sé dónde has estado. Lo sé por el mismo que trajo tu carta. ¿Quién es ésa mujer?

El hijo se obstinó en continuar de pie y en guardar silencio. No era obstinación; he dicho mal, era confusión y despecho. Además, ¿cómo decir á su padre la verdad, toda la verdad, que era lo que pedía?

—¿No hablas? Dí algo, contesta.

Pero mientras siguiera aquel tono autoritario en que se adivinaba una irritación mal contenida, la confusión y el temor iban creciendo.

—¡Cálmese usted, por Dios!—y esto, nada más que esto, pudo decir.

—¡Calma! ¡Tranquilidad! ¡Ánimo sereno! ¿Y eres tú el que me lo dice? ¿El que me lo aconseja? ¡Luego confiesas que es verdad! ¿Y te figuras que yo no tengo entrañas, que puedo verte así, hecho un calavera, rodando por los cafés, yendo públicamente por la calle con una pérdida, dando un escándalo, y que debo mirarlo con indiferencia, con sangre fría, como si tú no

fueras mi hijo, como se ven esas cosas en un extraño, en un desconocido?

—No es una perdida. No hay escándalo.

Con esta réplica acrecentó el furor del señor Loitia.

—¡Ah! ¿Conque no? ¿Conque no es una perdida, una tunanta? Tú estás ciego. Estás obcecado. ¿Dónde tienes los ojos? ¿De qué te sirve el talento? Yo no la he visto más que hoy. Sí, la he visto. Pero ibas tan ciego que no me has visto á mí. No veías nada. Os he seguido. Te lo repito, es una perdida y una tunanta.

Miguel se puso lívido. Tuvo que reprimir su voz para no gritar tanto como su padre. Tuvo que contener su voluntad. ¡Ella, Rosita Pérez, insultada, con repetidos insultos, delante de él

—¡Padre, mire usted lo que dice!

Pero el gobernador, ya con aquella grande expansión, estaba más tranquilo. En cambio, Miguel necesitaba herir de algún modo.

—Me quiere, y yo la quiero. ¡Con toda mi alma!

Sí. Tuvo valor para pronunciar tan terribles palabras. Pero después de la temeridad, se asustó de sí mismo. Retrocedió dos pasos, sintió

miedo, cerró los ojos, esperó algo espantoso, la mayor violencia, y no quiso ver erguirse la figura del anciano, venir hacia él, y contestar abofeteando la cara del osado.

¡Un segundo, dos, tres! Los contaba por el latir apresurado del corazón. Seguía el mismo silencio. Entonces miró. El Sr. Loitia, con ambos codos apoyados en la mesa, escondía, *como la otra vez*, su cabeza entre las manos; pero ésta, sin llorar, inmóvil, mudo, más pálido por el dolor que por la ira. Miguel quedó sobrecogido. No se atrevió á moverse, miraba, miraba silenciosamente como un estúpido, sin comprender. Alguien sollozaba. Era detrás de él. Detrás de la cerrada puerta. Julia y su hermana, las dos mujeres, indudablemente, lo estaban oyendo todo.

Luego, el Sr. Loitia abandonó su postura, dejó caer las manos, los dos brazos sobre el pupitre, y sin volver la cabeza, fija la mirada delante de sí, no como dirigiéndose al culpable, sino como analizando en su pensamiento lo que acababa de sentir, pronunció con profundo acento estas palabras:

—¡Me has hecho mucho daño! ¡Mucho, hijo mío! ¡Dios te lo perdone!

Los sollozos aumentaron. Llevaban lágrimas. Y nada más se oyó, porque las pasiones y la voluntad, dentro de cada ser, rugían y batallaban con grande estrépito, dejando fuera el silencio.

Venció ésta última en Miguel, y no pudo contenerse por más tiempo. Se adelantó, se acercó.

El Sr. Loitia, sintiéndole venir, volvióse bruscamente.

—¿Qué quieres? ¿Qué más quieres?

El hijo le miró con angustia indecible.

—¡Perdóname!

Ahora él también sollozaba como las otras. Y las lágrimas corrieron abundantes por sus mejillas, pero sin cerrar sus ojos. No quería, sino á través de ellas y con ellas, recibir en la suya la primera mirada compasiva de su padre.

El exgobernador, cogiéndole una mano, la que tenía abandonada, la que estaba impaciente por la caricia, pero sin atreverse á hacerla, se la estrechó con fuerza.

—Vamos. Tranquilízate. No seas niño. No llores. Siéntate y hablemos.

En seguida, mirando á la puerta, con el tono

entre imperativo y cariñoso de quien da más que una orden un consejo:

—¡Dejadnos solos! ¡Ya no pasa nada!

Y al oír el crujido de las faldas que se alejaban, repitió, dirigiéndose al joven:

—Siéntate, siéntate. Quiero que me lo digas todo; no como á un padre. Yo soy tu mejor amigo.

No fué confesión de culpas. Miguel hizo más bien una justificación de su conducta. Al hacerla, defendía á la mujer amada. No, no era una pérdida, una tunanta. Al contrario. Rosita Pérez pertenecía á la misma clase que ellos. Hija de un capitán de ejército. Ocultó lo que sabía. Lo que la misma buscona le declaró. No quiso decir la verdad. No era conveniente que su padre se enterase de lo que en realidad podía confirmar sus acusaciones injuriosas. No dijo que al recibirla en sus brazos era un cuerpo mancillado por otras caricias; bastante sufría él con esta idea. Y además, el Sr. Loitia vituperaría esta pasión como degradante. La combatiría. Confesó, sí, porque no hubo remedio, cuanto las apariencias demostraban. Rosita Pérez no era su novia. Era su querida.

No pudo saber el efecto que en el ánimo de su padre causaron estas confidencias. Sólo levantándose con gran trabajo del sillón, y dándolas por terminadas:

—¡Oh, la juventud! ¡Cuánto crece!—dijo con voz tranquila ya, pero doliente.

Luego, viendo que el joven no se movía, añadió:

—No hablemos de eso ni una palabra más. Vamos á comer, que nos estarán esperando. Anda.

¡La comida! Se comió en silencio. El gobernador estaba serio, distraído, con esa expresión del que lucha rendido ya, sin fuerzas, y acepta el vencimiento, no como una vergüenza, sino como un descanso. Las mujeres, con los ojos enrojecidos, suspiraban y miraban á Miguel, que comía inclinando mucho la cabeza, encorvándose sobre el plato, violento, disgustado de sí mismo, recordando lo que había dicho y pesoso de su sinceridad. Le molestaba todo. La luz, el ruido de los cubiertos, la blancura de los manteles y el olor de las viandas. ¡Qué suplicio!

Servidos los postres, el joven se levantó y se encerró en su cuarto. Quería estar solo. Quería

escribir. No pudo. Todas sus ideas estaban embrolladas, agitadas, inquietas. No era posible hacer presa en ninguna de ellas, para sacarla afuera. Huían, se acercaban, volvían á retirarse cuando ya tenían casi el ropaje de la expresión. A las diez se acostó desesperado.

Y al día siguiente, cuando salió ya vestido, dispuesto á volver al lado de Rosita, su padre, viéndole ponerse el sombrero:

—¿Te vas?

—Sí. Hasta luego.

—¿Vendrás á la hora del almuerzo?

—Sí, sí. Como siempre.

No se cruzaron más palabras. Salió y cerró la puerta. Detrás de él, no sabía, no quería saber lo que dejaba.

VI

—Desde mañana, ven por la tarde.

—¿Por qué?

Se lo explicó adoptando un tono de naturalidad y valiéndose de razones tan sencillas, que supo alejar del amante las sospechas. Por la mañana había que hacer infinidad de cosas en la casa. Y como viniendo él á las diez ya no se levantaba la buscona hasta las doce, andaban retrasadas las tareas domésticas. La enfermedad de su madre, que se prolongaba mucho, que la tenía sentada, inútil é inepta para todo, dejaba estas tareas al cuidado torpe de Aniceta; Rosita era, pues, la verdadera ama de casa. El joven bajó la cabeza convencido.

—Vendré por la tarde.

—A las tres, ¿eh? No vengas hasta las tres, que estará todo arreglado, y no tendré ya que ocuparme más que de tí.

—Bueno, como tú quieras.

Se dieron el último beso, incorporándose ya en la cama, sacando las piernas cada uno por distinto lado, y con este beso de la separación, se levantaron. Al poco rato, Miguel iba por la calle de San Onofre y estaba cerca de su casa. Iba tranquilo. Se llevaba, para leerlo durante el almuerzo, un número de *El Imparcial*, al cual suscribió á su querida por capricho, por complacerle, porque el joven gustaba de leer en la cama con ella todos los días el periódico que publicó el famoso artículo, y que no publicó ninguno más, y eso que Miguel había escrito otro que esperaba su turno en el cajón de la mesa del director literario. Estaba aceptado. Ya saldría.

El Imparcial, sí. Aquella mañana, en la sección de noticias, el amante había leído en voz alta lo siguiente:

«Ha llegado á Madrid con licencia el señor duque de Tres Estrellas, primer secretario de nuestra legación en Londres.»

Lo leyó sin levantar los ojos del impreso, con esa entonación con que todos leen lo insignificante; si en aquel momento hubiese fijado sus miradas en el rostro de la buscona, quizás, qui-

zás no iría ahora tan confiado, tan satisfecho, tan convencido de que nada tenía de particular aquel cambio de horas que sobrevenga en sus entrevistas.

Esta escena sucedió al mes de la terrible y dolorosa ocurrida entre el padre y el hijo. En un mes pudieron desengañarse los enamorados de las ilusiones y de los locos optimismos que la publicación del artículo hizo nacer en ellos. ¡Vivir de la literatural! ¡Cobrar media onza todos los días! ¡Imposible! ¡Publicar un artículo diariamente, puesto que diariamente se escribe! ¡Sueños! ¡Nada más que sueños! Cinco, seis, veinte, entre cuentos, estudios críticos y artículos de costumbres tenía Miguel repartidos por las redacciones. Y, sin embargo, en ninguna parte lograba la rapidez de la inserción.

—Tenemos mucho original. ¡Son tantos los que escriben! Lo de usted, es bueno. Se publica. Cuente usted con ello. Pero tiene que esperar algo.

—¿Y cuándo?...

—No sé. Hay aquí cosas que tengo en mi poder desde hace tres meses.

Rosita se desesperaba. Miguel, en su calidad

de escritor, hablaba perrerías de España, donde el talento se recompensa mal y poco. La buscona recordó haber oído decir que Cervantes se murió de hambre.

—¿Es verdad eso?

—No lo sé. Lo dicen.

Luego, viéndole contagiado de su tristeza, procuró echarlo á broma: «¡Ocho duros mensuales! Ya tienes para tabaco, si no fumas puro.»

Pero cuando se quedaba sola, la desesperación contenida en presencia del amante, era grande, inmensa. ¡Una noche! Sólo una noche de descanso. Y luego seguir lo mismo. Volver á sus correrías. ¡La caza del hombre! El horror constante, el horror repetido de aquellas caricias pagadas, de aquel alquiler de su cuerpo. Conservaba sus muebles, sus trajes, sus alhajas, menos la sortija y el aderezo. Pero, ¡á cuánta costa! Era preferible venderlo todo, empezar á echar fuera de la barquilla todo aquel lastre que pesaba espantosamente, que apresuraba la caída. Pero, ¿y su madre? ¿Y su hermano? ¡Ellos sí que eran felices! ¡Egoístas! Estaba rendida. No podía más. Todos aquellos burgueses miraban mucho el dinero antes de darlo. Regateaban

siempre. Eso sí, regateaban después del hastío, porque antes eran muy amables, muy generosos. Antes, cuando todavía lo tenían en el bolsillo. ¡Ser la mujer de todo el mundo! No. La práctica demostraba que era imposible. Que todo el mundo paga muy poco y que no parece sino que conocen que es mejor pagar á escote para que salga la sociedad mayor y el placer más económico.

En esta situación de ánimo oyó la lectura de la noticia. Luego Miguel siguió leyendo, pero Rosita no escuchó nada más. Una idea, una sola idea, confusa primero, pero absorbente, y poco á poco llenándose de luz y de contornos, quedó como clavada á martillazos en su cerebro. Tenía que combinar el medio, pero su resolución sería inquebrantable. Necesitaba ver al duque de Tres Estrellas. Verle como ella sabía, como otras veces. Despertar en él los recuerdos del pasado y hacer que en ella siguieran durmiendo. No le amaba, no amaba á nadie. A Miguel únicamente. Por eso quería conservar aquel cariño, como el que va al sacrificio quiere á veces llevar en sus manos, en lugar de la cruz, un rizo de cabellos, una flor marchita, pero flor al cabo.

No amaba al duque, pero el duque volvería á sus brazos. ¡El duque! El duque no era un hombre. ¡Era un rico!

Aquel día lo pasó Rosita Pérez impaciente, luchando con la misma resolución tomada; de una parte, su voluntad en contra, su amor á Miguel, y, lo que es más incomprensible todavía, ciertas castidades que se despertaron en su cuerpo que conservaba esa libertad del objeto que, pasando de mano, no es, sin embargo, más que de uno solo de los que lo tocan, y de otra, en pro, incondicionalmente en pro, la vida, las impurezas aconsejadas por la realidad, por el presente, por las necesidades materiales, todas aquellas monstruosas cosas que caían como piedras tiradas con honda, describiendo una parábola á cuyos dos extremos estaban, al uno, su madre y su hermano tirándolas; su frente al otro, herida; su cráneo destrozado, recibíéndolas.

—El duque de Tres Estrellas—oía decir dentro de sí misma á una voz sin palabras, que se parecía á la de doña Angustias;—el duque de Tres Estrellas es el bienestar.

—Pero ¿y Miguel?—contestaba loca de desesperación.

—Miguel no es nada más que el amor. ¡No seas tonta! Todo puede arreglarse.—Y luego, viendo que vacilaba, añadía la misma voz, no ya persuasiva, sino con tono imperioso:—¡yo te lo mando!

Pero el duque la abandonó. El duque no la quería. ¿A qué, pues, pensar en lo imposible, en lo irrealizable, en lo inverosímil? Sentía al llegar á este punto de sus reflexiones algo parecido á la esperanza, todas sus ilusiones cifrábanse en los desprecios del antiguo amante. Duraron, sin embargo, muy poco. El tiempo que tardó en mirarse al espejo, con un afán, con anhelo tan grande de verse envejecida, gastada, que más que andando llegóse á donde aquel estaba de un salto. ¡Ah! ¡qué desgracia! Era hermosa, y en cambio cuando el duque la conoció sólo podía llamarse bonita. ¿Quién ha dicho que el vicio afea? ¡Era hermosa! ¡Hermosísima! ¡Irresistible! Estaba en la plenitud de su desarrollo, como una flor completamente abierta; desplegábanse las curvas de su cuerpo en redondeces incitantes; brillaban sus ojos con las pupilas húmedas, negras, fascinadoras, y bajo los ojos la pasión dejaba á su paso una estela azulada que aumen-

taba la sombra y misterio encantador de la mirada. Los labios de encendido color, la boca empequeñecida por el hábito de fruncirse para el beso, y un tono cálido en la tez, el mismo que tenía toda su carne, igual, uniforme, como si bajo la epidermis hubiera fuego. Hermosa, sí. De manos y pies pequeños, con algo inquieto, nervioso en los brazos y los muslos, algo que, siendo movimiento, no era violento sino obligado, adquirido por hábito; algo que la estremecía mucho tiempo después del goce sensual, como esas notas que siguen vibrando en el aire, agitando las ondas sonoras y que son las últimas de una gran sinfonía; como las cuerdas del arpa, cuyo temblor dura más cuanto más pronto se aparta de ellas la mano que arrancó el sonido. Hasta su estatura era un encanto, más bien baja que alta, no como la Venus de Milo, sino como la de Médicis. Una diosa que tenía que ponerse de puntillas para abrazar á los hombres.

¿Cómo era posible que el antiguo amante la desdeñara? Sus esperanzas huyeron. Una lagrима de pesar asomó á sus ojos, y se alejó contra del espejo. Estaba más hermosa llorando.

Así terminó el día, y con estas mismas inquie-

tudes y zozobras la noche entera. Una noche en que no salió buscando aventuras porque había en casa para comer al día siguiente y nada más. Lo preciso.

Se levantó. Madrugó mucho, atendiendo á sus costumbres. Cuando salió de su casa eran las nueve de la mañana. Iba á poner en práctica su decisión. Iba en busca del duque de Tres Estrellas. Ya sabía dónde encontrarle. Donde siempre. Porque el duque, verdadero hombre á la moderna, no tenía casa. Vivía en la fonda. En la más cara, y dentro de ella, en las mejores habitaciones.

Tuvo prisa por llegar, y pronto estuvo en la calle de Espoz y Mina; pronto subió las escaleras alfombradas del hotel de Embajadores. Abajo, en el despacho, había preguntado.

—Sí, señora. Está. Es en el principal. Número 1; pero está durmiendo todavía.

—No importa.

Y sin parar mientes, ni importársele un ardite de la sonrisa maliciosa que obtuvo su «no importa» por todo comentario, cuando vió delante de sí la puerta del cuarto número 1, dió vuelta al pestillo y entró, volviendo á cerrar,

y quedándose á obscuras en medio de la sala.

Nadie estorbó su acción. Ya saben los camareros retirarse á tiempo cuando no hacen falta sus servicios.

Ella conocía el cuarto.

La alcoba estaba á la derecha. Hacia aquel lado, en el silencio, se oía una respiración tranquila y regular. El duque estaba, en efecto, durmiendo. Se adelantó en aquella dirección, se acercó, llegó hasta tocar el palosanto del lecho. Y allí quedó inmóvil, presintiendo muy cerca de sus manos, que caían á lo largo del busto, el cuerpo aquel que respiraba. Vaciló por última vez. ¿Volvería á marcharse? ¿Se decidiría por fin á despertarle? O así dormido, inerte, á su merced, en lugar de un abrazo, ¿no sería mejor matarle? Sobre la mesa de noche, como en otro tiempo, el duque de Tres Estrellas dejaba siempre su revólver cargado de balas, y su bolsillo repleto de oro. ¿Y por qué no coger el bolsillo y salir? ¡Robar! Eso no. Ni robar ni matar.

—¡Mariano!

No despertó. Se acostaría tarde. Estaría en su primer sueño.

—¡Mariano!

Esta vez la mano derecha buscó el busto, buscó el cuerpo humano, palpando la colcha de raso.

—¿Eh? ¿Quién? ¿Quién es?

—Soy yo, Mariano, soy yo. ¡Rosa!

Sintió que el duque se incorporaba, se sentaba en la cama sorprendido; una mano cogió la suya.

—¡Toma! ¿Conque eres tú? ¡Qué demonio! ¿Y de dónde sales tú ahora? Espera, espera.

Y de prisa, con afán verdadero, encendió un fósforo y con él la bujía que estaba en la mesa de noche. Volvió en seguida á mirarla, entornando los párpados por el enojo de la súbita claridad.

—Chiquilla, ¡qué guapa estás! Siéntate, siéntate ahí, en la cama.

Cogió de nuevo la mano de la buscona, acercósele á sus labios y la besó en la palma.

Ya no había esperanza. La última, con aquel beso, había desaparecido. Se revistió entonces de valor, necesitaba fingir, necesitaba ocultar ante aquel hombre lo que le salía por los ojos, las lágrimas y el amor á Miguel.

—Ya me has visto bien. Apaga la luz. Estamos mejor á obscuras.

—No, déjala. Lo dicho, muchacha, estás guapísima.

Pero ella, inclinándose un poco, apagó la luz de un soplo, cogió la fosforera y la tiró. Para prevenir todo enfado, sacó de sus nervios, ya que no pudo de su alegría, una carcajada. Él también se rió.

—Pero escucha, cuéntame. ¿Cómo has venido? ¿Cómo sabes que estoy de vuelta? ¿Conque es decir que no me olvidas, que no estás enojada conmigo, que me quieres aún? Pues mira, me alegro. Me alegro mucho, porque te repito que me gustas mucho más que antes.

Y allí, á obscuras, extendió los brazos, rodeó el talle de la mujer, cuyo cuerpo cayó obediente á la fuerza que lo atraía. No fué entregarse, fué someterse.

Fué someterse, sí. Pero después de la sumisión, Rosita Pérez se separó bruscamente del hombre. Su traje estaba en desorden, pero mayor era el trastorno de sus pensamientos. Estaba irritada contra las rebeldías de la carne, cólerica. «¡Ah! ¡Conque es decir que la naturaleza puede más! ¡Que los sentidos mandan á la voluntad! ¡Que ella amando á Miguel!...»

Amando á Miguel, acababa de decir con acento inefable, dando un grito, al oído de este otro: «¡Mariano, nene mío!» Tampoco confundía los nombres. Tampoco esta vez la buscona se equivocaba.

Púsose en pie de un salto.

—Vamos, abre el balcón. ¡Qué demonio! Ahora ya me dejarás que te vea. Además, tenemos que hablar, y no me gustaría hablar en tinieblas.

Y cuando fué cumplida esta orden, volvió la mujer junto á la cama.

—Siéntate. No, en la silla, no. Aquí, en los colchones.

Se complacía en mirarla.

—Lo dicho. Estás hecha una hembra de primera.

Hablaron. El duque recordó lo pasado. Lo recordó dulcemente.

—Decididamente hice una tontería dejándote, cansándome de lo mejor. Pero ¡qué demonio! ¡Vaya usted á figurarse una cosa así! Yo creí que tú serías siempre lo mismo. Bonita y nada más que bonita. Más graciosa que linda. Ahora es distinto. Tengo dos meses de licencia. ¡Dos

meses! Lo bastante para que una mujer como tú me vuelva loco. Luego te vienes conmigo al extranjero. Al país que te guste más, porque pediré el traslado para donde tú quieras.

¡No! no necesitaba los dos meses. Mirándola, después de gozarla, se estaba enamorando intensa, profundamente. No era el mismo hombre que conoció ella en otro tiempo. La altivez, el desdén de buen mozo con que entonces trataba á las mujeres, trocábase ahora en suplicantes ruegos.

—Escucha. No te vayas aún. ¿Por qué no te quedas aquí todo el día? No saldremos.

Pero se negó. Su madre estaba enferma. No podía dejarla sola. Tenía que volver en seguida.

—Bueno. Ya te irás. Espérate un poco.

—No, no. Ahora mismo. Estoy muy intranquila.

—Pero dime, mujer, dime. Contesta á lo que te pregunto.

Y el duque sacó un brazo fuera de las sábanas y se apoderó de su mano.

—¿Quieres venirte conmigo?

—Hablares. No seas loco. Esas cosas no se hacen así.

—¿Hablaresmos? Bueno. Para hablar necesito verte. Ir á tu casa. ¿Dónde vives?

—Donde vivía. Sigo allí. Sigue todo lo mismo.

—¡Ah! Entonces, quiere decir que esta noche, esta misma noche. Oye, espérame á las nueve. Lo dijo con alegría terrible.

—Sí—contestó Rosita, bajando la frente.—
La noche es tuya.

—Como antes, ¿eh?...—y quiso incorporarse para darla un beso.

—Justo. Como antes.

Esquivó la boca y el beso fué á parar á la mejilla.

—¡Adiós!

Lo dejó allí presa de nuevos deseos de poseerla, acostado, inquieto, sin encontrar postura cómoda, ardorosa la piel, secos los labios y la mirada fija en un objeto cualquiera que no veía.

El aire libre aplacó un tanto la agitación nerviosa de la mujer. Llegó á su casa. No quería ver á su madre ni á su hermano. A ninguno de los dos. No hubiera podido contenerse. Le parecía sentir cólera tal, que llegó á creer positivamente en una cosa risible, llegó á creer que sus manos estaban llenas de bofetones. Ordenó á

Aniceta que la sirviera el almuerzo en el gabinete.

—Y que no entre nadie. Quiero estar sola.

—Descuide ustedé, señorita.

Aniceta era la defensora de Rosita. En aquella casa, el único cariño con que la buscona podía siempre contar. No era fácil que la buena muchacha comprendiese el drama visto por sus ojos. Pero sabía positivamente el papel que representaba cada uno de los personajes; sabía quiénes eran los verdugos y quién la víctima. Sabía además, como sabe siempre estas cosas la servidumbre, que en realidad el dinero lo manejaba doña Angustias, pero salía de los bolsillos de la hija. Con esto bastaba. Por afecto y por conveniencia la juró lealtad y la reconoció por dueña. En su imaginación todo aquello no tomaba proporciones dramáticas, porque su imaginación tenía el defecto de empequeñecer y reducir para que las ideas cupieran en corto espacio. Pero aun así, no dejaba de ver los objetos, aunque confusos, como les acontece á los miopes. Todos sus comentarios eran siempre estas dos palabras: «¡Pobre señorita!» ó estas otras: «¡Vaya una madre!» dirigidas á doña An-

gustias. «¡Valiente zángano!» y entonces pensaba en el hermano.

Después de almorzar, Rosita se vistió de nuevo, porque, variando de pensamiento, no quería estar en la soledad de aquel encierro voluntario. Salir y ver gente, distraerse de algún modo; andar mucho, rendir el cuerpo para que la imaginación no pensara. Temía la explosión de su dolor, de su gran sufrimiento. ¡Miguell ¿Seguía queriéndole lo mismo que antes? Entonces se acordó. No podía salir. Miguel iba á llegar de un momento á otro. ¡A las tres! ¡Qué variación en todo, hasta en eso! A esa hora no pasaba ya, aturdiendo los oídos, el alegre grito del vendedor de flores.

Quedóse, pues, vestida y sentada, esperando, y cuando sonó la campanilla se estremeció, palideció intensamente.

—Lo que es hoy tienes que pagarme la buena noticia. Una noticia excelente.

Le miró. Entraba hablando desde la puerta con el júbilo aquel de niño mimado, que era su mayor encanto.

—¿Una noticia? ¿Y cuál es?

Entonces, sentándose junto á ella, la cogió las

manos y empezó á contar. Por la mañana habia emprendido sus correrías de redacción en redacción. Porque no se publicaba en Madrid un periódico en el cual no hubiese entregado un artículo solicitando la inserción. Y con una tenacidad verdaderamente lastimosa visitaba á los directores, á riesgo de parecer importuno; aquella mañana su primera visita fué para el director de un diario político de reciente fundación; lejos de negarse á recibirle, cosa que esperaba, porque ya le sucedió muchas veces, salió él mismo á la redacción al oír el nombre del joven:

—Pase usted. Pase usted. Me alegro mucho de que haya venido. El artículo de usted está compuesto. Corregirá usted las pruebas.

Y luego, cuando estuvieron los dos solos en el despacho, el director cerró la puerta, y sin ambages ni rodeos le propuso de pronto una plaza de redactor en el periódico.

—Es para tomar ó dejar. La manera de escribir de usted me gusta. Ese artículo es precioso. No lo pude leer hasta ayer tarde, é inmediatamente lo envié á la imprenta. Tiene usted talento. Mucho talento. Yo necesito gente así.

É inmediatamente expuso sus proposiciones.

Deseaba que Miguel aceptase. El día anterior había despedido á uno de los redactores, hombre de mucha imaginación, pero holgazán, perezoso, con más amor al cigarro que al trabajo, preocupándose más de hablar que de escribir, polemista más útil en un café que en un periódico.

Mientras que Miguel iba contando su buena fortuna, mirábale Rosita y le escuchaba con interés creciente. ¡Dios mío! ¡Si ella lo hubiera sabido! En lugar de ir al hotel en busca de su antiguo amante, ahora que Miguel podía, hubiese continuado fiel á este amor que era su vida. ¡Ah, la impaciencia! ¡La precipitación en el obrar! Todo ello aconsejado por la falta de fe. Lo que no se encuentra en un mes, puede surgir de un momento á otro. Pero no importa. El mal estaba hecho. Un mal muy grande. Afortunadamente, resolución había para no persistir en él. Sí. Puesto que Miguel contaba ya con un sueldo fijo, á la noche, cuando viniera el otro, lealmen- te, de una vez, con tres palabras, le despediría. «Tengo otro amante. Le quiero. Esta mañana hice una locura. Vete.»

—¿De manera que aceptaste?

—Ya lo creo.

—Y... ¿qué sueldo tienes?

—¡Oh! no es mucho. Veinticinco duros mensuales.

La buscona no pudo reprimir un movimiento brusco de ira y de desprecio. ¿Se burlaba de ella? ¡Veinticinco duros! Recordó la frase de doña Angustias. «Con dos mil reales no tenemos bastante. Gastamos mucho más.»

—Hijo, á ese paso podemos echar coche— exclamó lanzando una carcajada cruel.

El joven la miró. *Podemos*. Hablaba en plural. Por primera vez dejaba Rosita Pérez adivinar algo de su pensamiento. Luego aquella mujer echaba cuentas y tenía planes con respecto á él. ¿Tendría razón su padre? Armóse de energía.

—Escucha, ya sabes que yo no soy rico. Ya te lo dije el primer día. Tengo que vivir siempre de mi trabajo. Hiciste mal en quererme.

Pero ella se repuso. ¡Torpe! Y volviéndose, levantándose, se sentó en sus rodillas.

—¿Y quién te dice lo contrario? ¿No lo sé yo? ¿No me ves? ¿Te figuras que yo necesito algo más que tu cariño? ¿Te pido otra cosa? Yo ten

go lo bastante para vivir. Vamos, no te pongas serio, bésame.

Y como al acercar sus labios hiciera un movimiento para rechazarla, no pudo contener sus lágrimas. Lloró. Lloró amargamente.

Tocóle á su vez consolarla, que fué cosa fácil, porque apenas trató de rodear su talle, de buscar su boca, la boca, besó con frenesí, á pesar del llanto que seguía corriendo, aunque de una manera más conmovedora, no como de desconsuelo, sino como de pasión. Nunca le besó así. No la vió llorar hasta aquella tarde, adurmiendo su pesar á medida que con las caricias que la prodigaba, despertaba su sensualismo. Con la última lágrima apareció la primera sonrisa. Fué arrancada por una palabra que la dijo al oído.

La llevó en brazos hasta la alcoba.

—¡Tonto!—iba diciendo ella con un acento cariñoso durante este dulce transporte.—¡Tonto!—y se abrazaba á su cuello temerosa de que la soltara, no pudiendo sostener aquel peso.

VII

El Sr. Loitia estaba desconocido. Su mirada tenfa, al fijarse en Miguel, la expresión desconsoladora de una profunda tristeza. Inclinábase su cabeza, cada día más venerable, más encane-cida, casi blanca por ambos lados, que era donde únicamente quedaban cabellos; inclinábase, doblgábase sobre el pecho y permanecía así horas enteras, lanzando suspiros entrecortados, abatido todo el cuerpo, caídos los brazos, temblorosas las manos. Era como añoso roble que aún está en pie, pero ya medio derribado por el viento de una tempestad. Andaba trabajosa, pe-rezosamente, porque sus piernas no soportaban el peso de aquella mole de carne, sino á duras penas. El síntoma más terrible, el más alarman-te era éste y el de la costumbre adquirida de ir por la calle con el sombrero en la mano, descu-

bierta la cabeza, y á pesar de ello, tener precisión de recurrir al pañuelo para enjugar el copioso sudor de su calva que lo mojaba completamente. Sus más largos paseos se limitaban á recorrer diariamente el corto trayecto que separaba su casa, sita, como ya sabemos, en la calle de Valverde, del café Suizo, donde se reunían todas las noches unos cuantos amigos suyos; *la mesa de los padres*, como la llamaban los camareros. Llegaba allí jadeante, y, por lo común, mientras los otros viejos tomaban café, él, cuando cesaba el sudor y descansaba, pedía un refresco, un vaso muy grande lleno hasta el borde de limón ó naranja, y que apuraba de un trago con el insanciable afán de su sed eterna.

Le miraban compadeciéndole.

—Cúidese usted, Loitia. Haga más ejercicio. Andar, andar mucho. A nuestra edad no es bueno apoltronarse.

—No puedo. Me canso. Dentro de poco tendré que venir en coche.

Luego uno de ellos le preguntaba:

—Y su hijo de usted, ¿signe escribiendo?

—¡Mi hijo! Sí, escribe.

Todos mirándole enmudecían. Sabían la his-

toria. Comprendían el dolor de aquel antiguo amigo. Era la mayor desgracia.

—Vamos, no piense usted en eso. Cosas de chicos. Un amorío, ¡qué demonio! Ya se le pasará.

—¡Ah, no lo espero! Ustedes no conocen á Miguel. Esa mujer, esa ó cualquiera otra, será la pasión de su vida. La primera que ha encontrado es la última. Tiene el corazón así. Pero la suerte ha querido que la primera fuese... lo que es.

Para aliviar un poco el pesar, conocían los amigos del Sr. Loitia la palabra mágica, y siempre la empleaban con éxito.

Uno de ellos decía:

—Y el caso es, que el demonio del muchacho tiene un gran talento. Hoy he leído su artículo. Es admirable.

El padre erguía la cabeza.

—¡Oh! eso sí. Miguel escribe cada día mejor. Y escribe mucho. Figúrense ustedes. Un artículo diario. A mí me admira. Yo no sé de dónde saca esas cosas que se le ocurren. Aquí llevo ese artículo de que habla usted; usted lo conoce, pero estos señores no. Por eso lo he traído.

—A ver, venga. Yo lo leeré.

Y uno, el que tenía menos edad que todos, teniendo cincuenta y seis años, á cuyo cargo por esta razón estaba la tarea de lector, le arrebatava el periódico, sacaba los anteojos, calábase los, tosía y empezaba con voz campanuda.

Mientras duraba la lectura, la cara del señor Loitia se transfiguraba; escuchaba atentamente, y era de ver cómo se movían sus labios, cual se mueven para rezar en voz baja, repitiendo así, una por una, las palabras que el lector iba pronunciando. A veces le interrumpía bruscamente y casi con tono colérico:

—No dice eso. Se ha comido usted algo en ese párrafo. Lea usted otra vez y no se equivoque.

Se sabía el artículo de memoria. Al final tenía los ojos llenos de lágrimas, húmedos, brillantes, y en el corazón, en todo su ser, una sola exclamación que lo llenaba de orgullo. ¡Hijo, hijo mío!

—Este chico—comentaba uno,—llegará á ser ministro.

—¡Ah, si no fuera por esos amores!—objetaba el padre.

—¡Bah! ¿y qué importa? No sea usted niño.

Hay muchos hombres de gran talento á quienes ha pasado eso mismo.

Llegó á creer en esta profecía. Por eso iba al café. Para que la formularan todas las noches. Con esto regresaba á su hogar, contento, más ágil en el andar, sudando menos, á pesar de que el camino de vuelta era cuesta arriba.

Acostábase, pero no dormía. Permanecía despierto hasta las tres ó las cuatro de la madrugada, hora en que Miguel entraba. El diario de cuya redacción formaba parte se publicaba por la mañana. Miguel trabajaba de noche.

—¡Miguell!—gritaba el Sr. Loitia desde la alcoba.

—Buenas noches, papá.

—Acuéstate, hijo. No te pongas á leer. Duerme, que vendrás rendido.

Y cuando consideraba transcurrido el tiempo necesario para que el joven hubiese cumplido estas amonestaciones, se levantaba, abrigábase con la bata, una bata de colores múltiples, que en otro tiempo fué mantón de señora, y andando de puntillas, si podía, y si no, arrastrando los pies en el silencio de las altas horas de la noche, se acercaba el padre á la puerta del cuarto.

del joven, y escuchaba sin moverse hasta oír la tranquila respiración del sueño.

Aquel moderado histórico, tan gordo y tan predispuesto á la apoplejía, tenía para sus hijos más cariño de madre que de padre.

Volviendo después al lecho, decía á su mujer al encontrarla despierta:

—Ya duerme.

Con júbilo y con el acento de quien da una buena noticia.

Por la mañana, el sueño de Miguel era motivo de los mayores respetos. Hasta que el escritor se levantaba, que era siempre á la hora del almuerzo, hablábase en voz baja, se hacía el menor ruido posible.

El Sr. Loitia esperaba impaciente al repartidor, que jamás llegó á echar el periódico por debajo de la puerta, porque el padre conocía sus pasos al subir por la escalera; abría y tomándolo de sus manos, esperaba el despertar del hijo leyendo muy despacio el artículo, lo único que leía una, dos, tres veces, hasta saberse casi de memoria, como ya he dicho.

Eran éstas las únicas horas de ventura que disfrutaba, saboreándolas y procurando aturdir-

se con ellas para no pensar en aquellas otras de la tarde, cuando de sobremesa Miguel se levantaba de la silla al oír la primera campanada de las dos, como movido por un resorte, y salía del comedor precipitadamente. Entonces, ¡ah! entonces el Sr. Loitia, en el pasillo, junto á la puerta, cruzaba con Miguel su eterno diálogo:

—¿Te vas?

—Sí. Hasta luego.

—¿Vendrás á la hora de comer?

—Sí, sí. Como siempre.

La voz del padre era temblorosa, casi suplicante. La del hijo nerviosa, apresurada, llena de acentos de impaciencia.

Le esperaba ella. ¡Ella! Rosita Pérez. Íbase corriendo para no ver la pesadumbre ni oír el gemido de aquel hermoso sufrimiento.

Él también sufría. Su amor estaba lleno de sospechas, de celos y desconfianzas. Todas las tardes acudía á la casa de la calle de Hortaleza, y al entrar en el gabinete empezaba su martirio. No. Aunque procuraba Rosita disimular, era en vano. El cariño de la mujer era grande, intenso, pero no el mismo. Le quería, indudablemente.

Pero aquellos ojos negros expresaban algo más que lo expresado siempre; aquellos labios besaban de otra manera y pronunciaban palabras que sonaban como las de un lenguaje desconocido. Bajo la blanca frente, dentro de la cabeza, que no soportaba sino á duras penas el peso de los perfumados cabellos, en el cerebro había otro peso mayor. Allí dentro, y también dentro del corazón, pasaba algo. Pero, ¿el qué? Miguel estudiaba, analizaba, es decir, procuraba estudiar y analizar los gestos, los movimientos, la expresión, todo lo externo de su querida, y muchas tardes, al encontrarla rendida, soñolienta, amorado casi el cerco, cada vez más visible debajo de los párpados, sentía una irresistible tentación de arrojarse sobre ella brutalmente, y sin saber por qué, abofetearla. Entonces, como si adivinara la hembra estos propósitos y tratase de anularlos, abandonaba su perezosa postura, se acercaba, con recelo del golpe, ponía la cara junto á sus labios, y mirándole, mirándole con expresión inenarrable:

—¿En qué piensas? ¿Por qué me miras tanto? Vamos. Un beso.

Pero lo decía tristemente; no como quien pi-

de caricia, sino perdón. A veces, en medio de los actos más apasionados, le rechazaba.

—Quita, por Dios; déjame.

Y si él obedecía, lloraba, se quejaba amargamente de esta obediencia.

—¡Ah! Miguel, ya no me quieres. No puedes quererme.

Una tarde, después de frases como estas Miguel, irritado, replicó:

—Me quieres menos. Tú sí que me quieres de otro modo. Tú quieres á otro.

Se puso muy pálida.—«¡Yo!»—y abrazándole:—«No lo creas, por Dios, no lo creas.»

Hubiérase dicho que se rebelaba contra la verdad.

Miguel, hasta el extremo que llegaron estas sospechas en la palabra, no las tuvo en el pensamiento y en la intención. El joven tenía dudas hasta de sus celos.

Ignoraba que fuesen la misma certeza. Ignoraba la lucha de sentimientos opuestos que se libraba en el ser de la mujer amada. Iba su desconfianza mucho más atrás, y quedábase como rezagada de los acontecimientos.

Era cierto. Rosita *quería á otro*. Mejor dicho,

Rosita experimentaba con igual fuerza dos sentimientos que, dentro de la más perfecta igualdad, eran distintos. Rosita amaba á Miguel y á Mariano. Amaba á los dos hombres que la poseían. Jamás pudo ocurrírsele la posibilidad de este hecho. Jamás creyó en el reparto equitativo de sus caricias, realizado con el mismo entusiasmo, con identidad de pasión. Pero la realidad no engaña.

Por las tardes, cuando Miguel la estrechaba en sus brazos, sentía como antes toda la languidez sensual, todos los espasmos del placer de la carne, y al mismo tiempo una ternura infinita, un ansia de sacrificarse, de martirizarse por aquel cariño que la dominaba siempre, y que no variaba de lo sentido desde el primer día. Marchábase el amante postrero.

Llegaba la noche. Volvía su corazón á palpitár con fuerza, se impacientaba por la tardanza de cinco minutos; el amor, con todas sus manifestaciones, apoderábase de su ser nuevamente. Ahora no pensaba más que en el amante antiguo. En Mariano, que renovaba cada vez con más entusiasmo aquellos abrazos de que huyó en otro tiempo. Y cuando el duque de Tres Es-

trellas se presentaba en el gabinete, donde vagaba aún el recuerdo del otro, Rosita Pérez abalanzábase á su cuello, apoyaba su cabeza en aquel pecho, donde tantas veces reposara, y sentíase desfallecer al entregarse, cerraba los ojos, y se estremecía voluptuosa al más ligero contacto.

¿Qué era aquello? Semejaba, más que nada, uno de los terribles síntomas de la ninfomanía. Sí. No podía ser otra cosa. Sólo así, sólo explicándose por medio del vicio orgánico, de la naturaleza enferma, sujeta al placer como una dolencia, Rosita Pérez acallaba y tranquilizaba su imaginación con tales fenómenos; estaba próxima al desvarío y á la locura. Notaba, sin embargo, otras cosas que la aterraban. Estas no pertenecían á la sensación, sino al sentimiento. Cuando ninguno de los dos estaba á su lado, procuraba pensar en uno solo. No era posible. Pensaba en los dos. «Mariano y Miguel, ¡cuánto los quiero!» Unía de tal suerte aquellos nombres, confundía en sus recuerdos de modo tan íntimo los extremos de pasión de uno y otro, que á veces quedábase deseando un imposible, mientras su mirada se fijaba en el lecho. Aquel

lecho espacioso, mullido, lujoso, pudiera dar cabida á tres cuerpos. Entonces se llevaba las manos á la frente de una manera instintiva para sujetar, para comprimir con las yemas de los dedos las sienes que estallaban. Decididamente la buscona perseguiría el amor constantemente sin alcanzarlo. Porque no es amor, según dicen, lo que no tiene carácter y sello de exclusivismo, lo que no vive con la vida de lo absoluto. Y, sin embargo, estaba segura de sus sentimientos, que si en lo relativo al goce material eran constantes en manifestarse con igual intensidad, en lo que nada se relaciona con éste eran disíntos, perfectamente distintos. ¡Miguel! Miguel sería siempre para ella el ser protegido; Mariano, el ser protector. Mariano era el varón fuerte, el luchador avezado á los combates de la vida, que descansaba de sus hazañas al volver junto á la mujer amada, y Miguel, en cambio, seguiría siendo constantemente el niño; los papeles estaban trocados; ella, cuando desfallecía este último, dábale alientos; cuando lloraba, enjugaba sus lágrimas. «Nene, nene mío.» Era la querida, y, sin embargo, parecíale á veces llenar para con él los oficios de una madre. Miguel era po-

bre, y el otro tenía bienes de fortuna. La pobreza del escritor dábale nuevos atractivos. La riqueza de Mariano deslumbraba en cambio como una aureola. Sí. Aquellos dos amores eran distintos, se combatían, luchaban terriblemente, los sentía Rosita en sus entrañas como dos embriones que empeñan su proverbial duelo á muerte. Uno de los dos, el vencedor, ganaría en premio el don de la existencia.

Días hubo en que la buscona, de resultas de este combate, y como peripecia, amaba á uno solo. Entonces el otro la encontraba insensible, fría, indiferente, distraída al besar, tarda en corresponder, balbuciente al jurar amor eterno. Cuando sufría, cuando lloraba, cuando necesitaba consuelo, amaba al duque. Pero si estaba llena de júbilo y sintiéndose generosa y capaz de prodigalidades de cariño, Miguel era el que las recogía y cobraba. Entonces la víctima se rebelaba contra el tormento, contra el pesar, y ocurrían escenas en que el hombre dejábase ver tal como es, no desnudo, sino despedazado, mostrando al descubierto el rojo de la llaga viva, la trabazón y ligamento de venas y arterias, los grandes pesos de las entrañas principales,

todo aquello como muerto y colgado de una escarpia á la entrada de una carnicería. La náusea de los transeuntes. ¡Un cerdo!

Tenían en tales casos la voz de Rosita, el gesto y la mirada, extrañezas para el oído y para los ojos del amante. Saltan las palabras como dejando girones de sílabas entre los dientes apretados, que eran como filos de dos láminas cortantes que al pasar las desgarraban. Las pupilas, sus brillantes y hermosas pupilas negras, mostraban también reflejos y durezas de acero. Y era que entonces pensaba en el otro, y necesitaba vengarlo de la infidelidad de alguna manera. Entonces la pobreza de Miguel, lejos de hacerle interesante, era su ignominia. Entonces Rosita, mirándole de aquel modo y hablándole así, pensaba que el escritor, con todo su talento, era un pobre diablo. Pero si el triunfo era de éste y la víctima el duque de Tres Estrellas, pensaba Rosita: «Mariano es insoportable. Es un burro cargado de oro.» Y á lo mejor lanzaba una carcajada estrepitosa.

—¿De qué te ríes ahora?

—De nada. De cosas que se me ocurren.

Una vez, sentándose á horcajadas en las rodi-

llas del duque, en lugar de acariciarle, le azotó la cara con un pañuelo, y sin poder contenerse, «jarre, burro, arrel» gritó con el canallesco acento de los carreteros. El duque optó por reirse como ella.

—Decididamente no tienes juicio. Eres una chiquilla.

Y sucedió que, al mover el hombre las piernas, con cuyo movimiento levantó el cuerpo de Rosita, imitando el trote de la cabalgadura, tan chiquilla era, que de improviso convirtió sus juegos en llanto.

—¿Pero qué tienes? ¿Qué te ha dado ahora? No llores.

—Déjame, estoy nerviosa esta noche.

Los dos amantes, al acontecer estos hechos, se desesperaban, dando tortura á su imaginación.

¿Qué tenía? ¿Estaba loca?

Por las noches procuraba permanecer despierta el mayor tiempo posible. No quería dormirse, porque siempre soñaba lo mismo. Una pesadilla horrible. Su cuerpo estaba atado á la cola de dos caballos, el verdugo daba latigazos, los caballos trataban de partir en distintas di-

recciones y no podían vencer la resistencia. No podían, y al chasquido del látigo duplicaban sus fuerzas; los huesos crujían, iban á llevarse cada uno su pedazo. Iban á descuartizarla. Sentíase morir. Despertaba dando un grito igual á los dolores sentidos.

—¿Qué tienes? ¿Qué soñabas?

Y buscaba amparo, rendida y como muerta, en los brazos del duque.

—Tranquilízate.

—Enciende la luz. Tengo miedo.

VIII

«El duque de Tres Estrellas era un hombre vigoroso y de gallarda presencia, de imaginación viva y despierta, de natural elegancia, sueltos modales, amenísima y chispeante conversación, gran conocedor de mujeres, y, sobre todo, de mujeres de la vida airada; jugador tan de pura sangre, que sólo al juego debía los elementos con que podía atender á cubrir los gastos que originaba la vida de cuantos figuraban en la *high-life*, que diría *Almaviva*, sin que nadie pudiese atribuir á malas artes, y sí sólo á su arrojo y buena suerte, las ganancias adquiridas por este medio (1).»

Así, salvo error de memoria, describía yo á este personaje en mi anterior novela, y así me

(1) Véase *La Pálida*.

parece conveniente transcribir aquí la copia de aquel retrato, que no tiene más alteraciones sino las naturales del tiempo transcurrido hasta la fecha. Entre éstas, la más notable y la que más interesa al lector, era la producida por el retoño de su amor á Rosita. Era más viejo y más amante. Si pudo un día abandonar sin pena á la mujer, hoy era distinto. Convertíase de dueño en esclavo. Una verdadera metamorfosis moral motivada por el crecimiento de hermosura y algún tanto por los espejismos de aquel amor, experimentados en la separación y la ausencia.

Como jugador, su generosidad no contaba el dinero que daba; dábalo á puñados; la plata revuelta con el oro, y en idéntica forma entregaba sus caricias. Hombre de mundo, curtido al sol de todos los climas, herido con todas las armas que hieren el sentimiento, claro es que su afición extremada á la buscona diferenciábase mucho de la que Miguel sentía. Eran dos hombres distintos. Mejor dicho, eran un hombre y un niño, sometidos al mismo experimento, á la misma influencia; los fenómenos eran varios, diversos. Donde el agente, que hemos llamado Rosita, hacía llorar al uno, obligaba al otro á enco-

lerizarse. El que lloraba era el niño. La cólera delataba la existencia del hombre. Otras diferencias más esenciales existían en ambos seres.

El duque de Tres Estrellas, capaz de amar, no amaba por vez primera. Así como el amor de Miguel era una revolución del sentimiento, era el suyo una reacción. Violentos ambos, en el uno era la violencia un arrebato, mientras que en cierto modo revestía en el otro los caracteres de represalia. El escritor amaba con desenfreno, con orden; el aristócrata, con ese orden de que son tan amigos los solterones, y que a veces les lleva á casarse con su ama de llaves.

Si el duque hubiera sido un viejo, el caso de ninfomanía que hemos analizado en Rosita Pérez no se hubiese presentado. Pero Mariano estaba en la mejor edad, competía ventajosamente su fuerza, su gallardía, su hermosa seriedad varonil, con las gracias juveniles de Miguel. Y cuando aquel hombre, abriendo el broche de su cartera ponía en manos de la buscona un billete de Banco, su ademán, su expresión, no eran los del que paga lo que le venden, sino los del que regala por agradecimiento de lo que le dan.

El duque tenía además para Rosita una gran

fuerza atractiva: el pasado. El pasado, capitaneando los recuerdos, guerreaba en favor suyo, porque cuando la mujer abrazaba y besaba, entregarse, abandonarse á este hombre, era una alegría como la de la vuelta á la patria, la del regreso, después de larga ausencia, á los muros que nos guardaron y al techo que nos cobijó en mejores horas y que nos conoce y conocemos acaso por más felices aventuras.

Miguel era, en cambio, el presente. Miguel era el sufrimiento. Y ¡oh, misterio! Rosita amaba á Miguel tiernamente, porque si el duque representaba para ella la risa y el bienestar, representaba en cambio *el otro* una necesidad mayor y más urgente que el goce de reir: la necesidad de las lágrimas.

Risas y llanto en ella se contrapesaban unas veces, y otras vencía una de estas expresiones, asomando entonces á su rostro para entonar allí su canto de victoria. En su rostro estaban, pues, los platillos de la balanza. Los ojos y los labios. Y cuando el aristócrata estaba en sus labios, entreabiertos por la sonrisa, el escritor estaba en los ojos. Miguel estaba en el platillo que pesaba menos, pero á la postre también ganaba.

fás arriba. Acercándsse más al pensamiento.
fás alto.

Ninguno de los dos amantes llegó á saber que para dar su parte de felicidad á cada cual, lo que dividía entre ellos Rosita Pérez era su desdicha. Ninguno de los dos adivinó siquiera el tremendo combate que se libraba dentro de aquel cuerpo de mujer; ninguno sospechó que en este mismo cuerpo era lo que para ellos placía, enfermedad incurable. ¡La ninfomanía! Bah! Si algún médico lo hubiera dicho, no dejarían de contestar: «¿Pero la medicina sigue siendo un cuento pornográfico?»

El duque de Tres Estrellas se aprovechó de sus ventajas que resultaban del reparto de horas hecho por Rosita Pérez. Suyas eran las noches. Llegó una mañana en que declaró su deseo de permanecer junto á ella el mayor tiempo posible. Al levantarse no le gustaba salir en seguida. Prefería almorzar allí. Luego á la tarde iba al hotel exclusivamente para cambiar de traje y emprender sus correrías y quehaceres de hombre elegante.

—Bueno; pero á la una te vas.

—¿A la una? ¿Y por qué?

—¿No te lo he dicho mil veces? Estoy sola en la casa. Mi madre no puede moverse de una butaca. Yo tengo que ocuparme de todo. Estando tú aquí no es posible.

Y viendo que á pesar de tan buenas razones, tan estudiadas para que se ajustaran perfectamente á la lógica, el amante seguía mirándola receloso:

—Te vas á la una, y en cambio vienes por la noche más temprano. Quiero tenerte á mi lado el mayor tiempo posible.

—¿Más temprano? ¡Si vengo á las nueve!

—Pues bien: vienes á las siete, y con eso almorzaremos y comeremos siempre juntos. ¿Quieres? Anda, cariño, dí que sí.

Dijo que sí. Ella, al oirlo, palmoteó loca de alegría. Estaba conjurada la tormenta.

Pero con Miguel costábale más trabajo cualquier victoria. Los celos del joven, lo mismo que la pasión, iban tomando rápido y aterrador incremento. Las llamas subían ya á grande altura.

Miguel llegaba á las tres de la tarde. Sentábase frente á ella, haciendo de modo que la mujer estuviese frente á la luz. Hablaba poco y

miraba mucho. A veces no podía soportar la insistencia de aquella mirada. Ponfase nerviosa, irritada.

—¿Te has quedado mudo? ¿No se te ocurre nada que decirme?

—¿Y qué quieres que hable? Prefiero mirarte.

—Pues ya me tienes bien vista.

Entonces, contagiándose con aquel acento irritado, contestaba el amante en el mismo tono.

—No lo creas. Necesito verte, porque te encuentro muy cambiada.

—¿Más fea?

—No. Es otra cosa. No me obligues á decirte.

Y como si la reticencia fuera una provocación, erguíase la buscona.

—Dila. Ya la supongo. Hoy vienes de mal humor y quieres pegarla conmigo. Dila, y acabemos de una vez.

—Pues digo... que tienes cara de haber dormido muy poco.

—¿Y qué?

—Y nada más.

Callaban los dos arrugando el entrecejo, bajando los párpados, con todos los pensamientos

encogidos, como retracta el tigre sus garras preparándose para dar el salto formidable, midiendo la distancia que le separa de su presa.

La buscona rompía el silencio.

—Acaba de decir lo que piensas.

—No lo digo. No hace falta. Demasiado lo sabes tú.

Entonces, unas veces la cólera de Rosita Pérez estallaba de pronto, con todas las expresiones duras, fuertes, crueles; otras le increpaba, parecía gozar en el tormento de aquel niño y no saciarse con ninguna de las atrocidades que para este objeto se le ocurrían; unas veces la mujer se mostraba horrible, y otras, según el estado de postración, pedía, suplicaba una tregua; acercábase, no con los puños cerrados, sino con las manos abiertas, mendigando el perdón, se arrojaba ante él y abrazábase á sus piernas.

—¡Nene, nene mío! Por Dios, no me hagas sufrir. No sufras tú. Vamos. Dejemos eso. Yo te quiero. Te quiero á tí solo. Mírame. No quiero á nadie más que á tí.

—Júramelo.

—¡Oh, sí! Te lo juro. ¿Por qué? ¿Por qué quieres que te lo jure?

Miguel la cogía las manos, la obligaba á levantar la cabeza, á mirarle. Luego buscaba en su imaginación la fórmula de aquel juramento. Nada le parecía bastante sagrado, bastante fuerte, y por último:

—Júramelo por el alma de tu padre. Por la salvación de su alma.

Rosita Pérez poníase densamente pálida.

—¿No quieres? ¿No te atreves?

—Sí, Miguel, sí.

—Pues dilo.

—Lo juro por el alma de mi padre.

Bien decía el Sr. Loitia: «¡La juventud! ¡Cuánto cree!»

IX

Sin tener razón ni prueba alguna en que fundar su certeza, Miguel llegó al convencimiento con respecto á la infidelidad de Rosita. Rosita le engañaba. Parecíale esto indudable. Quiso, sin embargo, que sus ojos vieran el daño. En este trance, resolvió lo que resuelven los celos. Se propuso espiar la casa de su querida. Mas como la *señá* Petra, la portera, le conocía, parecióle cosa más práctica tenerla de su parte y solicitar sus confidencias. No hubo más obstáculo sino el de la reserva con que fueron contestadas sus preguntas. Y esta reserva honraba mucho, muchísimo á la interrogada. Porque si bien tomó el duro, un *Amadeo* casi nuevecito y casi reluciente, y no sólo hizo esto por no desairar al joven, sino que lo guardó con otros; es el caso que estos otros procedían directa-

mente de la bolsa del duque de Tres Estrellas, amo y señor á quien había jurado servir la vieja, en atención á una laudable frecuencia en esto de las propinas.

—¡Ayl mire usted, señorito, que yo no sé nada. Aquí entra y sale mucha gente; pero como en la casa hay tres pisos, yo no puedo asegurar que van al piso principal. Porque eso sí, la señorita Rosa será lo que quiera, pero el mismísimo Evangelio es lo que yo digo. Que ella no sale de casa y se pasa la vida entre esas cuatro paredes, aburriéndose de lo lindo, y cuidando á la buena pécora de doña Angustias, que se defiende de morir sin sangre lo mismo que un gato. ¡Y vaya un genio que ha echado doña Angustias! Sí, señor. Parece un gato en una estera. Le digo á usted que su novia, ó lo que sea, ha ganado el cielo con su paciencia.

Y por más que insistió Miguel, todo fué inútil. Cuando la señá Petra se proponía no decir nada, á cada pregunta contestaba con un diluvio de palabras como las que acabamos de leer. Por último, cansada de charlar, díjole con enfado:

—Mire usted, señorito, basta de conversación.

Yo tengo mis quehaceres y los estoy *descudian-do*. Ya sabe usted lo mismo que yo. Es decir, que no sabe usted ná.

Cuando el joven se hubo marchado, la señá Petra, haciendo un ademán indecente, añadió:

—El que quiera saber, que se vaya á Salamanca, que allí se aprende. ¡Miste que tiene gracia!

Y dió un tremendo bofetón al gato que se había subido á la cómoda para dormir, y estaba echado sobre la baraja y á punto de derribar al menor movimiento un *Niño de la Bola*, de barro, pintado de color de carne herpética y escocida.

—No, pues lo que es yo sé lo digo á Rosita para que tome sus precauciones. ¡Vaya con el mequetrefel! Al primer duro que me da, ya quieré que le explique el misterio de la Santísima. Y el otro siempre está con el «tome usted», y nunca pide.

La señá Petra cerró con llave su chiribitil y subió las escaleras, ronqueando, llevándose el reuma como á rastras y dió un fuerte campanillazo en casa de doña Angustias.

—¿Qué quiere usted?—preguntó Aniceta.

—Hija, contigo ná. Pero tengo que hablar con tu señorita de una cosa que le interesa.

—¡Señá Petra, pase usted!—gritó Rosa, saliendo al pasillo al conocer la voz de la portera.—
¿Qué hay? ¿Qué es ello?

Escuchó Rosita con atención é interés toda la confidencia.

—Está bien, tome usted y gracias.

¡Otrò duro! Ya eran dos aquella tarde; dos y la conciencia tranquila.

—Ahora quiero estar sola. Tengo que arreglarme. El duque va á venir de un momento á otro.

—Àdiós, hija mía. ¡Y mucho ojo!

—Vaya usted con Dios y descuide. Ya sé yo lo que he de hacer.

La vieja volvió á salir. Al bajar la escalera no parecía sino que el susodicho reuma lo llevaba á cuestras. Tuvo que pegar otro bofetón al gato. ¡Ah, maldito! Esta vez el *Niño de la Bola* y la baraja estaban en el suelo. La señá Petra recogió primero la baraja.

Rosita quedó reflexionando. Aunque fuese inverosímil, lejos de hallarse contrariada por la

conducta de Miguel, estaba contenta. Ella misma no sabía explicarse tal regocijo. En él era la parte mayor un sentimiento de orgullo y de envanecimiento especialísimo. ¡Pobre nene, cuánto la quería! ¡Cuánto estaría sufriendo! Había en su amor á aquellos dos hombres, algo que es casi siempre en la hembra inherente á todas sus afecciones; algo que en lo femenino lleva á dar la mayor parte de su ser en beneficio del que ve más menesteroso. Entre Mariano feliz y Miguel desgraciado, Rosita empezó aquella tarde á sentir esa predilección con que se preocupan las madres por el porvenir y la vida del hijo enclenque y enfermizo.

Y cuando llegó el duque, elegante, apuesto, generoso, exento de pesares, que no cabían en la plenitud de su amor correspondido; cuando en el gabinete resonaba su voz alegre, y á una insinuación de la buscona resonó también su bolsillo repleto, un bolsillo de malla de plata que cayó sobre la repisa de la chimenea, tirado desde lejos, á lo D. Juan; cuando después hizo-la sentar á su lado, Rosita Pérez, clavando en los ojos del amante antiguo sus miradas curiosas y escudriñadoras, le preguntó de pronto:

—¡Oye! ¿Tú no tienes celos?

—¿Celos? ¿Yo? ¿Y de qué? ¿De quién?

—De mí.

—¡Ah! no. ¡Pues bueno fuera! Ya sé yo que tú me quieres.

Tuvo que volver la cabeza á un lado para que el duque no viera la expresión de soberano desprecio que estas palabras dieron á su rostro. ¡Estúpido! ¡Necio! «Ya sé que tú me quieres.» ¡Lo sabía! Y el otro, Miguel, con más pruebas de cariño, con mayores muestras de ternura, dudaba y sufría por dudar horriblemente. ¡Ah! ¡Los celos! Se tienen cuando se aprecia en mucho el bien que se posee; los celos son el temor constante de perderlo. Eso es amar. Y Miguel era el que la amaba de este modo.

Pensando en esto, estaba mirando el bolsillo, por entre cuyas mallas de plata salían los dorados reflejos de los centenes. El dinero no se da de ese modo, tirándolo así, á lo grande, insultando á la gente con estos aires de rumboso. El duque no conocía la delicadeza. No había más que verlo.

Estaba allí como en terreno de conquista, como un sultán en el cuarto de su favorita. Cual-

quiera pensaría que aquella era su casa. Ahora mismo habíase quitado la levita para estar más cómodo. Comía así muchas veces. Y luego, cuando ella se despertaba á media noche, le oía roncar de una manera innoble. «Ya sé que tú me quieres.» Esta seguridad era irritante. Es la seguridad, el optimismo propio de los tontos. Aquella noche el duque de Tres Estrellas no pudo vencer el influjo funesto de tales comparaciones. No pudo hacer que bajase el platillo de la balanza. Y eso que puso en él, como ya hemos visto, un bolsillo de malla henchido de centenes de oro.

Todo se conjuraba en contra suya. Todos los pensamientos y reflexiones de Rosita le eran adversos. Porque otros tuvo después de los antedichos que le causaron el mayor daño, y fueron éstos relacionados con la madre y el hermano de la buscona. Doña Angustias y Juanito, desde que se reanudaron las relaciones aquellas, vivían como el pez en el agua. Así como en otro tiempo cobraron al duque rencores que ya hemos mencionado, al verlo ahora regresar y con su regreso coincidir el antiguo bienestar que ya iban echando de menos, no cesaban en

sus alabanzas siempre que de estas cosas éralles permitido y posible hablar con Rosita Pérez.

Ahora doña Angustias era la que decía:

—Desengáñate, hija, ese hombre es un ángel.

Y cuando Rosita hablaba del otro, de Miguel, la madre y el hermano encogían los hombros desdeñosamente. Ya no podían engañarles dos veces. Sabían que el amante nuevo era pobre. «Tiene mucho talento», dijo una vez la buscona.

—¡El! ¡Talento él!—replicó amostazado Juanito, el parroquiano de todos los cafés.—Quita, por Dios. ¡Un coplero!

Con mucho menos hubiera bastado para que Rosita Pérez, en esta situación de ánimo especialísima, al día siguiente, á la tarde, cuando Miguel acudió á las tres, como de costumbre, la viera desde la calle en el balcón por primera vez impaciente esperándole.

Ella misma abrió la puerta.

—Ven. Ven pronto. Tenemos que hablar de muchas cosas y seriamente. Muy seriamente.

¿Cómo se decidió á confesarlo todo? ¿Cómo tuvo valor bastante? ¿No temió perder para siempre aquel cariño, ahora que cifraba en él toda su vida? ¡Ah! Es que en lo más íntimo de

su ser, una especie de presentimiento que tuvo en ella algo de inspiración, la gritaba:— «¡Ten esperanza! No lo pierdes. Por eso no lo pierdes. Es tuyo. Te ama. Lo que tú has hecho ha sido sacrificarte al vicio, como otras se sacrifican á la virtud. Tú no eres una buscona. Eres una víctima de la busconería. Él lo comprenderá. Ese niño vale más que todos los hombres. Precisamente por eso. Porque es niño. Háblale. Confía. ¡Ten esperanza!»

Le hizo sentar en una butaca y se sentó ella en el suelo, delante de él, junto á él, entre sus rodillas, y mirándole intensamente, como no le había mirado nunca, empezó en estos ó parecidos términos:

—Sé que tienes celos. Sé que sufres mucho. Pero es preciso que sufras más, nene mío; es preciso que lo sufras todo de una vez, para que luego puedas recibir una grande alegría, sin que la felicidad te vuelva loco. Después de lo que voy á decirte me resigno á lo que tú quieras hacer de mí. Si me desprecias, será porque no comprenderás, ó porque yo no sabré explicarme. De todos modos, lo que quiero yo es una cosa, convencerte de una cosa. De que no de-

seo más que tu dicha y la mía; nuestra dicha. De que desde hoy no vivo más que por tí y para tí. Ya me ves, estoy exaltada, estoy nerviosa, casi no sé ordenar las ideas; pero es mejor que salgan así, como se me van ocurriendo, no como ideas, sino como sangre que brota de una herida á borbotones. Cuando salga toda, podrás ver el corazón. Escucha, ¿me perdonas? Yo te quiero con toda mi alma, más que á mi vida. Yo presiento que no puedo querer á nadie más que á tí. Y mira, me expongo á perderte. Pero lo prefiero á engañarte. Óyeme, no me mires con esos ojos. No te asustes, no estoy loca, no. Estoy enamorada. Te quiero tanto, que ahora mismo dejaría de hablar para besarte. Y eso que el hablar es preciso. No, no me interrumpas. No quiero callar. Tengo que decirlo todo de una vez ó no lo digo. Yo no soy lo que tú te figuras. En la fonda del Retiro te engañé. Fui cobarde porque te quería. Pues bien, ahora te quiero más y seré temeraria. No vivimos mi madre, mi hermano y yo de nuestra pensión. Ellos viven de mí. Mi madre y mi hermano, ¿sabes?, mi madre y mi hermano viven á costa mía. Tú eres muy joven; empiezas á vivir ahora; no pue-

des comprender que haya una madre como la mía. Pues ahora mismo, ahora mismo si yo me quedase aquí muerta de repente, con la vergüenza de estas cosas que te estoy diciendo, ¿sabes lo que haría mi madre? ¿Llorar por mí? ¡Qué disparate! Llorar por ella, tocarme por todas partes para ver si estaba bien muerta, para convencerse de que ya no me quedaba un soplo de vida. Porque si me quedaba uno solo... esto que voy á decirte es un horror, pero es verdad. Si me quedaba uno solo, mientras durase mi agonía, iría ella misma á buscar á los hombres diciéndoles alegremente: «Daos prisa. Todavía siente, todavía su cuerpo se estremece y su corazón palpita. Venid; dentro de una hora tal vez no lleguéis á tiempo. Aún podéis gozar. Venga, venga el precio de ese goce.» ¿Estás aterrado? Lo comprendo. Yo digo lo que debo decir. ¿No lo crees? Escucha, puede ser que exagere, puede ser que mi madre no hiciera nada de esto, pero no importa. Este no será su retrato fiel, será menos monstruoso; pero que hay monstruosidad, no lo dudes. Se le parece mucho. Tienes celos. Lo sé. Sé que me espías. Me lo han dicho. No quiero que hagas eso. ¿Para

qué? Es inútil. Yo te lo voy á decir todo. Te lo voy á decir, aunque me cueste tragarme las lágrimas que ves asomar á mis ojos y que no llegan á salir, porque no quiero llorar sin hablarte. Es verdad. Otro hombre viene á esta casa. ¡Otro! No me preguntes cómo se llama. No te lo dije en la fonda del Retiro, ni te lo diré aquí. Sí, es ese mismo que tú piensas ahora. Es mi antiguo amante. Viene y paga. Paga y se va. ¡Es rico! Es el hombre que me sostiene con este lujo. Es el favorito de mi madre y de mi hermano. Es todo lo que hay que ser para que yo no le ame. A tí, á tí solo; tú eres mi vida y mi alma. ¡Oh, qué horrible es esto! ¿Por qué no me miras? ¡Cómo estás sufriendo! Yo también sufro mucho. No puedo, no puedo seguir hablando. ¡Dios mío! No me cojas las manos. Déjame, déjame llorar un poco. Que me desahogue. Pero no me digas nada mientras llore. No quiero oír tu voz hasta luego, hasta que acabe, hasta que lo sepas todo.

Y Rosita dejó caer su cabeza en las rodillas de Miguel.

Lloró con grandes gritos, que procuraba sofocar; con terribles convulsiones, que su ener-

gía dominaba para que no terminasen en desmayo.

—Vamos, Rosa, vamos. Tranquilízate. Basta —decía el sin ventura de vez en cuando.—No hables más. No me digas nada. Hoy ya no puedes. Mañana...

—¡Ah, no! Mañana no—exclamó irguiéndose, enjugando sus lágrimas de tal suerte, que no parecía sino que luchaba con ellas á puño cerrado.—Mañana, no. ¡Hoy! Hoy mismo. Ahora mismo.

/ Dicho esto, reemplazando su pasada exaltación con un acento tan triste, que sus palabras, al salir, sonaban á quejidos de enfermo.

—Voy á decirte lo que falta. Quiero ser sincera en todo. El día que te encontré en la calle, el día que viniste, ibas á darme dinero al salir de aquí. ¿Te acuerdas? Y yo no quise tomarlo. Hice mal. Debí decirte como á todos: «Paga.» No lo dije, porque aquella tarde empecé á quererte de tal modo, que necesitaba que tú me quisieras. Hubieras pagado, pero quién sabe si no hubieras vuelto. Conseguí lo que me proponía. Me has querido. Yo estoy orgullosa de ser tu primer amor. Pues bien: cuando te

fuiste, salí yo casi detrás de tí. Iba á buscar otro hombre que me diera las monedas ofrecidas por tí. Rechacé las tuyas, pero las de otro cualquiera las tomaría. En la calle, después de tus abrazos, sentí que esto era imposible. Todo mi ser se resistió. Entonces empené mi sortija, porque volver sin dinero era más imposible todavía. Hacía falta. Traje lo que me dieron. Y me acosté contenta en la soledad de mi lecho, pensando en tí y esperándote á la mañana. Así nació mi cariño. Así empecé y sigo queriéndote. No, no me lo agradezcas. Lo hice por mí. Gozaba yo en hacerlo. Después hice otras cosas. No quiero contártelas. Son horribles, tan horribles, que cuando supe la vuelta á Madrid de ese otro, de mi antiguo amante, fuí á su encuentro y lo consideré como un salvador. No me preguntes más. Figúrate lo que quieras. Todo lo que te figures, todo es verdad. Por eso no tengo fuerzas para decírtelo. Ahora habla tú. Habla tú, por Dios. Y si vas á decirme que he perdido tu cariño, que te he perdido para siempre, entonces no hables, calla. Calla y vete.

Así terminó la mujer. Seguía sentada en el suelo, delante de él, junto á él, entre sus rodi-

llas, como una esclava. Mirábala el joven, y á pesar de aquellas últimas amonestaciones, ninguna frase pronunciaron sus labios. En cambio sus manos crispábanse nerviosas. ¿Qué sentía? Un dolor agudo en la nuca, una opresión en el pecho, un ahogo en la garganta. No podía hablar. Sólo articuló trabajosamente una petición:

—¡Aire! ¡Abre ese balcón, que entre el aire!

Y ella, juntando las manos:—«¡Oh, Dios mío, cuánto daño te he hecho! ¡Cuánto sufres!

Luego se alarmó. Se puso de rodillas para estar más alta, para llegar á tocarle la frente con la mano. Y al notar el calor febril en su palma:

—¡Vida mía! ¡Vas á ponerte malo! ¡Por Dios! ¿Qué quieres? ¿Quieres algo?

Extendió el brazo, cogió del tocador una botella de cristal azul.

—Toma, mi bien; toma esto. Es azahar. Agua de azahar. Anda. Un sorbo, un poquito. Es lo que yo tomo. Te aliviará. Llorarás, porque eso es lo que tú tienes, que no lloras.

—Deja, déjame. No quiero llorar. Esto se me va pasando poco á poco. No me digas nada.

É hizo aspiraciones fuertes para dar entrada á una gran cantidad de aire en los pulmones.

Rosita, en silencio, veía sufrir y respetaba lo que veía.

De pronto el joven se levantó. Sus facciones tenían una expresión dura, cruel, la expresión que debe amoldarse al rostro de un malvado en el momento de cometer el crimen.

—¡Adiós! Me voy.

Le contestó ella con un grito desgarrador, delirante:

—No, Miguel. No, no te irás así. No quiero que te vayas. Por tu madre, Miguel; por tu madre que está en el cielo. Por lo que más quieras. Dime algo. Contéstame. No me dejes así. ¿No me ves? ¿No ves que estoy loca? No...

Y arrastrándose, se abrazó á los muslos del hombre, que seguía de pie; se abrazaba allí como á una cruz el mártir; y con un hipo que no dejaba salir más palabras, siguió diciendo, en voz ronca de sollozos, con desconsolador estribillo:

—No... no... no... no...

—¡Suelta! ¡Déjame!—decía Miguel al principio, furioso por aquellos lazos que le sujetaban, casi disponiéndose para una lucha á brazo partido. «¡Suelta! ¡Déjame!» siguió diciendo; pero

aquel monosílabo de la mujer tenía la insistencia de la gota de agua sobre la roca. «No... no... no... Miguel... no...» Era más dominador que el llanto, más poderoso, más incontrastable, irresistible. Llegó un momento en que el joven no se hubiera marchado, aun teniendo libre la salida y libres también los movimientos. Sólo con seguir ella delante de él á sus pies y pronunciando la misma palabra, que tenía todas las elocuencias, porque prescindía de todas, hubiera hecho lo que hizo.

Sentarse de nuevo, ó, mejor expresado, dejarse caer en la butaca.

—Bueno. Calla. Ya no me voy. Calla.

Estaba vencido, resignado, accediendo á todo y sin fuerzas para oponerse á nada. Como ensordecido y mareado por la misma palabra repetida siempre.

—¡Oh, vida mía, nene mío, cariño mío!—suspiró entonces la buscona, no encontrando más dulzores en el habla castellana.—¡Miguel, Miguel! Tú no sabes lo que yo hubiera hecho. Si llegas á salir, ¡te lo juro! acabo de una vez. No puedo más, mi alma; estoy desesperada. ¡Qué vida, Dios mío, qué vida!

Cayó en sus brazos. No le besaba, le mordía. No le abrazaba; dijérase que trataba de ahogarle.

Él se sintió como envuelto en estas caricias, como inundado por aquellas lágrimas; y durante largos años, mientras vivió, siempre recordó aquella escena, la más culminante de sus amores, nublada y confusa, porque es lo cierto que entonces, en aquel momento, no vió nada, nada más que los ojos y la boca de Rosita Pérez, ni sintió otra cosa sino el calor de aquel adorado cuerpo que parecía entrar en el suyo.

X

—Sí. Ayer te dije eso, es verdad; pero no fué para tomar resoluciones de ningún género. Fué para que lo supieras, para que estuvieses tranquilo, para darte la seguridad de que yo no quiero á ese hombre, de que te quiero á ti solo. Y eso ya lo sabes. Ya tienes pruebas de ello.

—¿Que lo sé? ¿Que tengo pruebas? Ninguna. Absolutamente ninguna. La primera que te pido es natural, lógica. Es mucho más. Si tú me das esa prueba, yo te prometo, en cambio, no ir á buscarle, no batirme con él.

—¿Batirte? ¿Y él qué culpa tiene? No seas chiquillo. La culpa es mía. La culpa es del dinero, la culpa es del pan que hay que comer y de la casa en que hay que vivir. Pon estos deberes á una parte, y de la otra mis únicos recursos para cumplirlos: mi hermosura y mi juventud. Ya ves

que no puedo ser más sincera. Cada una de estas cosas que te digo te alejan de mí, me hacen perder tu cariño. Tu cariño, Miguel. ¿Tú sabes lo que es eso, mi alma?

—Pues aunque no tenga la culpa, esperaré aquí á que venga; puesto que no quieres decirme quién es, ni dónde vive, esperaré á que venga para disputarle tu amor y tu cuerpo cara á cara, de una vez, con cualquier arma ó con las manos. Pero lo que yo no acepto es la medianería, la partición. Él ó yo.

—Tú. Tú. ¡Nada más que tú!

—Pues entonces, ¿por qué no se lo dijiste anoche? ¿Por qué no quieres decírselo hoy? ¡Que se vaya! ¡que no vuelva! Yo no creo en tu cariño, no creo en nada, como no sea de este modo. Él ó yo—tornó á repetir, porque el exceso mismo de razones no daba espacio á las palabras.

—Tranquilízate. Tú no harás eso. Tú no le esperarás aquí, Miguel mío. Yo le diré que se vaya, y se irá. Tú no tienes que verle. No tienes que saber quién es. Te repito que él no te ofende. Aquí la ofensa es mía y ya la perdonaste. Vamos. Venciste por fin.

—Y... ¿se irá?

Entonces ella, tristemente, repitió como un eco, afirmando lo que Miguel preguntaba:

—Se irá. Desde hoy mismo, si quieres, las noches serán tuyas. Las noches y los días. Aquí no entra ya más hombre que tú. Desde mañana venderé todo esto. Empezaré á vender hasta el último mueble, todas mis alhajas. Viviré con eso y luego, ¡Dios dirá!; no quiero pensar en el porvenir. Por ahora te tengo á tí. Ese es mi presente.

Estas palabras fueron hiriendo rudamente la imaginación del joven. Eran la fórmula del sacrificio. Eran el programa de toda la trágica ceremonia, desde la salida de la res coronada de flores, su marcha triunfal hacia la muerte, y luego la cuchilla del sacerdote hundiéndose y abriendo las arterias del cuello.

Guardó silencio, nada más que el tiempo preciso. Después, tímidamente, con la misma timidez que experimentó el primer día, cuando no llegó á sacar del bolsillo los cuatro duros que parecieron exiguo pago de las caricias recibidas, acercóse á Rosita como el amante pobre, como lo que era, y ofreció su dinero, su sueldo, los míseros quinientos reales que ganaba en la

redacción. Los ofreció avergonzándose. Dijérase un mendigo enamorado de una reina, que no pudiendo dar nada como obsequio del amor que siente, entra en palacio, se acerca á la regia cámara y pone sobre el cofrecillo de las alhajas todo aquello que pudo comprar con la limosna. Un ramo de violetas frescas y recién cortadas. Un florón arrancado á la corona de la naturaleza. Cuesta un real. No brilla, pero tiene color y perfuma.

—No tengo más. Por ahora no gano más que esto. Debes aceptarlo. Es tuyo. Lo exijo. De otro modo no puedo yo consentir..

Le interrumpió:

—Cuidado, Miguel, cuidado. ¿Qué ibas á decir? Mira bien lo que yo soy y lo que tú eres. Por degradada que esté, palabras hay que me degradarían todavía si tú las dijeras. Lo tome ó no lo tome, nunca será como precio de nada, porque entre los dos desde hoy no puede haber eso.

—Pero yo quiero... yo debo...

—¡Tú quieres! ¿Y el qué quieres tú? ¡Ah, niño, niño! ¿Dónde te figuras que estamos? En la tierra. En la realidad. Viviendo. No sueñes. ¡Tu

paga! ¡Tu dinero! Desde hoy no vuelvas á decirlo. ¿Sabes la gramática mía? Pues en mi gramática, señor escritor—añadió, contrastando el gracejo elegante de la frase con la amargura del tono,—no hay tuyo ni mío. No existe el singular. Se dice *nuestro dinero*, por una razón muy sencilla, porque también se dice *nuestro amor*. ¿Estás contento ahora? ¿Quedas satisfecho?

De esta manera aceptó Rosita Pérez, habiendo más mérito en la aceptación que en la oferta. De esta manera, al llegar la noche, se separaron. Aquella fué la primera vez que los dos amantes hablaron de intereses.

—¿Vendrás esta noche? ¿Te espero? Puedes venir. Estaré sola. Descuida. Yo no tengo más que una palabra. Desde hoy, ya te lo he dicho, tuya y nada más que tuya.

Vacilaba. Estaba indeciso, irresoluto. ¡Su padre! ¿Cómo podría justificar esta ausencia de una noche entera pasada fuera de su casa?

—Anda. Decídete. ¡Dí que sí!

—¿Y el periódico?—contestó.—Ya sabes que se escribe de noche.

—¡Oh! esta noche... no vayas. No escribas... es la primera... ¡la única tal vez!..

—Pues bien, sí. Espérame. ¡Vendré!

Quedó sola nuestra heroína. Quedó sola esperando la llegada del duque de Tres Estrellas. Esperando el peligro. La catástrofe. ¡El drama! Deseaba cuanto antes terminar con todos aquellos sufrimientos. Temía no tener el valor necesario para llegar hasta el fin.

Lo tuvo. Nuevamente hubo en el gabinete una escena que debió ser mucho más terrible que las habidas con Miguel, á juzgar por la acalorada disputa que las voces delataban. La que habló más alto fué Rosita. La madre y el hermano prestaban atento oído desde el comedor, donde esperaban á que terminase aquello para empezar la comida. Dos días, dos días, en los cuales *esa perdida* no cesaba de disputar con sus amantes.

—¿Qué tiene? ¿Qué la ha dado?

Una vez llegaron á oír. Era Rosita la que hablaba:—«Hago lo que tú hiciste conmigo la otra vez. Donde las dan, las toman.» Tras estas palabras se oyó un gran ruido. Luego la misma voz dijo con ira y con sollozos:—«¡Infame! ¡Cobarde! ¡Vetel!»—Contestó el duque. Parecía suplicar, desesperarse. Por último, oyéronse pasos

por el corredor. Se abrió la puerta de la escalera. El duque se marchaba. No comía allí aquella noche. Madre é hijo miráronse consternados, sintiendo redoblarse su curiosidad. Esperaron la entrada de Rosita para saber algo. Pero Rosita no comió con ellos. Comió sola, encerrada en el gabinete aquel, bautizado por Juanito con el nombre de *La caja de los truenos*.

Miguel llegó á las nueve. Encontró á su querida esperándole, pero acostada ya.

—¿Estás mala?

—No. Mis malditos nervios. Pero ya se me pasará.

El joven no preguntó nada. La encontró sola en libertad de entregarse á todas horas: ¡suya, suya únicamente!

Se acercó más al lecho. Entonces vió que tenía, como producido por un golpe brutal, un rosetón en la mejilla.

—¿Qué es eso?

—No sé. Pero siento calor ahí. Puede ser un poco de erisipela. Acuéstate, cariño, aunque sea temprano. Estaremos sin dormir. Pero estaremos á obscuras. La luz me hace mucho daño. Me duele la cabeza. No puedo abrir los ojos.

Entre tanto, en el café Suizo decía el Sr. Loitia á sus amigos:

—Es demasiado trabajo el que tienen los periodistas. Mi hijo ha tenido que salir esta noche mucho más temprano, porque parece que hay crisis y van á escribir artículos de sensación.

—¿Hay crisis? Mire usted lo que son las cosas.—contestaron en *la mesa de los padres*;—nosotros no sabíamos nada, ni lo indica ningún otro periódico.

—Pues es cierto. En cuanto comió se fué. Ya ve usted si mi hijo, como periodista, estará enterado.

Y la conversación se animó. Hablaron de política hasta las doce, hora en que todos regresaron á sus casas.

El Sr. Loitia, en cuanto se acostó quedó dormido. Había charlado mucho, recordando los tiempos en que él también hacía política. La política de Luis Sartorius, de su discípulo de Sevilla. ¡Qué tiempos! Entonces escribía famosísimos artículos Lorenzana; Correa era gacetillero; Albareda y otros ingenios publicaban *El Contemporáneo*. La política se tomaba más en serio. Los que pertenecían á distintos bandos casi

no se saludaban. La enemistad, la riña de unas opiniones con otras llegaba á ser á veces enemistad y riña en el trato social. Pues, ¿y los gobernadores? No, sino que no había más que decir un ministro, «hágote gobernador», para que el gobernador fuera hecho. Entonces se hilaba más delgado. Entonces no iba á mandar ninguna provincia cualquier chisgaravís de poco fuste.

Despertó á las cuatro de la madrugada, porque se durmió con este cuidado. Prestó atención á los ruidos extraños de la noche. Se oía el péndulo del reloj. «Tic-tac... tic-tac.» La respiración de Amparo en la habitación inmediata, y de vez en cuando un sacudimiento de plumas, con lo que volvía á esconder su cabecita para semejar una bola amarilla, el canario que dormía en la jaula. «¿Habrá venido Miguel? Habrá entrado sin que yo le oyera.» Permaneció un gran rato escuchando. Nada. Siempre lo mismo. El reloj dió una campanada. ¡Las cuatro y media! Era imposible que Miguel no hubiese regresado. Quiso quedar convencido. Se levantó, y, como todas las noches, salió al pasillo.

La puerta de la habitación de su hijo estaba abierta de par en par. Entró. ¡Era tan distraído,

que se había olvidado de cerrarla! Pero sus ojos se quedaron fijos. La cama estaba intacta. Miguel no había vuelto.

—¡Julia!... ¡Amparol!...

Apenas gritó estos nombres, sintió que las rodillas se negaban á sostenerle; un vahido, un desvanecimiento de la vista, una punzada en el corazón. Tuvo que caer desplomado allí, delante de aquella cama abandonada.

XI

A las ocho de la mañana se levantaron los dos amantes. Miguel se vistió de prisa.

—Que vengas luego. A la tarde. Después de almorzar.

—Descuida.

Iba preocupado.

Llegó á su casa cuando el médico salía.

—No es nada, hijo, no es nada. No ha sido nada; no te asustes. Ya se me pasó. Sólo me queda esta mano un poco hinchada y torpe. Sin duda al caer, caí sobre ella y yo peso mucho. Peso tanto, que ya ves, cuando me dió el vahido fué aquí. Venía yo á buscar no sé qué cosa, y ¡cataplúm! al suelo. Pues entre Julia, Amparo y la criada, que también se levantó, entre las tres no pudieron llevarme á mi cuarto. Y aquí

me tienes. En el tuyo. En tu cama. Ya estoy tan ricamente. El médico ha dicho que me levante. Pero ¡yo tengo una pereza!...

Procuró sonreír, pero le fué imposible. Miguel había palidecido, y estaba allí, escuchando aquella explicación sin atravesarse á preguntar nada, contentándose con los detalles que le tranquilizaban.

—Yo no he venido esta noche...—articuló por último.

Pero el Sr. Loitia no le dejó concluir.

—Sí; ya supongo... por el periódico... por la política... estarás rendido... se te conoce en la cara... has velado... acuéstate, si quieres.

Y con trabajo la môle de carne se incorporó.

—¡Vaya!... en seguida te harán la cama de nuevo.

—No, no. No tengo sueño.

—Como quieras. Yo de todas maneras me levanto.

El joven iba á salir.

—No te vayas. Espera. Cierra esa puerta. Estate aquí mientras yo me visto.

Rápidamente, al quedarse los dos solos, el padre dijo lo que hasta entonces había ocultado.

—No vuelvas á engañarme. No lo intentes, porque no lo consigues. Ya te lo rogué una vez. Yo no quiero respetos tuyos que pueden confundirse con el temor. Quiero cariño. Quiero ser tu mejor amigo. Ya ves. No trato de reñirte. Eso se acabó ya.

Miguel bajó la cabeza.

—No trato de reñirte, pero deja que lo sienta con toda mi alma. ¡Hijo, esa mujer te ha vuelto loco. Haz lo que quieras. Ya eres un hombre y mi oposición no serviría de nada. Haz lo que quieres: haz tu desgracia y la mía. Yo espero no sé qué. ¡Un milagro! que Dios te ilumine. Que se te caiga esa venda de los ojos. Y si esto no sucede, lo que no consiga mi pesar, no lo puede lograr mi enojo. De todos modos, hagas lo que hagas, quiero que me lo consultes todo, quiero estar yo á tu lado, quiero vigilarte, porque en tu caso, en tu situación me necesitas para que yo te salve del peligro en que estás. No lo dudes. Estás en peligro de perder dos cosas. Las únicas que hoy posees. La inteligencia y la dignidad.

Irguióse el hijo. Iba á hablar, á dar una réplica, á interrumpirle con una protesta dicha sinceramente, pero no profundamente sentida.

—Cállate, es inútil. Sé lo que vas á decirme. Tú lo crees ahora. Quiera el cielo evitarte la experiencia de lo contrario. Ya estás en la pendiente y tienes que seguir. Por primera vez no has dormido aquí, en tu casa, y ¿quién sabe? Empiezo á perderte. Ahora son las noches, dentro de poco serán las noches y los días. Yo viviré poco, pero por de prisa que venga la muerte, más pronto y más rápido va siendo este cambio. Tú no esperarás. Te irás de esta casa, y estarás muy lejos; no podrás llegar á tiempo para verme morir y cerrarme los ojos.

—¡Por Dios, padre!

—¿Qué? Estas cosas que digo entristecen. Tienes razón. Hoy no debemos pensar en el mañana. Quiero que mis sentimientos vivan al día. Hoy tengo hijo. Hoy me lo dejan. Estás conmigo. Has venido. Celebrémoslo. Ea, no se hable más de este asunto.

Y mientras acababa de vestirse, se complacía en que Miguel le ayudara.

—¡Estoy tan gordo, hijo, que no puedo hacer muchas cosas!—Y el hijo, arrodillándose ante él, le puso las botas, los pantalones, luego le abrochó el cuello de la camisa.

—Oye. Julia y Amparo no saben nada. Creen que has estado en la redacción. No se lo he dicho. ¿Para qué? Esto ya hemos convenido en que son secretos tuyos y míos. Las mujeres, ¿sabes? no pueden comprender á veces. Y á lo mejor, con su exaltación romántica, lo echan á perder todo.

¡Iluso, iluso hasta en esto! ¡Que no lo sabían! ¡Que no! Pues si él no lo dijo, debieron enterarse de algún modo. Escuchando detrás de las puertas. Porque es lo cierto que cuando Miguel dejó vestido al Sr. Loitia y salió al corredor, en lo obscuro de éste encontró una mujer que le detuvo, y apretándole el brazo con fuerza nerviosa, dijo estas cuatro palabras en voz baja, con ira reconcentrada:

—¡Estás matando á papá!

Era Amparo. Su hermana. No le dió tiempo á contestar. Se alejó.

Pero Miguel tampoco trató de detenerla. Miguel estaba en tal situación de ánimo, que ignoraba á punto fijo si era alegría ó tristeza. Sentía las dos á la vez; alegría, por su victoria, porque como tal consideraba el haber conseguido lo que consiguió de Rosita Pérez. Rosita le amaba con

pasión tan delirante, que sacrificaba por él su bienestar. No otra cosa; Rosita lo había dicho. Rosita no quería al otro, cuya rivalidad y buena suerte sólo debió á su dinero. Despedirlo, confesarlo todo. ¡Qué hermosa estuvo durante aquella confesión! ¡Cuánto trabajo la costaba pronunciar, una tras otra, las palabras que, al oírlas él, debieron desgarrar, destrozar algo de aquello que le dijo su padre que iba á perder! ¡La inteligencia y la dignidad! Aquí daba comienzo la tristeza del joven. ¡La inteligencia! ¿Y por qué la inteligencia? No es cierto el adagio, ridículamente axiomático, de que la pasión quita conocimiento. No lo quita en manera alguna. Pues qué, ¿ignoraba él, acaso, en qué consistía su desgracia? Amaba, y su amor no era la claridad del día, sino el fulgor del incendio. Sabíalo demasiado. El primer beso, el primer sentimiento, impuros los dos, los dos carnales; la mujer querida ¡una buscona! Mejor. Lo prefería así. Nada divino y todo humano. ¡Todo! El placer, sangre; el dolor, nervios; la cólera, bilis; la tristeza, llanto. ¡Mirar á lo alto! ¿No es mejor la tierra? Arriba no hay más que azul. Abajo están todos los colores de la paleta. Una virgen soñadora, un

cuerpo delicado vestido por el pudor y por la túnica. ¡No! Una bacante, suelta y destrenzada al viento la cabellera, desceñidas las vestiduras. Esto es mejor. No ama la boca que no besó á nadie, cuando da su primer beso; ama la que da el último á uno solo. La dignidad tampoco estaba en peligro. ¿Por qué? Hubiéralo estado de seguir Rosita recibiendo el dinero y las caricias de otro hombre. Pero Rosita iba á vender sus muebles, sus alhajas, todo lo que de este hombre aceptó. Iba á vivir pobre para él, para él solo.

Contaba los minutos. Quería volver á verla. Su cabeza no estaba para tantas reflexiones. Vagaba todavía en su imaginación el recuerdo de la noche pasada. ¡Una noche entera! Cuando creyó perderla, cuando estaba resuelto á separarse, juntarse más los cuerpos y las almas, reunirse, soldar más fuertemente la cadena á los pies y á los brazos, con esposas y grilletes. Se contuvo, sin embargo. Supo refrenar su impaciencia, aquietar su afán ante la mirada triste de su padre. De su padre, que con aquellos ojos en que la bondad era toda la pupila, parecía expresar una súplica, mientras que los párpados se bajaban á veces como resignándose de antema-

no á la negativa. «Quédate, que espere por mí —decía toda la expresión;—por ella esperé yo toda la noche.» Y le hablaba de política, de literatura, de periodismo, de cosas que no entendía; hasta hizo conversación de aquella gran mentira de la crisis, y profetizó él, moderado histórico, hombre de confianza de González Brabo, que el gobierno de Cánovas no podía durar mucho, y que este país estaba perdido si no volvían al poder los liberales. ¿Por qué? Si el conde de San Luis, su amigote, resucitara para preguntárselo, no dejaría de contestar lisa y llanamente: «Porque los liberales no son los de mi hijo. ¿Te parece poco?»

Pero no hubo remedio. No se le había ocurrido atrasar el reloj á escondidas del joven. Y cuando más empeñado estaba en entretener á Miguel, variaron de pronto sus resoluciones. El enamorado sufría, se violentaba. «¿No te vas? Anda, hombre, que con mi charla no te dejes, y tendrás hoy muchas ocupaciones.» Balbuceó un «es verdad; tengo que hacer. No me acordaba.»

Y salió apresuradamente para evitar un nuevo encuentro con su hermana en lo obscuro del pasillo. De todo lo ocurrido, lo que más daño-

samente llegó á sus oídos, fué aquella frase, aquellas cuatro palabras: «¡Estás matando á papá!» ¡Qué formidable acusación!.. Le atormentaba una idea mala, persistía en repetirse: «¡Estás matando á papá!» No pensaba en otra cosa. Y en lugar de ir alegremente á la cita de sus amores, iba reflexivo, tardo el paso, y en el corazón había sentido la amargura y el golpe seco de los presentimientos funestos.

Rosita estaba contenta. Le recibió sin quejas por la tardanza. En la vida de nuestra buscona, los acontecimientos motivaban este júbilo, puesto que, después de todo, eran variación, novedad y cambio.

Lo que necesitaba para no sentir el hastío. Tres días llevaba de vivir dramáticamente, de ser personaje principal en aquellos episodios que la parecieron realistas, muy realistas. Porque Rosita era también literata de afición y tenía por un observador profundo al autor de *La Dama de las Camelias*, tomaba por buena toda la pedrería americana de este libro. Y cuando Dumas (hijo) metía el escalpelo en el corazón, se figuraba que estaba operando en una entra-

ña humana, aunque tocándola viese que era de cartón-piedra.

Para nuestra heroína, imitar á *Margarita Gauthier* no era romanticismo. Y aquella decisión suya, aquellos desprendimientos, aquel despedir al amante rico para consagrarse al amor, á la juventud y á la pobreza de Miguel, no era novelesco, sino práctico. *Margarita Gauthier* hubiera hecho lo mismo. En una palabra, consistía el romanticismo de Rosita en no querer tenerlo.

Cuando se marchó el joven por la mañana, hubo en la casa una disputa, una reyerta, casi una riña. Doña Angustias y Juanito habíanse enterado del caso estupendo. La escena fué repugnante. Creyeron fácil intimidarla, ejercer sobre ella el dominio que durante tantos años la tuvo á su merced como una cosa, como un instrumento dócil. Pero esta vez, Rosita se resistió, sacó á relucir energías que nunca la conocieron, y sin discutir, impuso los hechos con cuatro palabras muy bien dichas, como ella sabía decir las.

—Basta. Es verdad. El duque no vuelve porque yo no quiero. Miguel viene porque á mí me da la gana.

—¡Descarada!—gritó doña Angustias.

—¡Respetá á tu madre!—secundó Juanito.

—¡Mi madre! Si pudiera dudarse eso, lo dudaría. ¿Qué ha hecho conmigo mi madre? Que lo diga, que me conteste. Ahora mismo, ¿por qué me increpa, por qué me riñe? Porque me niego á la explotación asquerosa. Yo soy una perdida, pero lo seré menos con Miguel, á quien amo, que con el duque, á quien me vendo. He dicho que no quiero discutir. Me pregunta mi madre qué es lo que pienso hacer y voy á decírselo. Pienso vivir con lo que tengo y con lo que tiene mi amante. Ya está decidido esto entre los que lo tienen que decidir. Entre él y yo, entre los dos. Él tiene ahora poco, pero tendrá más, tendrá lo suficiente. Y os advierto, que si algún día se le antoja venirse á vivir conmigo, conmigo vivirá.

—En mi casa, no—objetó la madre.

—¡Ah! cierto. Puede usted oponerse. Puede usted echarme de aquí. Esta casa la pago yo, pero el contrato y los recibos están á nombre de usted. Puede usted hacerlo.

—Y lo haré.

—Usted lo hará, y yo haré otra cosa. Los muebles todos son míos. Tengo las cuentas ex-

tendidas á mi nombre. Usted se queda con *su casa* y yo con mis muebles. Veremos quién sale perdiendo.

—Tú no harás eso—exclamó Juanito levantándose de la silla, dando un puñetazo en la mesa para imponerse.—Tú no harás eso, porque estoy aquí yo para oponerme. Para defender á mi madre.

—No des golpes, no grites, que no me asustas. Yo no haré eso si mi madre no hace lo que ha dicho. En cuanto á tí, es distinto. En cuanto á tí también he pensado que no tengo obligación ninguna de mantenerte. Eres un hombre. Destinos hay en Madrid, hijo; y si no, arrancas piedras. Conque basta de disputas. Luego vendrá Miguel;—y llamando:—¡Aniceta!

Se presentó al punto.

—Cuando venga *el señorito*, que pase á mi cuarto.

Dió media vuelta y los dejó solos en el comedór. Madre é hijo quedaron aterrados. Juanito no salió. No recorrió los cafés aquella tarde. Estuvieron hablando largo rato.

XII

¡Cuánta razón tenía el Sr. Loitia! ¡Cuánta razón, cuando se expresaba con aquellas tristísimas palabras que escuchaba el hijo sin oponer la respuesta única que tienen y de pie ante su padre: de rodillas es como se escuchan, y pidiendo perdón es como se contestan!

«Hoy no debemos pensar en el mañana. Quiero que mis sentimientos vivan al día. Hoy tengo hijo. Hoy me lo dejan. Estás conmigo. Has venido. Celebrémoslo.»

Tres meses después, Miguel no volvía. El gobernador de los moderados recibió una carta. ¡Una carta! La primera. Nunca se escribieron, porque nunca se habían separado.

Hasta el procedimiento era torpe, era cobarde. Se escribe lo que no se tiene valor para decirlo de palabra. ¡La carta de Miguel! Una carta

absurda, llena de bajezas que sólo se disculpaban con la demencia de quien la escribió. Un hombre de talento acordándose de la desespección suya, y no pensando en la de los demás. Pidiendo perdón y dando puñaladas. ¡Un parricidal Y en los más suplicantes párrafos se adivinaba que la pena estaba lejos de su ánimo, que la precipitación por llegar á la firma, era prisa por encontrar después del último trazo una gran alegría. «No puedo vivir más que con ella. Se ha sacrificado por mí. Me quiere y yo la quiero. No me despido de nadie. No me voy de Madrid. Nos veremos todos los días.» ¡Egoísta! ¡Ingrato! ¡Loco! Pero sobre todo, loco. ¿Quién sino un loco tiene valor para herir de esta suerte? El señor Loitia resistió el golpe, porque ya estaba preparado para recibirlo, porque lo esperaba.

—¡Dios le perdone á esa mujer el daño que me hace!

Siempre lo mismo. Su hijo no era culpable. Era ella. Y por el amor del hijo, quería todo lo más sublime que puede querer la abnegación. Quería que por este amor se salvara. ¡Que Dios la perdonase!

En cuanto al hijo, también tuvo una súplica

ferviente, también hizo un voto al cerrar la carta, al enviarla á su destino. Se acordó de las cuatro palabras famosísimas de su hermana Amparo.

—¡Dios quiera que viva mi padre!

Pero Rosita estaba á su lado para disipar estos temores. Rosita Pérez, casi, casi, desde aquel día podía llamarse Pérez de Loitia. Desde aquel día, desde aquel momento, iban á vivir como marido y mujer. Eso le dijo ella.

—Ya verás qué buena pareja hacemos.

Y luego, como él se entristeciera, como él se apurase al considerar los pocos recursos con que para vivir contaban:

—No importa, Miguel mío, no importa. Seremos pobres para ser felices.

Como estas frases tenía muchas Rosita, la enemiga del romanticismo.

Al principio todo se convirtió en motivo de fiesta. Era una diversión cada vez que se acababa el dinero y tenían que vender ó que empeñar algo. Había mucho. La casa estaba bien surtida *de todo cuanto Dios crió*. Si era venta, se recorrían las tiendas de muebles usados. Si empeño, las casas de préstamo. Salían los dos alegres como si fueran de compras. Buscaban el

sitio donde les dieran la mayor cantidad. Cobrada ya, jamás dejaron de celebrar el negocio de algún modo. Aunque no fuera más que con una caja de dulces. En cuanto á la vida, era fácil, cómoda, y con esta nota de bohemia, tenía grande encanto. Miguel iba á la redacción á las diez de la noche, excepto alguna que otra, en que el regocijo era mayor, porque en el periódico se recibían localidades de todos los teatros de Madrid, cuyas localidades se repartían los redactores por riguroso turno, y cuando éste era el de Miguel, al recibir las dos butacas de ordenanza y de costumbre, daba un salto de gozo.

—Mira. ¿A que no sabes para qué teatro son?

Pero la buscona ya las conocía por el color de los talones, y nunca los escondía él con la debida presteza.

—¡Ah! Sí. Ya las he visto. Son para el que á mí me gusta. Son verdes. Para Eslava.

Se daban las disposiciones oportunas. Aniceta apresuraba la comida, porque había que comer más temprano. El teatro era la diversión favorita de Rosa. Le gustaba el teatro por el teatro, por la comedia ó el drama que representaban; no iba por la gente, por los espectadores;

no iba como va la mujer, sino como el niño. No quería perder ni la primera escena. Desde que estaban las localidades en su poder, era el suyo un regocijo infantil lleno de impaciencia. «Me vestiré ahora mismo. Y tú también. Comeremos vestidos. Hoy no tomamos café á los postres, ¿entiendes? Hay que llegar á tiempo. La función empieza á las ocho y media.» Y buscaba *El Imparcial*, al que continuaba suscrita por ver los títulos de las obras que se ponían en escena. Por los títulos quería adivinar la bondad de las producciones. Gustábala más la risa que el llanto. Llorar en el teatro constituye una diversión para los que no derraman muchas lágrimas en la vida real, para los seres felices. Prefería las funciones por horas, los sainetes, y hasta llegó á tener sus autores predilectos. Ricardo de la Vega figuraba á la cabeza de todos ellos; Luceño, Mariano Barranco, Estremera, Vital Aza, Miguel Echegaray, esos, esos eran los que sabían escribir en concepto de Rosita Pérez, y como se ve, no era un concepto erróneo, y pronunciaba sus nombres tal como acabo de escribirlos, sin merced ni señoría, tal como los oía en boca de su amante, que en su calidad de periodista literato, adoptó

estas familiaridades del oficio acostumbradas para todo personaje. Por la calle iba de prisa, irritábase cuando Miguel se detenía á comprar cigarros, y después de comprados á encender uno. «Vamos á llegar tarde.» Eran siempre los primeros. Tarareaban las sinfonías de cada coliseo, porque ya las conocían, hasta el punto de decirle el uno al otro: «Eso que estás silbando es la sinfonía que tocan en Variedades.»

Una vez en las butacas, los ojos de Rosita Pérez no miraban más que al escenario. Se quejaba de la duración de los entreactos. Aquella naturaleza enferma tenía sus predilecciones por la comedia, que demostraban el exquisito gusto y el sentimiento maravilloso de la belleza-verdad. No sabía dar razones críticas, pero el drama lo encontraba falso, y Echegaray antojábasele un autor de poco valer. «¡Oh! los versos, sí. Sus versos me gustan. Pero lo demás no tiene mérito.» «¿Y por qué? ¿Qué sabes tú?»—replicaba Miguel.—«Es verdad; yo no sé nada; pero mira, sé lo que son las pasiones, y yo te digo que eso no lo sabe como debiera saberlo tu autor dramático.»

Todos estos comentarios se hacían siempre á

la salida del teatro. Rosita acompañaba á Miguel hasta cerca de la redacción. Allí metíase en un coche que la llevaba á su casa. «Que acabes pronto, ¿eh? Y si estoy dormida, me despiertas.» Nunca tuvo que hacerlo. Noches hubo que el exceso de trabajo hízole regresar á las cuatro de la madrugada. La encontraba despierta esperándole. Contaba lo que había escrito, porque ella deseaba saberlo, y así llegó á estar muy enterada de la política y la gustaba mucho. Esa política menuda de personalidades y de chismes, la política nuestra, la española, antojábasele hecha por mujeres y para mujeres. Leía los extractos de la sesión, y cuando dos diputados se insultaban, sorprendíase en extremo de que no se batieran. A las diez, cuando oían el conocido grito del vendedor de flores, despertaban siempre; pero no se levantaban hasta las doce dadas. No iban al comedor, allí mismo, en el gabinete, tomaban su almuerzo, una tortilla, un poco de carne asada, una taza de café con leche, una taza grande, humeante, en la que mojaban sendas rebanadas de pan tostado con manteca. Y nada más. Eran pobres y no tenían para otros lujos; dijérase que estaban tomando

la pobreza como cosa de juego y risa, á juzgar por el apetito y la alegría con que empezaban y terminaban esta primera comida.

Vestíanse luego; si el día estaba hermoso, si no amenazaba lluvia, y juntos, muchas veces del brazo, como dos recién casados jóvenes, íbanse á dar un paseo por los sitios en que había poca gente, por el Campo del Moro, por las alturas de Fuencarral, en dirección al Depósito de Aguas, aun cuando este itinerario no les gustaba mucho; era triste, veían siempre los cementerios, y en cambio, en las umbrosas alamedas del Retiro, en las que están más lejos del paseo de coches, perdíanse sus pasos haciendo crujir la menuda arena, y sonaban á veces bajo los árboles, en los sitios más escondidos y solitarios, sus carcajadas y sus besos. Estaban allí hasta muy tarde, y entonces Rosita cantaba con su hermosa voz de contralto, su voz que era como sus sentimientos, hermosa, pero no educada ni bien dirigida, cantaba los *couplets* de los sainetes, las arias de las zarzuelas, todo lo que oyeron los dos yendo gratis á los coliseos con las butacas que regalaban á la redacción.

En la vida de Miguel no había más que un re-

mordimiento, una sombra que se interponía á veces como una nube para quitarle todo aquel sol. Esto sucedía siempre que se acordaba de su familia. Algunas noches, no pudiendo resistir al deseo de ver á su padre, simulaba tener trabajos urgentes y apremiantes en el periódico, adelantaba la hora de salida. Íbase á las nueve. «¡Dios mío, si estará mi padre enfermo! Hace dos días que no le veo. No sé nada.» Entraba en el café Suizo. No; no estaba enfermo. Allí estaba. Donde siempre y con los de siempre. En *la mesa de los padres*. Pero, ¡qué cambio! Ya no se leía allí el artículo de Miguel. El Sr. Loitia, rodeado de sus antiguos amigos, descubierta la cabeza, cuya calva reluciente y limpia veíase desde todas partes, no era ahora el que *llevaba la batuta* en las conversaciones. Los otros hablaban procurando distraerle, y él escuchaba á veces sin oír, pensando sólo en una cosa, volviéndose de vez en cuando para mirar á la puerta de entrada. «Ahí viene.» Y los amigos callaban, dirigían todos la vista hacia el mismo sitio. Ya sabían quién era el que venía. El hijo, el hijo ingrato que iba al café á ver á su padre. «Siéntate. Toma algo.» ¡Qué emoción en la voz! ¡Qué manera de decir

estas palabras! Miguel sentíase turbado, conmovido. «¿Qué haces? ¿Trabajas? ¿Ganas mucho?» «Sí, sí. Bastante. Pero, ¿y usted, papá? ¿Cómo está usted?» «Yo... bueno, muy bueno. No siento nada. No me duele nada. La mano, ¿sabes? Eso es lo que me molesta. Está muy torpe. No muevo bien los dedos desde la noche de la caída. Pero, ¿cómo no has venido? Dos días. ¡Hace dos días, hijo! No te acuerdas de mí.» Y luego con mayor súplica, bajando la voz: «Cuando no te veo, me figuro lo peor. Si caes enfermo, ¡por Dios! vuélvete á casa.» A veces no podía resignarse. Entonces íbase con él á otra mesa para que no le oyeran. «Vamos á ver, eso es una locura. Espero que se te pasará muy pronto. No es decente, no es decoroso. Me estás poniendo en ridículo. Y tú pierdes. Tú pierdes mucho. ¡Vivir con una querida! Ya me lo dicen. ¡Qué lástima! Te desprestigias. Nadie lo ha visto bien. Estabas en muy buen concepto.» Pero el joven resistía, porque aquellos mismos reproches tenían el sello de la debilidad de carácter de que adolecía el gobernador de los moderados para con su familia. Volvía con la resistencia del uno la resignación del otro. «¿Necesitas algo? Ya sa-

bes que yo no puedo darte mucho. Pero no te apures. No pases angustias. Siempre acude á mí, antes que á nadie.» «No, no. Tengo dinero.» Y á la hora de separarse, la última pregunta: «¿Estás contento? ¿Eres feliz siquiera?» No se resignaba con verle partir. «Espérate. Yo también me marchó. Te acompañaré hasta la redacción. Con eso iremos hablando de nuestras cosas por el camino.» Y apoyándose el padre en el brazo del hijo, salían así del café. Siempre tenía una esperanza, la de convencerle á fuerza de cariño y amonestaciones de todo género. La del regreso del hijo al hogar. La despedida definitiva era siempre igual. «Vendrás mañana, ¿eh? ¿Vendrás mañana?» «Sí, sí, papá, hasta mañana. Cuídese usted mucho.»

Pero jamás logró el Sr. Loitia ver al joven dos días seguidos. Había una lucha entablada entre el gobernador y Rosita. La mujer amada tenía celos del padre; celos y temor. Por eso ocultaba Miguel sus entrevistas. La buscona recelaba, estaba intranquila; su cariño, como todos, era egoísta. Adivinaba lo que en aquellas conversaciones era objeto de repetidos ataques. Y ella también procuraba contrarrestar el efecto que

podieran producir en el ánimo de su amante los ruegos y quejas paternas. ¡Ah! si Miguel volviera á su casa, todo estaba perdido para siempre.

Inútil temor. El amante aquel no era como los otros. No era ni siquiera como el duque de Tres Estrellas; á Miguel no pudiera la buscona, en identidad de casos, despedirlo con una primera reyerta; no era fácil romper los lazos formados por la juventud entusiasta de este hombre que amaba por toda la vida y por una vez sola. Bien lo sabía y lo predijo el Sr. Loitia: «Su corazón es así. Esa ó cualquiera otra. La primera será la última.» Tenía razón. El duque de Tres Estrellas, hombre de mundo, acostumbrado á sufrir, tuvo el valor de resignarse, de poner á salvo su dignidad, que estaba en riesgos de obedecer á la pasión sentida, haciéndole postrar de hinojos ante aquella buscona, ante aquella carne de mujer que acababa de abofetear, y suplicarla en esta actitud humillante. El duque de Tres Estrellas al día siguiente regresó á Londres, herido, maltrecho, pero entero, gritando como las víctimas del circo: *¡Morituri te salutant!* y cayendo con gracia esclavo del vicio, pero más esclavo del buen tono. Miguel,

no. Miguel, por amor á sí mismo, por amor á la vida, que esperaba larga, como la espera el joven; por amor á la felicidad que se presiente á los veinte años; por todos estos amores, y no por los que tenía á Rosita Pérez, persistiría hasta el fin, sacrificándolo todo, tirando al mar sus mejores joyas, su tesoro, el talismán que tuviera, y hasta el último instante, desgarradas las ropas, sintiendo el frío penetrar mortalmente en los huesos, seguiría, desnudo y agonizante, abrazado al cuerpo de la mujer, aun cuando la mujer, por salvarse, le rechazara, ¡aun cuando muriese! sin soltar el cadáver, porque los cadáveres son cuerpos flotantes sobre las olas.

Así sucedió, y pudo convencerse de ello Rosita Pérez, cuando pasados los primeros días, cuya tristeza se soportaba por la novedad de la vida en común, tuvieron Rosita y Miguel su primer disgusto, y la realidad vino á poner sus rudos y groseros estribillos á la canción de amor.

—¿Tienes dinero, Miguel?

—No. Hasta fin de mes ya sabes que no cobraré la paga.

—Pues es preciso que la pidas adelantada.

—No puede ser. Yo no hago eso.

—Tú no haces eso. Tú no haces eso. ¿Y por qué? ¿No hago yo otras cosas?

El joven la miró sorprendido. No conocía aquel lenguaje. Hasta aquella noche su querida eludió la conversación siempre que recaía sobre los recursos con que se contaba para las necesidades de la vida. Él daba íntegro el sueldo que disfrutaba en el periódico. Veía la desaparición de un mueble, notaba la falta de un traje, de una pulsera.

—¿Pues y eso?

—¡Ah, eso! Puedes figurártelo—contestaba Rosita riendo;—ya está convertido en plata.

Y si él se entristecía, era Rosita la que exclamaba:

—No seas tonto. Qué le hemos de hacer. Ya vendrán días mejores. Ya ganarás tú más. Nosotros, al reunirnos, no ha sido para poner casa, sino para quitarla.

Pero todo cansa. Los días mejores tardaban mucho en llegar. Miguel seguía cobrando únicamente los quinientos reales mensuales. La buscona vendió primero una sillería que reemplazó con otra de madera curvada, y ganó en el cambio una diferencia de cincuenta duros.

Otro mes se vendió el piano; después de todo no lo sentía, porque era un objeto de puro lujo; ella no lo tocaba. Procedióse luego al empeño de alhajas. Ahora no llevaba nada, ni pendientes en las orejas, ni anillos en los dedos, ni pulseras en los carnosos brazos. Este fué su primer sentimiento; pero en último caso quedaba la esperanza de pagar los intereses, y las alhajas no estaban perdidas.

Pero ya se trataba de una cosa más seria. Era distinto. Después de los muebles innecesarios, tenía que tocar á los que fueron de uso, á los que nos interesa poseer, porque se les cobra cariño, porque forman parte de nuestra vida, y son cajones en que se guardan más recuerdos que ropa; sillas que tienen como huella la forma de nuestro cuerpo; mesas cuyos tableros más de una vez rozó el codo cuando en momentos de meditación apoyamos la mano en la mejilla; retratos que parecían estar mirándonos siempre; cuadros que distrajeron nuestros ocios; espejos que contestaban á largas consultas con una afirmación halagüena.

Esto para la mujer no es vender muebles, sino amistades, y aquel día lo pasó Rosita Pérez

pensando mucho, antes de decidirse á la conversación que por la noche tuvo con el joven. Era necesario. Si Miguel no ganaba pronto un sueldo, doble por lo menos, aquello iba á ser un desastre.

—No te incomodes. No quiero que tengamos nunca disputas por dinero.

—Si no es eso. Es que necesito para mañana esos veinticinco duros. Es que si no los pides en el periódico, mañana tendré que vender, y... no quiero.

—¿No has vendido otras veces?—preguntó, increpó el joven, adivinando el cariño que pudiera tener Rosita á los regalos del duque de Tres Estrellas, y sintiendo renacer sus celos;— haz lo que te parezca. Tú *no quieres* vender, y yo *no puedo* pedir adelanto alguno.

Con esto separáronse malhumorados, y cuando volvió de su trabajo no la encontró como otras veces, despierta y esperándole, aun cuando fueran las cuatro de la madrugada. Dormía, ó simulaba dormir.

Al día siguiente, cuando se despertó Miguel, se encontró solo en el amplio lecho. Rosita había salido muy de mañana sin duda. Levantóse

malhumorado, se vistió, y abriendo el balcón, la esperó allí, impaciente, intranquilo, mirando á todos los que pasaban. La vió venir de lejos, andando de prisa, nerviosamente. La acompañaba un sujeto á quien el joven creyó conocer. Cuando estuvieron más cerca se convenció de que no se engañaba. Lo conocía. Era el prendero á quien habían vendido el piano y la sillería.

Entraron los dos apresuradamente. Miguel siguió en el balcón. No quería presenciar la venta. Pero oyó la voz de Rosita detrás de él. Se trataba de algún mueble del gabinete.

—Vamos, sea usted más razonable. Sesenta duros es muy poco. Ya lo sabe usted. Dos mil reales y trato hecho.

El prendero se resistía.

—No puedo. Eso sí, la cama lo vale, pero no puedo. Los negocios están muy malos.

¡Ah! La cama. Iba á vender la cama. Él también sintió entonces lo mismo que la buscona. Se conmovió, sufrió. ¡Dios mío! ¡Maldito dinero!

La venta se terminó por una transacción de ambas partes.

—No hablemos más. Ochenta duros y una cama de acero muy bonita y tan ancha como

ésta. La que tengo en la tienda, á la derecha. Ya la ha visto la señora.

Cuando se fué el prendero, Miguel entró de nuevo en el gabinete; de pie é inmóvil ante el objeto vendido, estaba la mujer llorando.

—No llores, Rosa. ¡No llores! Tranquilízate. Yo me voy ahora mismo...

—¿Adónde vas tú? ¿Con tu padre? ¿Tú también me dejas?

—No, vida mía, no. No te dejo. Me voy á decirle á ese hombre que no vendas la cama, que no mande el dinero, que no se la lleve.

—¿Y qué haremos, Dios mío?

—Pediré el adelanto de los veinticinco duros. ¿No te basta con eso? ¿No me dijiste que eso era lo que necesitabas?

Las lágrimas se secaron, lanzó un grito de alegría, se abrazó á su cuello.

—¡Ah! Bendito seas. Qué bueno eres. Nene, nene mío. Anda, mi vida, corre, no vayan á venir, no vayan á llevársela. ¡Es nuestra cama!

XIII

Por la tarde fueron á cumplir sus gustos, dando uno de aquellos larguísimos paseos por las alamedas más umbrosas del Retiro. Estaban contentos. Habíanse reconciliado por medio del generoso arranque de Miguel. En el periódico, *por ser la primera vez y sin ejemplar* (estas fueron las frases del director-propietario), le adelantaron el sueldo. En cuanto se vió Rosita bajo los árboles, empezó á correr y á saltar como una chiquilla. — «¿A que no me alcanzas? ¿A que corro más que tú?»

Y sus precipitados pasos llevábanse un torbellino de enaguas y de seda, de ruidos y perfumes que se alejaba por la arboleda, asustando á los pajarillos, tronchando flores y pisando el césped. Volvía el rostro de vez en cuando. Miguel corría más, iba ya á sus alcances; daba un

hermoso grito de ninfa perseguida por un fauno, grito que pudiéramos llamar de temor, si no tuviera este temor todas las alegrías de la esperanza, y corría más, mucho más, palpitábale el corazón, aflucía la sangre á colorear sus morenas mejillas, se cansaba. «¡No me cojas! ¡no me cojas!» Y al poner él la mano en la cintura, se paraba jadeante, quería reír y tenía que respirar. «Vamos á sentarnos.» «No hay bancos.» «Aquí en el césped.» Ella se sentaba muy bien, burlándose de Miguel, que no sabía, que estaba incómodo en cualquier postura.

Entonces hablaton un rato formalmente.

—Desde hoy vida nueva. No quiero que vendas nada. Yo buscaré. Ya conozco á mucha gente. Voy á escribir un libro. Una novela. Tú verás. Y todos esos artículos los cobraré. Iré á las redacciones donde los aceptaron. Los venderé á la mitad del precio que pagan, con tal de que me entreguen el dinero en el acto.

Y Rosita le creía. Tenía, como él, puesto que como él era joven, la confianza en el porvenir. También ella tomó sus resoluciones.

—Y si no encuentras, no te apures. Lo que yo no quiero es que riñamos como ayer y por

lo de ayer. Eso nunca, ¿sabes? Yo te quiero á tí. En teniéndote á mi lado, estoy contenta. Me basta. La cama no la venderemos; pero lo demás, si es preciso, yo te prometo que saldrá de casa sin sentirlo, sin apenarme por ello. Me diste una lección esta mañana y sabré aprovecharme de ella.

—No, no. Te repito que no se venderá nada.

—Bueno, bueno. Tú déjame á mí, que yo sé lo que tengo que hacer en llegando el caso.

Ya estaba oscureciendo. Volvieron por la calle de Alcalá, y al llegar á la Cibeles empezaban á encenderse los faroles.

—Vamos de prisa. Aniceta sería capaz de echarnos un trepe por la tardanza. Sabes que no le gusta servir la comida cuando no está en su punto.

—Parece muy buena muchacha.

—Será siempre nuestra criada. Nos quiere mucho. ¡Si tú supieras!...

Estaban en uno de esos momentos de felicidad, en que gusta hablar bien de todo el género humano.

Llegaron pronto. Al verlos en el portal, la señá Petra salió de su chiribitil. Era su rostro la

expresión de la maldad, era constante. Puso una cara muy compungida para ocultar su regocijo. Con esto aumentaron sus arrugas de tal suerte, que regugnaba.

—Señorito—dijo, fijando en Miguel sus ojillos lacrimosos,—una noticia, una mala noticia. Han traído un recado para usted.

—¿Para mí? ¿Quién?

—Una señorita. Ha estado aquí. Yo la dije que subiera, pero no quiso. Venía llorando. Al saber que usted no estaba, y que no podía yo decir dónde se le encontraría, quedó consternada. Por último se decidió á dejarme dicho lo que era, con encargo de que en cuanto usted viniese...

—¿Y qué? ¿Qué es ello? Acabe usted por Dios.

—Pues me ha dicho, dice: «Dígale usted que se vaya á casa inmediatamente, que papá ha tenido un ataque de apoplejía y el médico no responde.»

—¡Mi hermana! ¡Era mi hermana!—y después del terror con que salieron estas palabras, gritó con desesperado acento:—¡Mi padre se muere! ¡Virgen Santa! ¡Voy, voy corriendo!

Y salió como un loco. Rosita tuvo que sentarse en la portería, pálida, casi dasmayada.

—Tomé usted un poco de agua.

Pero rechazó la oferta. Y en cuanto cesó el temblor convulsivo, en cuanto pudo sostenerse en pie, subió la escalera, sin ideas, sin fuerzas casi, anonadada.

Así entró, sola, y cayó desvanecida como una masa en brazos de Aniceta, de aquella buena muchacha que los quería tanto.

Miguel iba tan sin tino, que hubo de detenerse una vez porque no conocía la calle. Tal aspecto nuevo toman las cosas que hemos visto siempre, cuando los ojos que las miraron serenos, reciben la imagen en una retina que debe sufrir alteración en su limpieza, comunicada ¡quién sabe si por las alteraciones mismas de la sangre y del cerebro! El hecho es que estaba en la calle de Fuencarral y le costó gran trabajo convencerse de ello. Después siguió andando, no por la acera, sino por medio, por el arroyo, evitando instintivamente las ruedas de los carruajes, apretando los puños, cerrándolos hasta clavarse las uñas en la palma de la mano,

los dedos enroscándose sobre sí mismos, como serpientes, para hundirse en la carne como aceros, para pincharle. Y él no sentía nada. Ni siquiera observó que las gentes le miraban. Contenía el llanto para apresurar el paso. Contenía el llanto como si fuera sangre de una herida. Si acababan de herirle, y si se desangraba iba á caer. Tal se figuraba de su dolor, que como un golpe lo sentía, no moral, sino hasta físicamente. Un golpe, una estocada muy cerca del corazón, tan cerca, que su corazón no lo recibió por encogerse del susto, por replegarse, y ahora el pecho apenas latía. Más experimentaba terror que pena. Se figuró que le seguían como á un criminal. «¡A esel ¡á esel Ha matado á su padre.» Era la voz de su hermana. La ilusión fué tal, que tuvo intenciones de huir; volvió la cabeza. No. Todos seguían su camino... Su padre estaba muriendo. Tenía que llegar pronto, cuanto antes, para encontrarle con vida. Meterse en un coche. Imposible. Se negaba el cuerpo al reposo. Morir él también, le parecía irremediable, si se detenía, si se sentaba. «¡Andal ¡andal ¡andal!» Llegó á decírselo á sí mismo, como un mandato incesante de la voluntad. La

calle de Valverde estaba muy cerca. Ahora entraba en la de San Onofre. Había poca gente. ¿Si le dejarán correr? ¡Cosa extraña! En medio de aquellos anhelos de su pesar, se opuso á este deseo por el ridículo temor de llamar la atención, de provocar las carcajadas de los transeuntes y los silbidos de los pilluelos. Andaba, eso sí, muy de prisa, y siempre por en medio, por el arroyo, tropezando en las desigualdades del empedrado. Se acabó la calle de San Onofre. Ya estaba en la de Valverde. En la esquina de estas dos había una turba de chiquillos jugando. Empezó á subir la cuesta con el cuerpo inclinado hacia adelante, moviendo las piernas y los brazos, ayudándose como podía. La misma atmósfera antojábasele un obstáculo. Una barrera que iba salvando, arrollando á fuerza de empujones, puñadas y puntapiés. De pronto le pareció que le seguían. Esta vez era verdad. Detrás de él dos ó tres chiquillos, al ver aquel señorito que andaba así, sin guardar los miramientos debidos á la seriedad de la *chistera*, el reposo que tan recomendable es para los faldones de la levita, iban pisando por donde él pisaba, moviendo como él los brazos, á semejan-

za de las aspas de un molino, burlándose, imitándole. Esto le irritó. Luego, el desagraciado, se apoderó de uno de ellos, el que estaba más próximo, y que por tanto no tuvo tiempo para huir. Quería pegarle, pero se contuvo. Su desconsuelo no daba lugar á los arrebatos de la ira.

—¿Tienes padre?

—Sí.

—Pues mira, no te burles de mí. ¿Sabes por qué voy de este modo? Porque voy á ver al mío, que se me está muriendo.

El chiquillo se puso muy serio. «Vaya usted, vaya usted, señorito, y el primero que quiera divertirse, ahora tendrá que verse á *morrás* conmigo.»

Entonces él, á pesar de la prisa, se detuvo. Era la primera compasión que encontraba. Se detuvo, levantó al muchacho á pulso y le dió un beso.

Por fin, por fin ya estaba en su casa. Subió las escaleras como un loco. La puerta de la escalera estaba abierta. Oyó lágrimas. Entró, no con el mismo ímpetu, sino acometido de un profundo y repentino respeto, de puntillas. Vió caras desconocidas. «Es el hijo»—oyó que decían aquellas gentes, dejándole paso.

—¡Vível! ¿Dónde está mi padre? ¡Julia! ¡Amparo!

Acudió la madrastra, que venía por el corredor.

—Pero, Dios mío, ¿qué es esto? ¿Cómo ha sido esto? Dímelo. ¿Pero ha muerto? ¿Ha muerto ya?

—Tranquilízate. Vive aún. Vive, pero no conoce á nadie. Se teme un derrame.

—¡Quiero verle!

—Entra.

Entró en la alcoba. No lloraba. No quería llorar aún. Quería ver. Sobre una cómoda, una bujía alumbraba la habitación. Había dos ó tres personas. No saludó, no supo quiénes eran, ni lo que hacían allí. Rodeaban la cama.

—¡No le ve! ¡Fuera! ¡Quítense ustedes!

—Es el hijo—volvió á repetirse en sus oídos, y entonces obedecieron. Dejaron libre el paso, y la cama entonces apareció ante sus ojos. Sólo, junto á la cabecera, una de aquellas formas humanas no se había movido. Una mujer envuelta en un mantón negro, que escondía la cabeza entre las ropas del lecho. Estaba sollozando.

Era su hermana. Era Amparo.

Miguel fijó las miradas en el moribundo. Sintió fijas en su cara las de los demás. Presumió que le contemplaban con esa curiosidad compasiva que siente el prójimo hacia todo protagonista de un drama de la vida real.

Sobre el lecho estaba el cuerpo del Sr. Loitia, del gobernador de los moderados. ¡El cuerpo, sí! La razón, el conocimiento ya no estaban allí. Lo que veía Miguel era la carne de su padre, carne viva aún, cuya vitalidad sólo estaba consagrándose á la respiración y á la queja estertórea. Aquél no era su padre. ¡Dios mío! ¡No llegar á tiempo! ¡Ah! ¡Rosita! ¡El Retiro! ¡Maldito paseo!

—Desde que cayó, perdió el conocimiento— dijo en medio de aquel silencio la voz de la madrastra.

Amparo seguía en su actitud desolada. Sin levantar la cabeza.

—¿Pero no conoce? ¿Estás segura?—preguntó Miguel en voz baja.

Y al oír una queja mayor, un gemido más prolongado del cuerpo que sufría:

—¿Qué es eso? ¿Qué le pasa? ¿Qué pasa ahora?

—¡Ay, nada! El médico dice que ese es nuestro único consuelo. Que él no tiene conciencia de su agonía. Que no sabe que se muere. Que se muere sin saberlo. Es la apoplejía.

—¿Pero se muere? ¿No hay esperanza? Dí. ¿No da ninguna ese médico?

Julia bajó los ojos.

No pudo Miguel resistir más. Salió de la alcoba, y allá se fué á la sala, cayendo sobre un sillón, con todas sus lágrimas contenidas hasta entonces, queriendo brotar á un mismo tiempo.

Al oír sus sollozos, una de aquellas que estaban en la alcoba, se acercó:

—Cálmese usted, vamos. Resignación. Esto había de suceder. Estaba indicado.

Una mujer. Una extraña. Miguel comprendió entonces su situación.

Ahora el Sr. Loitia no estaba allí para decir á todos: «Es mi hijo. Es tu hermano. Abrazáos.» El Sr. Loitia no podía hablar.

—¡Ah, señora! ¡Ah, señora!

Y sin saber quién era, dejó caer su cabeza sobre aquel regazo, y siguió llorando.

—Bueno. Llore usted. Eso es bueno. Desahóguese usted.

Luego separándose:

—Vengo en seguida.

Y salió, pero no fué sino un minuto. Allá, detrás de aquel tabique, en la alcoba del moribundo, oyó su voz insinuante, procurando convencer, rogando, suplicando.

—Vamos, hija, en estos casos... Al fin y al cabo tienes que considerar que el pobre sufre tanto como tú. Está allí. Está solo. Está llorando. Anda, ven conmigo. Dale un abrazo. Es mejor que lloréis los dos juntos.

Las puertas vidrieras volvieron á abrirse. Esta vez la desconocida no venía sola. Otra mujer la acompañaba. Otra mujer que, al llegar la claridad de la vela hasta el sillón donde el sin ventura estaba, separóse de ella, se adelantó, cayó en brazos del joven, besándole, llorando como él, sollozando.

—¡Miguel! ¡Qué desgracia! ¡Qué horror! ¿No te lo decía? ¡Pobre papá!

—¡Amparo! ¡Hermana, hermana de mi alma!

Y se besaron, quedando después rendidos y como desmayados en un abrazo.

Ella fué la primera que se repuso.

—¡Vamos! ¡Basta! Ten fuerzas. Ten valor. Es

preciso que tomes algo. Una taza de tila. Han traído antiespasmódico. Hábrás sentido una impresión terrible. Ven, ven conmigo.

Le obligó á levantarse. Llevóle cogido de la mano al comedor, le hizo sentar.

—La tila está hecha y caliente. Ahora mismo la tomarás.

—Bueno, sí. Haré lo que tú mandas. Lo mismo me da. Pero quiero verle otra vez. Quiero darle un beso. No se lo he dado. ¡Un beso, por Dios! Ahora vive todavía. Antes de que muera.

—Cálmate. Sí, irás. Se lo darás. Ahora mismo. Pero toma antes la tila. Estás nervioso, muy nervioso.

—En seguida. Que la traigan en seguida.

Y de nuevo volvieron á nublarse sus ojos. Lloró más.

No creyó Miguel nunca que pudieran los ojos dar salida á tantas lágrimas. En cuanto á su estado nervioso, no creía en él. Sólo cuando cogió la taza y se la acercó á sus labios, comprendió que su hermana tenía razón. Temblábale el pulso. La porcelana castañeteaba entre sus dientes. La mandíbula inferior tenía una irresistible tendencia á cerrarse contra la superior.

Apuró de un sorbo el hirviente líquido.

—Vamos, ya está. Vamos á la alcoba. ¡El besol Quiero dárselo. Tú le habrás dado muchos. Lo quiero. Lo mando.

No sabía más fórmulas que las de la súplica ó la orden.

Amparo comprendió que era imposible resistir tales estados del ánimo.

—Ven, ven conmigo. Iremos los dos.

Volvieron á la alcoba del moribundo. La vela seguía alumbrando con una luz que se prolongaba cada vez más, á medida que se consumía, y daba oscilaciones y como latigazos de llama; seguían allí las vecinas de la casa. Los dos hermanos se acercaron á la cabecera.

El Sr. Loitia tenía puesto sobre la cabeza un gorro de goma que se llenaba de hielo y se renovaba de vez en cuando. La almohada sobre que reposaba aquella cabeza, era también un pellejo hinchado con agua helada. Todo esto para la lucha desesperada con la sangre que subía, con el derrame cerebral, que era inminente.

—¿Y qué más? ¿Qué más habéis hecho? —preguntó el hijo ansiosamente.

Una de las vecinas contestó:

—Se han puesto sinapismos volantes en las pantorrillas. Tiene á los pies una botella de agua caliente. Y, por último, el médico ha dicho que...

—¿El qué? ¿Qué ha dicho el médico?

—Que á la desesperada, aunque la medicina moderna no es partidaria de semejante cosa, que él no lo receta, pero que si la familia quiere darle una sangría, ha de ser de brazo.

—Inmediatamente—exclamó Miguel,—inmediatamente que venga el sangrador. ¿No dice que á la desesperada? Pues bien, sea. Que se haga todo. Que no quede nada por hacer.

Y era terrible oír en la alcoba aquellas palabras que sólo inspiraba la locura del dolor y siendo la única interrupción que tenían el estertor creciente del cuerpo que reposaba como una mole de carne inerte sobre los colchones.

—Además—añadió el hijo,—yo no he visto á ese médico. Quiero hablar con él. Que le avisen. ¡Que venga!

Entonces la hermana, revistiéndose de valor, conociendo que era forzoso disipar de una vez tales esperanzas:

—Es inútil. El médico se ha despedido para

no volver. Ha dicho, ha dicho—y en este punto reprimió los sollozos,—¡que avisemos á la parroquia!

El hijo se cubrió el rostro con ambas manos.

Sintió de tal suerte, que no supo si arrodillarse ó blasfemar.

—¡Padre! ¡Padre de mi alma! ¿Qué es esto? ¡Virgen santa! ¿Qué es esto?

—Vamos, dale el beso. En la frente. Dáselo y vete. Tú no tienes valor. No puedes estar aquí.

—Sí. Lo tengo. Ya lo verás.

Y serenándose, se acercó, se inclinó sobre aquel idolatrado rostro, contempló un momento aquellos ojos cerrados, que no volverían á abrirse, aquella expresión de bondad que ni la muerte pudo borrar de las facciones, puso sus labios en la frente y los sintió mojarse en el sudor malsano de la agonía.

—¡Oh, me quedo! Me quedo aquí hasta que muera—gritó después del beso.

Pero la hermana y la madrastra se abrazaron á su cuello.

—No seas niño. Vente. Ni tú, ni nosotras.

—¡Que no! ¿Y por qué no? Vosotras sois mujeres. Yo soy hombre. Es distinto.

Y sintiendo un arrebato de cólera.

—¡Quitáos! ¡Dejadme!—se agarró con ambas manos á los hierros de la cama;—no hay fuerzas humanas capaces de arrancarme de este sitio—dijo, dando una gran voz.

—Déjenlo ustedes—intervinieron las vecinas. No se quedará solo.

—Gracias. Muchas gracias—replicó Miguel, sentándose donde antes estuvo Amparo.

Ésta y Julia salieron.

Cada vez se demacraban más las facciones del agonizante; el derrame no podía combatirse.

¡Qué noche! ¡Qué horrible noche! En toda la casa no se oía más que el estertor, un hervidero de flemas, cada vez mayor, más fuerte, hasta el punto que, oyéndolo, repugnaba á los sanos su propia respiración, puesto que la respiración había de acabar de este modo.

¡Tres horas! ¡Cuatro! Y el Sr. Loitia no se moría. Y el hijo continuaba allí, sin llorar más, saliendo de la alcoba de vez en cuando en demanda de hielo para renovarle en el gorro y en la almohada. Estaba loco. Aún tenía esperanza.

Por allá dentro oíase hablar en voz baja y sollozar á Julia y Amparo. ¡El moribundo, á veces

dejaba de respirar cinco, seis segundos! Entonces tampoco respiraba nadie. ¿Había muerto? No. El estertor se reanudaba.

A las tres de la madrugada se oyó una impresión horrible. Era la voz de Miguel.

A poco, entre dos hombres sacaban al joven de la alcoba, accidentado, presa de convulsiones tales, que apenas podían contrarrestar la fuerza comunicada por los nervios á la musculatura.

Y otro grupo se formó alrededor de Julia y Amparo, que lloraban abrazándose.

El Sr. Loitia acababa de espirar.

EPÍLOGO

¡Bah! El epílogo. ¿Qué falta nos hace? Pueden figurárselo todos los lectores que no sean románticos.

Miguel estuvo sin ver á Rosita Pérez los nueve días necesarios para recibir las visitas de duelo. Pero luego...

Luego, una noche, Rosita Pérez oyó que llamaban violenta y apresuradamente á la campanilla, y al poco rato entró Aniceta con júbilo tal en su ánimo, que no supo decir más que estas palabras:

—Señorita... aquí está... es él.

Y detrás de la buena muchacha apareció Miguel vestido de luto, muy pálido, más delgado.

—¡Ay, mi nene!

Se levantó. Corrió á su encuentro. El joven la abrazó estrechamente.

—Mi vida. No llores. Yo te quiero. Te quedo yo. ¡Yo!

No lloraba. Quedábale esa tristeza sin lágrimas, que requiere más ternura y mayores consuelos.

—Te quedas, ¿eh? ¡Vuelves! Vivirás conmigo como antes, ¿no es verdad, como antes? Dilo.

La rechazó dulcemente. La apartó de sí para verla mejor. La dió un beso. Después miró á su alrededor, como complaciéndose en los objetos que la rodeaban. *La Gimnasta* y *La Bañista*, á uno y otro lado, en la repisa de la chimenea, seguían simbolizando, la una con su pirueta, y con su salto la otra, los dos ejercicios corporales. El armario de espejo reflejaba su imagen, la suya y la de su querida. El alto quinqué de máquina daba una luz aminorada por la bomba de color de rosa, en forma de tulipán. Todo estaba lo mismo. Lo último en que se fijaron sus ojos fué en la cama.

—Como antes, no, Rosa. Como antes es poco. Mejor que antes. Porque ahora ya no nos separaremos nunca. No me queda más cariño que el tuyo.

—¡El mío! ¡Lo tendrás siempre!

Hablaron no sé de qué cosas, muy cerca el uno del otro, y en voz baja.

A poco se acostaron. Se les olvidó apagar la luz.

Y quedó, como la vez primera, el gabinete desierto; y de todos los bibelotes y figurillas, la única que parecía sentir siempre su soledad y abandono, era la del pilluelo de barro cocido, que, levantándose la camisa, su único traje, llevábase el faldón á los ojos y lloraba amargamente.

FIN DE LA NOVELA

APÉNDICE

LA MORAL DEL NATURALISMO

Procesado por las dos novelas anteriores á ésta, con la cual término el análisis de una llaga social, estudiada por la experimentación propia de la escuela naturalista, ignoro, al escribir estas líneas, la suerte que correrá LA BUSCONA. Probable es que también la denuncien, porque una vez empezado por el Gobierno actual el sistema de denunciar los libros míos, no lo dejará tan fácilmente. Cuenta con el aplauso de los escritores que no venden, ó venden poco, y con el de los que no escriben libros por impotencia intelectual, y se dedican á leer mal y criticar á su manera las obras de los otros.

El Gobernador de Madrid, que debe ser partidario del romanticismo, á juzgar por la saña que contra mí despliega, superior á la que pudiera mostrar el novelista Sr. Alarcón en seme-

jante caso, cree de muy buena fe que mis libros son una inmoralidad, que son obscenos, que son indecentes.

Al Excmo. Sr. Villaverde debo, pues, dedicar este apéndice de LA BUSCONA, para que en él adquiriera, oyendo las opiniones que acerca de la moral en la literatura emite el jefe de pelea del naturalismo, Mr. Zola, para que en él adquiriera, repito, la instrucción literaria que supongo necesita en este punto. Extractaré los párrafos, traduciré estas opiniones en fragmento, haré lo mejor que pueda este trabajo, para no cansar con su lectura á un hombre de administración y á un hombre político, que en estos asuntos del arte ha de sentir cansancio y aburrimiento, sonándole á hueco las palabras, como me suenan á mí los discursos de la Academia Española, las matemáticas, las críticas del señor Cañete y la cabeza de Luisito Alfonso.

«Para mí—dice el gran novelista,—la cuestión del talento corta toda discusión en literatura. Yo no sé lo que se entiende por escritor moral y escritor inmoral, pero sé perfectamente lo que es un autor que tiene talento y un autor que no lo tiene. Y cuando un autor tiene talento,

aprecio que todo le está permitido. Ahí está la historia. Se lo permitimos todo á Rabelais en Francia, como se le permitió todo á Shakespeare en Inglaterra. Una página bien escrita tiene su moralidad propia, que está en su belleza, en la intensidad de su vida y de su tono. Es imbécil querer doblegarla á las conveniencias mundanas, á una virtud de educación y de moda. Para mí, no hay más obras obscenas que las obras mal pensadas y mal ejecutadas.»

A esta declaración importantísima de Mr. Zola, debo añadir yo, para aclarar el punto al excelentísimo Sr. Gobernador, mi oyente, que en España se ha permitido todo á Cervantes y Quevedo, á Tirso y á casi todos los que escribían mejor que yo en tiempos en que se gobernaba mejor que Cánovas, y actualmente se permite todo también al Sr. Valera, traductor del *Dafnis y Cloe*, libro escrito, como dice muy oportunamente mi abogado defensor el Sr. Carvajal, por el sensualismo y para el sensualismo; se ha permitido todo al autor de *El Escándalo* y *La Pródiga*, que tiene menos talento que yo, y escribe peor bajo todos conceptos. Demás de esto, circulan por ahí una porción de folletitos, de dos

ó tres pliegos de impresión, y mientras se procesa la novela naturalista, triunfa y goza de libertad el cuento pornográfico.

He aquí ahora cómo defiende el Sr. Zola á esta literatura naturalista contra ese artículo del Código penal que ha buscado el Sr. Villaverde para calificar mis libros como *delitos de escándalo cometidos por medio de la imprenta*:

«Se nos acusa, con razón, de que nos falta alegría é ingenio, porque nuestros estudios son negros, austeros, demasiado profundos, y no pueden por ello conservar y mostrar á la superficie ese lenguaje florido que constituye el grande encanto del cuento, tal como lo comprendían nuestros abuelos. Ellos se detenían en un adulterio, en la astucia de la mujer, en el gesto cómico del marido, y si el drama intervenía, cosa rara, era expeditivo, como un hecho sencillo que se desarrollaba. Nosotros, en el mismo adulterio, llegamos siempre á lo trágico, estudiando la aventura, no por su aspecto, sino por su composición humana. Además, no nos limitamos al gesto, á la risa, no nos detenemos en la epidermis; registramos á los personajes, llegamos en seguida á las miserias del hombre y de la mu-

jer. Desde este punto, el ingenio es un cascabel que sonaría con una nota de alegría desafinada y miserable: el asunto se convierte en un tema serio, el sainete se transforma en drama, y nosotros somos anatómicos, que no pensamos en la frase. En una palabra, nuestra novela naturalista, sean cuales fueren sus audacias, no es picaresca; es cruda y terrible, si se quiere, pero no hay en ella ni la risa, ni la fantasía galante, que sólo son juegos del ingenio, más ó menos alegres y delicados acerca de un asunto escabroso.

»Hay, pues, que dejar aparte á Boccacio, á Brantome, Lafontaine y otros. No procedemos de ellos. Es otra su fórmula literaria, y no tiene semejanza alguna con la nuestra. Y á este propósito insisto en el poco solaz que producen nuestros libros á los libertinos. A Brantome se le lee con una sonrisa. Aquella serie de anécdotas en que sin cesar se ve la alegría del sexo sin un sufrimiento, está hecha para consuelo del vicio. El amor en sus libros es fácil y potente, no coge más que las flores del goce, es como un paraíso en que los amantes se ven despojados de su humanidad enfermiza y sucia. Leed, por el contrario, una novela naturalista, *Madame*

Bovary ó *Germinia Lacerteux*, y ponedla en manos de los libertinos; les disgustará profundamente, les asustará, porque se verán retratados en ella feos y estúpidos, con la aterida miseria de su dicha. Sucederá, tal vez, que lo motejen de embuste, sublevándose, no queriendo reconocerse, demasiado acostumbrados en su vida galante á atenerse á la epidermis, para aceptar la sangre y el lodo que están en el fondo. Nosotros no hacemos cosquillas, aterramos, y una gran parte de nuestra moralidad consiste en esio.

> Voy á permitirme citar un ejemplo que me es personal. Cuando yo publiqué *Nana* en un periódico, todo el París de los bulevares y cortesano protestó. Pude equivocarme en algunos detalles técnicos en un estudio tan complejo y tan lleno de hechos; pero las protestas dirigíanse más al mismo espíritu del libro, á las costumbres, á los caracteres, particularmente á la pintura de esta crápula parisiense que anda por las calles. No era así, gritaban: esta crápula era más alegre, más espiritual, menos hundida en el drama de la carne. Cronistas, autores dramáticos de talento, que vivían en la sociedad de las actri-

ces y de las prostitutas, juraban sonriendo que mi *Nana* no existía, y sentían evidentemente que yo no hubiese dibujado con un trazo ligero uno de esos finos perfiles de Grevín, una de esas flores encantadoras del vicio convencional, que tiene sencillamente el sello de elegancia canallesca, hoy de moda. Pues bien; se ha operado con esto un fenómeno cuya explicación es fácil. He aquí hombres de talento que toman del vicio nada más que lo que tiene de placentero: gozan con el buen humor, el lujo y el perfume de las prostitutas; cenan con ellas, lo olvidan todo en sus brazos, pero aceptando únicamente el aspecto agradable, en cualquier aventura ó en un amancebamiento. Son flores que plantan en su vida. Hasta cuando una mujer los salpica con su basura, cuando caen una noche, por tontería ó locura personal, en una letrina, se lo callan, teniendo por temperamento horror á todo lo que no es alegre y amable, prefiriendo verlo todo de color de rosa, bajo una nube de polvos de arroz. En este punto, compréndese ya el malestar de estos testigos, de estos actores del vicio parisién, cuando se ven, como en *Nana*, en presencia de un drama sin

velos, y que profundiza hasta la infamia de los personajes. Si no se limita uno á la superficie encantadora, si va más allá del traje para entrar en la piel, más allá del tocador para abrir públicamente la alcoba, los empujáis terriblemente, les amargáis sus gustos. Se enfadarán al veros con las prostitutas, graves, serios, con el escalpelo en la mano, registrando la barriga de estas lindas muchachas, de la que sólo quieren conocer la epidermis arrasada. Y tienen razón al enfadarse, y si dicen que mentimos, lo dicen de buena fe: porque, personalmente, siempre se negaron á ver la bestia en la criatura. Nosotros hemos querido demasiada verdad, por eso no la comprenden y declaran falsa nuestra pintura. La cuestión depende del punto de vista; si sois parisién, en el sentido estricto de la palabra, desflorad los asuntos, tratadlos como hombre de buen humor, escéptico, paradógico; haced una observación superficial, aguzada con palabras, florecida por la moda; detenéos en la pequeníssima comedia que se representa ante el público, con toda clase de reservas y de convencionalismos; por el contrario, si sois humano, agotad los asuntos, tratadlos como sabio que

quiere verlo todo y decirlo todo; poned desnudos á vuestros personajes y perseguidlos hasta en las miserias y vergüenzas que se ocultan á sí mismos. He aquí por qué declararon que era falsa *Nana* los libertinos parisienses, que deseaban no pasar de los dibujos engañosos y provocativos de la *Vida Parisiense*.

»Hace mucho tiempo que yo sé que nuestro gran crimen es este ante los idealistas. Nosotros no embellecemos, no permitimos que se sueñe con los asuntos sucios. Comprendo, sin trabajo alguno, que se nos reproche el desconsolar á la pobre humanidad que necesita ceguera. Pero, por otra parte, no debe acusársenos de halagar la crápula, provocar á la picardía con nuestros cuadros, porque esto ya no es lógico en manera alguna. Me parece que no hay nada que más aleje del vicio que nuestros libros. El hecho es indiscutible

»Nuestra novela es, pues, absolutamente original, y no depende para nada de la novela del pasado; ó por lo menos desde comienzos del siglo actual se ha modificado de tal modo la antigua fórmula con el empleo de los métodos cien-

tíficos, que ha resultado una fórmula completamente nueva, que trae consigo un arte y una moral. Esta moral la definí en mi estudio acerca de la novela experimental y me limito á repetir aquella deducción: «Enseñamos el mecanismo de lo útil y de lo perjudicial; separamos el determinismo de los fenómenos humanos y sociales, para que algún día se puedan dominar y dirigir estos fenómenos. En una palabra, trabajamos con todo el siglo en la grande obra, que es la conquista de la materia, el poder del hombre duplicado.»

.....

.....

«Pongamos ahora el ejemplo de un novelador naturalista que quiere estudiar una prostituta. Tomará el tipo de la prostituta en su personalidad, en su vulgaridad. La mostrará obedeciendo al determinismo hereditario y del medio ambiente: si se desliza á la crápula, es porque se ha visto impulsado hacia ella por embriaguez de sus padres, y por las promiscuidades de los arrabales pobres. Luego el autor, siguiéndola paso á paso, analizándola en sus vestidos, en su morada, en los hombres que se la acercan, mos-

trará su misión social, establecerá claramente de qué manera desorganiza y destruye; desde este punto se ve la elevada moral práctica que se deduce de la obra. No es ya la pesadilla de un católico enajenado por la preocupación del diablo; es un sabio, un observador y un experimentador que reúne y clasifica documentos humanos. Esa es una verdadera prostituta; así es como crece y como funciona en seguida; esos son hechos basados en la observación y la experiencia; en adelante, puesto que la experiencia nos hace dueños de los hechos, á nosotros toca impedir que se produzcan; saneemos los arrabales, suprimamos científicamente las prostitutas. Y aunque la obra no tuviese esta conclusión práctica, tendría siempre la utilidad de una investigación exacta, de una verdad humana, puesta en pie, indestructible.»

.....
.....

«Que nos llamen positivistas, materialistas, ateos, eso es una discusión de filosofía y la aceptamos. Los católicos y hasta los puramente deistas, sean románticos ó doctrinales, pretenden ser los únicos grandes, los únicos virtuosos, los

únicos caritativos, porque dejan al hombre lo desconocido. Nosotros creemos que todos nuestros males proceden de lo desconocido, y que la única tarea honrosa consiste en disminuir este desconocido, cada cual en la medida de sus fuerzas. Aquí no puedo tratar estas elevadas cuestiones: todo engaño trae consigo un mal, aunque este engaño tenga una grandeza aparente. Pero cuando se hacen odiosos los argumentos de nuestros adversarios, es cuando nos acusan de obscenidad y de especulación vergonzosa

.....
... » La literatura obscena, es decir, la literatura de imaginación libertina que inventa suciedades para el placer y sin ningún fin de investigación exacta, no puede brotar más que en la cabeza de un novelista espiritualista. Nuestros análisis no pueden ser obscenos desde el punto en que son científicos, en que recogen un documento. Esto es lo que hay que repetir á cada paso, probar sin cesar, para que cada uno, en nuestras letras modernas, tenga al fin su verdadero puesto á la luz del día. »

Puede muy bien suceder que el Excmo. señor Villaverde, Gobernador civil de Madrid du-

rante el período de mando del Sr. Cánovas del Castillo, académico de la Española, romántico y conservador, no comprenda, al llegar á este punto, qué relación y qué fines de aplicación á mi defensa pueda tener lo dicho por el Sr. Zola con respecto al naturalismo y á lo que en España acontece actualmente.

Justo es que use yo del mismo derecho de que han abusado mis enemigos, para delatarme como autor inmoral, no siéndolo, y que por mi parte denuncie yo las inmoralidades verdaderas, *auténticas*, que se imprimen y se venden sin que nadie lo estorbe, sin que el Excmo. Sr. Villaverde parezca ser Gobernador moral más que para mí; obras que no pueden pedir para sí la libertad del libro, puesto que sólo tienen las dimensiones del folleto, mientras que se prohíbe la circulación de novelas como *La Prostituta* y *La Pálida*, imponiéndose á los libreros quinientas pesetas de multa por cada ejemplar que de ellas vendan.

¿Conoce el Excmo. Sr. Villaverde unos librillos que, aunque no son de fumar, arden en un candil, y que se titulan: *Biblioteca Demi-Monde* y *Biblioteca Mascota*? De esta última, por cier-

to, es editor ó coeditor un individuo que está empleado y prestando sus servicios en el negociado de la prensa del mismísimo Gobierno civil, y que, según lo que se dice, figura en la nómina de los guardias de Orden público.

¿Conoce esto el Excmo. Sr. Villaverde? ¿Conoce el texto de otros libros que se titulan *Doce cuentos en camisa, contados por una vengadora. «Sólo para hombres?»*

Pues ahí tiene la autoridad gubernativa la pornografía; la verdadera pornografía libre, y el naturalismo, *el verdadero naturalismo*, pagando la pena en que otros incurren.

Pero sigamos, una vez hechas estas denuncias, traduciendo las notabilísimas opiniones del Sr. Zola, que no parecen sino escritas en adivinación de lo que había de suceder al naturalismo al aparecer en España.

«Se acusa á los novelistas naturalistas de especular con el vicio. Tendrían la ventaja, y sería una campaña divertida, si acusaran á sus adversarios de especular con la virtud. Tartrific tiene una descendencia completa, que llena los periódicos, los libros y los teatros.

»Lo que hay que dejar basado primeramente

es que, en resumen, la especulación con el vicio nos lleva muy lejos; y hablo aquí de la especulación real, de la que se refugia en Bélgica, y que se realiza bajo capa de una manera embozada. Los infelices que se ven reducidos á buscarse el pan en este tráfico vergonzoso, todos son unos pobres parias: ni uno solo ha realizado una fortuna regular siquiera. Por otra parte, cuando se quiere equivocarse y difamar á los verdaderos artistas, dejando deslizarse la insinuación de que estudian al hombre hasta en sus vergüenzas para excitar al lector é impulsar la venta, fúndase únicamente esta calumnia en ciertos éxitos raros y excepcionales, debidos á causas diversas, sin tener en cuenta la falta de éxito, casi general en las obras de audacia y de verdad. Se citará la venta enorme de *Madame Bovary*, y se dirá que esa venta se determinó simplemente por el episodio del fiacre. Pero no se dirán las grandes vacilaciones, y casi pudo añadir, la repulsión del público hacia las novelas de Stendhal y de Balzac; estos escritores no ganaron nada mientras vivieron en ser analíticos atrevidos de la realidad. ¿Y los señores de Goucourt, de cuya *Germinia Lacerteux* no se han

vendido dos ediciones, sino en el espacio de diez años? ¿Se dirá también que querían éstos acuñar moneda contando los amores verdaderos de una criada? En tal caso, hicieron un cálculo deplorable; porque mientras que sus libros ásperos y fuertes se quedaban en el almacén, las engañosas historias del Sr. Octavio Feuillet, esas historias mojadas en la virtud convencional y de moda, llegaban á tener generalmente treinta mil ejemplares de tirada, en medio de un prurito sentimental é hipócritamente sensual.

»Quiero llegar á esto, y es que la especulación con la virtud es mucho más productiva que la especulación con el vicio. Como ya dije, nuestras obras son demasiado negras, demasiado crueles, sobre todo, para que gusten al público y le complazcan. Sublevan, indignan, pero no seducen. Si algunas logran una gran venta, la mayoría deja á la masa de compradores inquieta é indignada. Así es que los principiantes, que por cálculo se lanzaran á la pintura de la infamia humana, sufrirían muy pronto terribles engaños. En primer lugar, comprenderían que aquí es necesaria la sinceridad; es preciso amar la verdad y tener mucho talento, para atreverse

á pintarla desnuda por completo, sin caer en lo ignoble y lo odioso. Luego se apercibirían de que una real hipocresía lleva á la fortuna más directamente que una brutalidad afectada. La hipocresía se mima y se paga grandemente, mientras que la brutalidad tiene en contra suya la masa enorme de gentes á quienes molesta la franqueza. Si esta brutalidad, si esta audacia de decirlo todo no está en el temperamento mismo del escritor, se ve muy pronto, la especulación es evidente, y el escritor especulador incurre casi inmediatamente en un justo desprecio. Quiero decir, en resumen, que la especulación con el engaño no presenta peligro, porque siempre está la muchedumbre á su lado para aprobar y enternecerse, mientras que por el contrario, la especulación con la verdad es un rompecabezas, en el que un autor venal acaba siempre por romperse las costillas. He aquí por qué, si no se ven impulsados por ningún temperamento, los hábiles hacen bien en trabajar la virtud mejor que el vicio.»

Ignoraba seguramente el Sr. Zola, cuando escribió lo anteriormente leído, que para mayor demostración de sus asertos publicados el año

1881, en España tendría yo que traducir sus opiniones, para que con ellas se defendiera en el año 1885 un escritor naturalista, contra el cual se han intentado todo género de persecuciones.

Ignoraba seguramente el Sr. Zola que por la publicación de mi novela médico-social *La Prostituta*, habían de intentarse contra mí dos causas criminales: una que terminó en el Juzgado municipal, en el juicio de conciliación á que fué llamado, á instancia de parte, queriéndose querrellar de injuria y calumnia los médicos de la Sección de Higiene del Gobierno civil de Madrid, en cuyo juicio, por cierto, no hubo avenencia, pero no ha vuelto á molestárseme con nuevas citaciones. La otra fué la causa provocada por la denuncia gubernativa del Excmo. señor Villaverde, considerándome comprendido en el art. 457 del Código penal, por haber proclamado en mi libro doctrinas contrarias á la moral, viéndome procesado por el Juez de instrucción Sr. Calleja, y pidiendo para mí el sobreseimiento libre el ilustrado fiscal de esta Audiencia, Sr. D. Federico Melchor, é inhibiéndose en favor del Juzgado municipal por si el hecho denunciado pudiese constituir, ya que no el *de-*

lito de escándalo, la falta comprendida en el artículo 586, y que es la de ofensas á la moral, á las buenas costumbres y á la decencia pública. También obtuve en el Juzgado municipal la absolución libre en una sentencia que lleva la firma del Sr. D. Antonio Gabriel Rodríguez; mas por apelación del fiscal municipal fué condenado nuevamente al máximum de pena en el Juzgado de instrucción del Hospital, de cuya condena interpuso recurso de casación al Tribunal Supremo el eminente jurisconsulto Sr. D. José de Carvajal, mi abogado defensor.

Ignoraba el Sr. Zola que todas sus proféticas palabras iban á cumplirse en mí, y que estando en este vía-crucis, al aparecer mi segunda novela *La Pálida*, también naturalista, fué nuevamente denunciada por la misma autoridad gubernativa, por el mismo Excmo. Sr. Villaverde, y á pesar del auto de sobreseimiento de la Audiencia en favor de *La Prostituta*, *La Pálida*, novela médico-social (*segunda parte de La Prostituta*), fué denunciada por considerarla comprendida en el art. 457 del Código penal; esta vez la insistencia de la autoridad pareció á los tribunales muy fuerte y negó el delito; pero actualmente se

persigue este libro por si en él se ha incurrido en la falta que castiga el art. 586.

Ignoraba el Sr. Zola que había de suceder todo lo que supuso, y que en el momento de escribir yo este apéndice, he tenido que interrumpirlo para oír la notificación, que dice así textualmente:

«En expediente de juicio de faltas seguido en este Juzgado contra D. Eduardo López Bago, se ha dictado la siguiente

SENTENCIA

En la villa y Corte de Madrid, á trece de Marzo de mil ochocientos ochenta y cinco, el Sr. D. Angel Pintos Otero, Juez municipal del distrito de la Inclusa; visto el expediente de juicio verbal de faltas celebrado por virtud de inhibición del Juzgado de primera instancia y de instrucción de este distrito, en el que son partes el ministerio público, representado por el Fiscal municipal del referido distrito y el acusado don Eduardo López Bago, de treinta y un años de edad (omito lo siguiente por ser mi biografía in-

serta en la cédula personal), sobre ofensa á la moral y á las buenas costumbres contenidas en la novela *La Pálida* (segunda parte de *La Prostituta*), y

1.º Resultando: Que denunciada la citada novela por el Sr. Gobernador civil de esta provincia, se instruyó el correspondiente sumario, que terminó por el auto de inhibición de 20 de Enero último, aprobado por la Sala de lo criminal de la Audiencia de esta corte, en cuyo auto se expuso la consideración de que, si bien en la novela de que se trata no se proclamaban doctrinas contrarias á la moral, y bajo de este aspecto no constituía su publicación el delito definido en el art. 457 del Código penal, en cambio la manera viva y exagerada de describir ciertos actos y caracteres dan motivo suficiente para creer que dicha publicación puede constituir la falta prevista en el art. 586 del referido Código penal:

2.º Resultando: Que al final de la pág. 160 de la repetida novela *La Pálida*, se hallan estampadas estas palabras: «La misma Cariñosa enjugó su llanto, y abriéndose el cuerpo del vestido se colocó en su sitio de rigodón, ense-

ñando los pechos...» leyéndose otras frases y descripciones análogas en varias y distintas hojas de la propia novela, como en la 101, 131, 150, 209, cuyo hecho se declara probado:

3.º Resultando igualmente probado que el autor de la novela *La Pálida*, lo es el referido D. Eduardo López Bago:

4.º Resultando: Que en el acto de la comparecencia verbal celebrado, el acusado sostuvo que no consideraba haber faltado en manera alguna á la moral en el libro de que era autor, invocando en su defensa los fines en él perseguidos por suponerlos perfectamente morales, y porque tampoco existía la exageración y viveza en la pintura de caracteres, tipos y costumbres que figuraban en su novela, mientras que el ministerio fiscal, opinando por el contrario, que en la novela titulada *La Pálida* se encontraban repetidas descripciones de escenas, cuya simple lectura demostraba que eran impropias de las buenas costumbres y ofensivas á la moral, y que cualquiera que hubiese sido el fin que el demandado se propusiera, no dejaba por eso la publicación de contener las inmoralidades reprimidas como faltas en el pár. 2.º del

art. 586 del Código penal, y pidió se impusiese al D. Eduardo López Bago la pena de cinco días de arresto y 25 pesetas de multa, con las costas del juicio y el comiso de los ejemplares de la referida novela:

1.º Considerando: Que las frases y descripciones á que hace referencia el resultando segundo, contenidas en la mencionada novela, de que es autor D. Eduardo López Bago, son evidentemente ofensivas á la moral y opuestas á las buenas costumbres, y caen bajo la prescripción del núm. 2.º del art. 586 del mentado Código penal, y deben, por lo tanto, reprimirse como contrarias al buen orden y al derecho, que cada cual tiene á no exponerse á ver, ni leer, ni oír lo que hiera el moral sentido:

2.º Considerando: Que los fines con que una cosa ú obra se ejecuta, son siempre completamente distintos de los medios y de las formas de realizarlos, como que son actos de naturaleza propiamente interna los unos y manifiestamente externa los otros:

3.º Considerando: Que la imputación de la mencionada falta debe recaer sobre el acusado, por ser, según los hechos declarados proba-

dos, el único autor de la obra que la contiene:

Visto además del art. 586, núm. 2.º precitado, el 620, 624, 119 del referido Código penal, y el art. 240 en su núm. 2.º de la Ley de Enjuiciamiento criminal, *Fallo*: que debía condenar y condeno á D. Eduardo López Bago á la pena de tres días de arresto menor, que sufrirá en su casa habitación, sin poder salir de ella durante el tiempo de la condena, bajo la vigilancia de un alguacil de vista con los derechos de arancel, y en la multa de 30 pesetas, que se satisfará en el timbre correspondiente, debiendo sufrir (para), caso de insolvencia para el pago de la multa, un día de arresto por cada 5 pesetas, con imposición de las costas del juicio y la declaración del comiso de los ejemplares recogidos de la novela *La Pálida*.

Y por esta sentencia así lo pronuncio, mando y firmo, de lo que el infrascrito Secretario certifica.—Angel Pintos Otero.—Eduardo García.
—Tachado 54,—no vale,—entre líneas,—nueve,—vale,—entre paréntesis,—para,—no vale.
—Es copia.—Eduardo García.»

De esta sentencia hemos apelado, el fiscal

municipal, cuyo nombre siento no recordar en este momento, y yo. El señor fiscal, por haberseme aminorado la pena; yo, porque creo que no he incurrido en pena de ningún género.

Justo es ahora que inserte á continuación de ésta en que se me condena, la en que por la misma falta se me absuelve, cuyo notable documento es, como ya he dicho, debido al ilustrado criterio del Sr. D. Antonio Gabriel Rodríguez, hijo, según creo, del conocido y eminente catedrático de la Institución libre.

Hela aquí:

«En la villa de Madrid á 13 de Enero de 1885, el Sr. D. Antonio Gabriel Rodríguez Vilallonga, Juez municipal suplente del distrito del Hospital, pronunció la siguiente

SENTENCIA

1.º Resultando: Que en virtud de la comunicación del Gobierno civil de la provincia, fecha 17 de Octubre próximo pasado, se puso en conocimiento del Juez de instrucción del distrito del Hospital, el hecho de haber publicado

D. Eduardo López Bago una novela titulada *La Prostituta*, contraria á la moral y á la decencia pública, á juicio de dicha autoridad; y que incoada causa criminal, se sobreseyó libremente en la misma por auto de la Audiencia del distrito, fecha 12 de Diciembre último, por el cual se ordenó se remitiesen los autos á este Juzgado municipal, por si el hecho denunciado pudiera constituir falta:

2.º Resultando: Que releídos en este Juzgado los autos de que se hace mención en el resultando anterior, en unión de 19 ejemplares de la obra denunciada, y citado el autor de ésta á juicio de faltas, así como el señor Fiscal municipal, tuvo aquel lugar, ratificándose el denunciado en la declaración que tiene prestada ante el Juzgado instructor del distrito:

3.º Resultando: Que en el acto del juicio, el señor Fiscal municipal emitió dictamen de acusación, pidiendo se imponga á D. Eduardo López Bago la pena de 125 pesetas de multa, comiso de la obra y pago de costas procesales, por considerar al denunciado, autor de la falta prevista en el caso 4.º del art. 584 del Código penal.

4.º Resultando: Que el señor Fiscal municipal funda su acusación en considerar ofensiva á la decencia pública el contenido del libro *La Prostituta* en su forma, especialmente en las páginas 182 y siguientes, 212 y 227, si bien reconociendo un fin moral en la obra:

5.º Resultando: Que el denunciado, don Eduardo López Bago, en defensa de su derecho, y como contestación á la acusación fiscal, expuso lo que en la comparecencia resulta consignado:

6.º Resultando: Que en este juicio se han observado las prescripciones legales, señaladas para los de su clase, habiéndose reservado el Juzgado dictar sentencia hasta el día en que ésta se pronuncia, haciendo para ello uso del derecho que concede el art. 973 de la ley de Enjuiciamiento criminal, en relación con el 203 de la misma ley:

1.º Considerando: Que según el núm. 4.º del art. 584 del Código penal, incurrirán en la pena de 25 á 125 pesetas de multa, los que por medio de la imprenta, litografía ú otro medio de publicación, maliciosamente provocasen á la desobediencia de las leyes y de las autoridades

constituidas, hiciesen la apología de acusación, calificadas por la ley de delito, ú ofendieren á la moral, á las buenas costumbres ó á la decencia pública:

2.º Considerando: Que no puede decirse que el libro denunciado ofenda á la decencia pública, por cuanto su título es palabra usual, corriente y admitida por el lenguaje común, y por su contenido tan sólo pudiera ofenderse (de ser ofensivo el libro en su forma) la persona que por un acto libre y espontáneo de su voluntad quiera leerlo:

3.º Considerando: Que aun en el supuesto de que por un libro denunciado se ofendiere la decencia pública, no resulta justificado que concurra en el hecho punible, que es objeto de este juicio, malicia por parte del autor del libro *La Prostituta*, sino que, por el contrario, del examen y estudio de dicho libro se desprende, según manifiesta el autor de la obra y reconoce el Ministerio fiscal en su acusación, que el fin que D. Eduardo López Bago se ha propuesto, es moral y encaminado á combatir el vicio, presentándole á este efecto en su horrible desnudez.

4.º Considerando: Que no es el Juzgado el llamado á declarar si el libro *La Prostituta* es como obra literaria de las que puedan clasificarse dentro de determinada escuela, ni á proclamar cuál de las escuelas literarias es la que más pueda satisfacer en el día el gusto del público:

Visto el núm. 4.º del art. 584 del Código penal y demás pertenecientes al caso, así como los arts. 203, 973 y demás de la ley de Enjuiciamiento criminal que se refieren al procedimiento que debe seguirse en los Juzgados municipales para los juicios de faltas;

S. S., por ante mí el Secretario, dijo: Que debía absolver y absolvía libremente á D. Eduardo López Bago de la denuncia contra el mismo presentada por el Gobierno civil de esta Corte.

Así lo mandó, declarando las costas de oficio, y ordenando se devuelvan al autor del libro *La Prostituta* los 19 ejemplares que, de los secuestrados de dicha obra, ha recibido este Juzgado municipal del Juzgado instructor del distrito, de todo lo que yo, el Secretario, certifico.—Antonio Gabriel Rodríguez.—Ante mí.—José Ortiz.

—Entre líneas.—A la moral y á la decencia pública.—Vale.—Es copia.—Ortiz.»

Y en este punto, por venir como de molde, voy á traducir otro párrafo de Zola, que por cierto ya hace falta encontrarnos de nuevo con su hermosa palabra:

«Reflexionad, pues, jóvenes—dice;—y si os sentís medianías, no escuchéis á la prensa que pretende que se hace fortuna rápidamente con el naturalismo; lo que para la prensa quiere decir la suciedad. Jóvenes, os engañan. Escuchadme: si no tenéis talento, no vengáis á nosotros ¡por amor de Dios! Id á los virtuosos, á esos zanganotes del ideal que han reglamentado la hipocresía humana. Allí todo es facilidad y placer. En quince lecciones, algún maestro del género os enseñará el arte de hacer el personaje simpático: y ganaréis á montones, y os darán honores y podréis daros el solaz de echarnos lodo cuando pasemos. En cuanto á los que entre vosotros tengan talento, no necesitan mis consejos. Me contento con compadecerlos, porque serán difamados y pasados á degüello.»

Difamado y perseguido en todos terrenos, bajo todas formas, aceptando como buenas en contra mía las armas que no usa nunca la lealtad y la nobleza, así me encuentro yo actualmente, y no me quejo. Tengo una especie de talismán en el silencio, y toda mi justificación en el trabajo á que consagro mi vida.

Este trabajo habíase experimentado la necesidad de que surgiera en España. La nueva generación literaria á que pertenezco, clamaba por la aparición de la novela moderna. Este clamor contestaba aquí á los ataques de que era objeto en Francia el Sr. Zola; coincidía con la publicación de *Nana*, y en un juicio admirable, hecho por mi buen amigo (por tal lo tengo), el Sr. Zahonero, una de las inteligencias de más fuerza vital que he conocido, decía:

«Cumple aquí á las artes sujetarse severamente á la verdad; cumple al pintor que sirve á la anatomía y á la patología, no mentir un trazado, no engañar con un hermoso pero falso color; deben emplearse el amarillo de la muerte, el morado de la gangrena, el blanco verdoso del pus, ese colorido terroso, esa mezcla de color, parecida á la que ofrece una paleta sucia

de tintas secas, empolvadas y revueltas, no el mágico y bello colorido de la salud y de la vida.

»Cumple al escritor seguir fielmente las fases de esa vida, los trágicos accidentes de ese infortunio.

»Pero ambos, si son útiles y pueden al sabio ofrecer el reflejo de un estado de muerte, y al sociologista los factores de un problema gravísimo, deben respetar la trascendente obra de observación científica y de mejoramiento social. La razón se debe á la verdad, y el sentimiento también.

»Al majestuoso desarrollo de las ciencias positivas, debe responder el mudo respeto del artista. Hágase luz acerca de la responsabilidad ó no responsabilidad humana; hágase legislación higiénica y moral; preocupe la educación más de lo que hoy preocupa la corrección; informen al sociologista y al legislador las ciencias que fiscalizan á la naturaleza. Produzcanse la redención y el mejoramiento.

Y en tanto, poetas que escribís papeles para entretener doncellas, como dice el gran Cervantes; vosotros, los de la literatura sin propó-

sito, que llamáis desaforado á Víctor Hugo y cínico á Zola, cesad en vuestros jugueteos de fantasía; no cantéis á las viejas catedrales góticas, ya abandonadas, ni echéis de menos esa vuestra perdida fe: venid á los nuevos ideales, rendid tributo y prestad servicio á la verdad.

»La hora es hermosa: un nuevo arte aparece.»

Con esto termina aquí la defensa que no he querido hacer por mí mismo, defensa que en el terreno puramente relativo á la literatura mis novelas necesitaban. En el Tribunal Supremo ha de hacerla brillantísima el eminente juriconsulto Sr. D. José de Carvajal, gloria también de nuestra tribuna parlamentaria.

Otra cuestión que demuestra las armas á que apela en España la rivalidad de profesión para combatir al que logra vivir de su trabajo y consigue que la venta de sus libros le produzca lo suficiente para atender á las necesidades de su familia, es la de la carta inserta en mi traducción de *Safo*, carta que ha resultado ser falsa, y que el editor de esta traducción, y el librero, D. Fernando Fe, saben perfectamente que ha sido un engaño, que no me reportaba ningún

beneficio, y del cual no ha sido, en realidad, tan víctima el Sr. Daudet como yo.

Tan baja considero esta cuestión, que no trato de contestar á la prensa francesa y á la española que se ocupó de ella en momentos en que yo no podía escribir ni dos líneas, en los días y durante la larga agonía de mi pobre padre, cuando estaba yo á la cabecera de su cama, hasta donde llegaron á mi poder cartas anónimas, enviadas con el sello, y, por tanto, desde el Congreso de los Diputados, como puedo demostrar con estos anónimos infames, cuyos sobres también obran en mi poder.

¿Entablar polémica? Esta cuestión no se resuelve por medio de una discusión en la prensa.

A los periodistas franceses, sólo he de decir una cosa. Creo que se han escandalizado porque yo llame *compañero* al Sr. Daudet.

El Sr. Daudet me honra mucho llamándome *cher confrere* en carta que reconoce como suya.

Yo, novelista español, como tal llamo al señor D. Alfonso Daudet, por deber de cortesía, *compañero*, y le honro de igual manera.

No se lo llamaría á esos periodistas por estas mismas razones.

En cuanto á lo que con este motivo han dicho los franceses acerca de la novela española, eso no se contesta más que como yo lo hago. Escribiendo libros.

El Sr. Daudet ha escrito *Safo*. Yo admiro la novela del Sr. Daudet y he escrito *La Buscona*.

¡Ahl si los escritores españoles pudiéramos redactar nuestros libros en una quinta de recreo de nuestra propiedad, halagados por la fortuna y (lo que en Francia sucede) contando por segura la admiración y el estímulo de nuestros colegas, no luchando incesantemente con estas tres cosas terribles: *la envidia, la miseria y las trabas puestas á la libre emisión de las ideas.*

EDUARDO LÓPEZ BAGO.

FIN DEL APÉNDICE

OBRAS DE GUARDO LÓPEZ BAGO

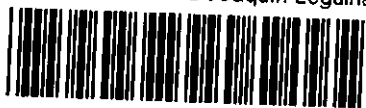
La Prostituta, novela médico-social, novena edición, corregida.....	3 pesetas.
La Pálida, novela médico-social (segunda parte de <i>La Prostituta</i>); séptima edición, corregida. (Estas dos obras, denunciadas por el Gobierno, por supuesto delito de escándalo y ataque á la moral, á la decencia pública y á las buenas costumbres, han sido absueltas por el Tribunal Supremo).....	3
La Buscona, novela médico-social (tercera parte de <i>La Prostituta</i>); novena edición	3
La Querida, novela médico-social (cuarta y última parte de <i>La Prostituta</i>); segunda edición.....	3
El Cura (caso de incesto), novela médico-social. (Ha sido también objeto de una denuncia gubernativa, y sometido su autor al proceso criminal, recayendo el sobreseimiento libre.) Cuarta edición....	3
El Confesionario (satiriasis), novela médico-social (segunda parte de <i>El Cura</i>) tercera edición.....	3
La Monja, novela médico-social (tercera y última parte de <i>El Cura</i>); quinta edición.	3
La Señora de López (primera parte de <i>La Mujer Honrada</i>).....	3
La Soltera (segunda parte de <i>La Mujer Honrada</i>).....	3
La Desposada (tercera parte de <i>La Mujer Honrada</i>).....	3
Carne de nobles (primera parte de una serie)	3

DE OTROS AUTORES

El Fango del boudoir (<i>doble adulterio</i>), novela social, por R. Vega Armentero.....	3
La Venus Granadina, novela social, por R. Vega Armentero.....	3
El Señor Obispo, novela por J. Zahonero..	3
Crimen legal, novela por Alejandro Sawa..	3
Noche, novela social, por Alejandro Sawa.	3
La histérica, novela médico-social, por Eugenio Antonio Flores.....	3



Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1478509

